



EL REFLEJO DEL
AGUA

Diario de una viajera en el tiempo 1

Miriam Erlan

El reflejo del agua

Diario de una viajera en el tiempo

Primera parte

Miriam Erlan

**Copyright © 2018 Miriam Erlan
Todos los derechos reservados.**

A David, mi compañero de vida.

A mis padres y a mi hermana.

A todas las personas que se atreven a cruzar el espejo de su vida.

CONTENIDO

[Title Page](#)

[1. Acta mutato](#)

[2. Regreso al hogar](#)

[3. Ecos del pasado](#)

[4. Un viaje inesperado](#)

[5. Misión por cumplir.](#)

[6. En previsión de lo peor](#)

[7. Cortar por lo sano](#)

[8. Estoy contigo](#)

[9. Otro viajero del tiempo](#)

[10. Engracia y Lucía](#)

[11. Diana](#)

[12. El otro frente](#)

[13. Esta también es tu casa](#)

[14. La partera](#)

[15. La guerrilla](#)

[16. Las apariencias engañan](#)

[17. La leyenda del castillo de Trasmoz](#)

[18. Visita al castillo](#)

[19. La Filandera](#)

[20. Rutina diaria en el siglo XIX](#)

[21. La melodía de los espejos](#)

[22. La revelación](#)

[23. Lo que la niebla oculta](#)

[24. Los llantos de la esperanza](#)

[25. Todo el tiempo del mundo](#)

[26. El que observa y protege](#)

[27. Diana y Samuel](#)

[28. La promesa](#)

[29. Zaragoza](#)

[30. ¿Quién es Damián?](#)

[31. El lamento de la madre](#)

[32. Cuerpo de Amazonas](#)

[33. Planificando otro viaje](#)

[34. Jarek](#)

[35. La confesión](#)

[36. ¡Recordad Zaragoza!](#)

[37. Esperando lo inesperado](#)

[38. En medio de la barbarie](#)

[39. El deseo de Diana](#)

[40. El reflejo del agua](#)

[41. La frontera del tiempo](#)

[Agradecimientos](#)

1. Acta mutato

Diego miró a ambos lados de la salida de la cueva. Si aquello era el futuro, las cosas no parecían haber cambiado mucho. Sin embargo, un sonido aún más ensordecedor que el producido por el agua perdiéndose en el interior de la gruta se impuso, obligando al hombre a levantar la vista.

En un principio pensó que podía tratarse de un trueno, fruto de alguna tormenta que se avecinaba. Sin embargo, ante su asombro, descubrió cómo una extraña forma planeaba veloz el cielo. Retrocedió un par de pasos buscando el resguardo de la cueva.

—Es un avión, planea como las aves rapaces y ruge como las fieras —informó Antoine ante la sorpresa de Diego—. En realidad sirve para transportar a personas y enseres.

—¿Ahí dentro hay personas? —preguntó el hombre enarcando las cejas casi sin poder creerlo.

No llevaba ni un minuto en el futuro, y le parecía imposible lo que su amigo le estaba descubriendo.

—Sí, y espera a ver las ciudades donde viven en este tiempo —continuó Antoine—, los edificios son tan altos que hay veces que en los últimos tramos la niebla no se disipa en todo el día.

Diego miró su amigo incrédulo mientras ambos hombres volvían a internarse en la cueva para retroceder los siglos necesarios que les llevarían de vuelta a su tiempo.

No podía evitar cierta inquietud ante la propuesta de Antoine, sin embargo, la curiosidad y el poder que le daría tener puertas intertemporales dentro de su propio hogar ganaban con creces la contienda que se lidiaba en su interior.

—Está bien —cedió por fin Diego—. Te doy mi consentimiento para que construyas el edificio aquí mismo.

—Créeme amigo, es un emplazamiento único —aseguró Antoine satisfecho—. Además, tú mismo podrás controlar las puertas temporales.

—¿Cuándo se podrán utilizar con seguridad? —preguntó Diego ansioso.

—Aún tengo que construir la habitación de los espejos que lleven a los diferentes tiempos y, antes de eso, he de hacer la antesala... —respondió Antoine pensativo

—¿La antesala?, ¿qué antesala? —preguntó Diego extrañado.

—¿Qué antesala va a ser, amigo? La habitación masónica para nuestra logia...

—Por la que nunca pasa el tiempo —interrumpió Diego recordando a qué se refería.

Antoine afirmó satisfecho.

—¡Un momento! —exclamó Diego haciendo que su amigo parara en seco al instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Antoine inquieto.

—Si ya he dado mi consentimiento para que la casa se construya en este lugar, ¿por qué en el futuro aún no existe?

Antoine no pudo evitar sonreír. Esa era una de las preguntas que muchos viajeros en el tiempo inexpertos se hacían. Diego, como era de esperar, también desconocía todas las reglas que regían este tipo de viajes.

—Fácil —concluyó su amigo—, porque en nuestro tiempo aún no está construida.

Diego lo miró extrañado mientras intentaba poner en orden las teorías aún no reveladas, pero sí imaginadas.

—Entonces, ¿me estás diciendo que...el futuro se puede cambiar?

Antoine volvió a sonreír ante el descubrimiento de Diego.

—Querido amigo, si no pudiéramos cambiar los acontecimientos venideros, ¿para qué demonios construiríamos puertas intertemporales? —preguntó Antoine mientras le hacía entrega de un extraño libro.

Las doradas letras del título que presidían la cubierta resplandecieron bajo la luz tintineante de la lámpara de aceite. Por un instante, a Diego le pareció que cobraban vida bajo los destellos frenéticos que la llama proyectaba sobre estas.

—*Praeterita, praesentia et futura, in uno loco* —pronunció Diego mientras leía lo que mostraba la cubierta marrón de cuero—. ¿Y este libro? —preguntó desconcertado descubriendo las blancas páginas que lo conformaban.

—No es un libro —aclaró Antoine—. Es un *acta mutato*.

Una inesperada corriente de aire volvió a hacer bailar la llama de la

lámpara proyectando fantasmagóricas sombras sobre el agua, que se descubría oscura bajo los pies de ambos hombres. Por un instante, la luz de la llama ganó a la penumbra reinante haciendo posible que Diego vislumbrara su propio reflejo en el agua subterránea, que le devolvió la imagen más nítida y perfecta que jamás había visto.

2. Regreso al hogar

Trasmoz, 28 de junio de 2018

Me llamo Diana y, al igual que mi abuela Lucía, siempre pensé que, en la vida, los acontecimientos se van sucediendo como eventos lineales y desencadenantes de lo que luego serán las circunstancias que gobiernen la propia existencia. Contratiempos casuales que, sin saberlo, se van apoderando de tu vida, hasta convertirse en los verdaderos ejecutores de lo que llamas tus propias decisiones. Puntos, a priori, sin conexión, pero que si, se miran desde la distancia y con la perspectiva del tiempo, recobran un sentido casi mágico.

Hay personas que creen en el destino, que es este el que decide y que ya está escrito. Yo pienso que se trata algo más fortuito, que nuestra voluntad puede escoger sobre algunas cuestiones, senderos ante bifurcaciones imposibles. Sin embargo, también considero que no todo depende de nosotros, que las circunstancias personales que nos rodean se mezclan y diluyen con las otras: las ambientales y las históricas. No en vano el estudio del pasado siempre fue mi pasión y la carrera de Historia mi principal ocupación hasta que logré licenciarme.

Durante mis largas horas de estudio en que las diferentes asignaturas se solapaban monótonas en un sinfín de datos, fechas y sucesos, podía imaginar con facilidad cómo habrían sido las cosas en ese mismo instante ya pasado, al menos eso creía. Me fascinaba pensar que los diferentes episodios de la historia que se reflejaban en los libros y los apuntes en realidad habían existido, que sin duda habían sido tan reales como el presente en el que me encontraba.

Este pensamiento también se trasladaba a la historia que conocía sobre mi familia. Al menos la más reciente, la que se remontaba al siglo XVIII. Probablemente el escenario sería tan diferente a la época presente, que a

menudo, cuando lo pensaba me hacía estremecer. Solía evocar los diferentes eslabones que, generación tras generación, habían conformado la naturaleza de mi familia. Pensaba más bien en mis antepasados, a los que, por la diferencia temporal que nos separaba, jamás conocería. Aun así, experimentaba una curiosa sensación de cercanía. Si bien éramos extraños a los que el tiempo había separado, quizás por la familiaridad de sus facciones, tal vez por las legendarias historias que me había contado mi abuela Lucía, encontraba en los viejos retratos familiares rostros amigables en los que seguro podría haber confiado o incluso querido.

Gran parte de la historia de mi familia se había desarrollado en una antigua casa, algo así como una mansión familiar que un antepasado mandó construir a comienzos del siglo XVIII. En ella habían nacido, vivido y muerto diferentes miembros de nuestra familia. La mansión, ahora maltratada por el tiempo y el abandono, aún dejaba adivinar en sus viejas paredes las huellas de un pasado imperturbable. Se encontraba casi en ruinas, tenía la fachada ennegrecida por el paso del tiempo y por algún que otro incendio, tristes vestigios de las guerras que tuvo que soportar. Aun así, el devenir de los años no había conseguido extinguir el porte señorial del edificio que se erguía entre los árboles como una fortaleza inexpugnable.

La misteriosa casa, según algunos, maldita, había sido construida sobre un gran peñón rocoso que escondía una inmensa cavidad valiéndose de este promontorio como poderoso cimiento al que agarrarse. Una base sólida sobre la que perdurar a través del tiempo.

Contaban que, durante la construcción de la misma, se podía escuchar el rugir de la roca, como si en su interior habitara una enorme bestia que clamara por salir de su cárcel. Sin embargo, el perpetuo rugir no era más que el ruido que la fuerza del agua generaba. Un enorme y caudaloso río bajaba con furia para estrellarse en el interior de la piedra hueca, formando una cascada interna a causa del abrupto desnivel. Al parecer, este río subterráneo había esculpido la roca, con el poder del tiempo y la fuerza del agua, convirtiéndola en una enorme cavidad en la que quizás, cupiera la propia casa si un día le diera por esconder sus enormes paredes en el interior de la tierra. No obstante todo eran vanas especulaciones y leyendas familiares, rumores que habían pasado de una generación a otra sin saber si se trataba de una suposición sin importancia o de un hecho verídico. Lo que si era constatable es que, al parecer, aquel río subterráneo, que la casa escondía en sus entrañas, tenía su origen en un arroyo procedente de las colinas más cercanas al mismo

Moncayo. Ese mismo cauce que se abría paso como una enorme serpiente que, sinuosa y veloz, desaparecía sin rastro para esconderse en lo más recóndito de las rocas que cimentaban el castillo de Trasmoz, que se encontraba a pocos metros por encima de la casa familiar. De este modo, el arroyo entraba por un extremo del castillo para solo percibir su sonido subterráneo en el extremo opuesto a este.

En más de una ocasión, mi abuela Lucía me había contado cómo aquellas mismas aguas que trascurrían por el subsuelo de la casa, habían sido fruto de una antigua disputa con el cercano Monasterio de Veruela, y cómo esa situación, había dado lugar a que, a día de hoy, Trasmoz fuera un pueblo maldito y excomulgado. Un hecho realmente peculiar y extraño.

A pesar de mi interés por la historia de mis ancestros, casi tenía olvidado aquel viejo edificio en mis recuerdos de la niñez, cuando el abogado de la familia me llamó para ponerme al día sobre la situación, ya que yo era la única heredera de la casa.

Habían pasado ya seis meses de aquel fatídico accidente que se llevó la vida de Dani, aquel primo lejano que más tarde se convertiría en mi compañero de vida. El psiquiatra me había bajado la dosis de los ansiolíticos al notar una incipiente mejoría. Aun así, convenimos que la retirada de los fármacos fuera gradual.

—No queremos dar un paso en falso, ¿verdad? —preguntó el psiquiatra detrás de sus pequeñas gafas mientras yo asentía.

Durante los meses de duelo había decidido dejarme llevar por las circunstancias que me acompañaban. Poco podía hacer por devolver a la vida a todos los familiares que habían ido desapareciendo. Dejaba pasar mi existencia impasible y gris como un día invernal, y con la esperanza de que en algún momento llegara de nuevo la primavera a mi vida.

Si hubiera dejado que la rabia dominara mi ser, me hubiera quemado por dentro e ido con ellos, pero si algo tenía claro es que a mis veintiocho años quería vivir, aunque fuera con la esperanza de algún día volver a ser feliz.

En el presente me encontraba en una soledad buscada, solo interrumpida por las ocasionales llamadas de los amigos de toda la vida. Introversa por naturaleza, ahogaba mis penas con la rutina solitaria de una existencia monótona, sin demasiado ánimo de hacer nuevas amistades. Solo me aferraba a la gente de confianza, amigos que me conocían muy bien, a los que no tenía que dar ninguna explicación sobre mi mutismo temporal.

También en soledad, decidí hacer una visita a la casa familiar. Quería reencontrarme con los viejos fantasmas del pasado, quizás despedirme de ellos. No tenía claro qué iba a hacer con la mansión familiar, lo decidiría estando allí.

La vieja casa, sin estar habitada hacía tiempo, tenía un aspecto lúgubre y sombrío. Cualquiera persona se hubiera pensado dos veces pasar unas horas tras aquellas paredes, y mucho menos unos días. Sin embargo, para mí no era una casa cualquiera. Al atravesar la verja del jardín sentí que el propio edificio me acogía en su regazo como una madre que espera ansiosa la vuelta de algún vástago perdido; me sentía como la hija pródiga que vuelve años más tarde con la madurez de quien ha vivido y aprendido, pero que vuelve a su hogar, al fin y al cabo. El aliento de toda mi familia, conocida y no conocida, estaba ahí mismo. Casi los podía tocar y aunque ya no se encontraran en mi realidad, los sentía como un manto cálido en una fría noche de invierno.

A través del vestíbulo descuidado observé un montón de hojas secas que, de algún modo, se habían conseguido colar dentro de la casa. Alcé la vista y vi las escaleras serpenteantes, que como una enredadera en bucle invitaba a subir al piso de arriba. Después de todo, por dentro no daba la impresión de la decadencia exterior. Recorrí con lentitud el pasillo principal entrando en cada estancia. Lo recordaba todo tal como era, pero con la perspectiva de la niñez en la que todo lo que te rodea es mucho más grande que cuando eres adulto, y algo de la grandiosidad que guardaba en mi memoria fue sustituida por el realismo que se imponía.

Pronto se haría de noche, así que me dispuse a preparar la cama del que siempre fue mi dormitorio. Se trataba de la habitación más próxima a las escaleras de caracol que bajaban al sótano.

Pero antes de ir a dormir la curiosidad me pudo, y a pesar de la oscuridad que poco a poco iba ganado al día, puede desempolvar ciertos objetos que llevaban allí mucho tiempo. Testigos de paso intergeneracional, todos parecían querer contarme su propia historia y a todos los escuchaba con avidez: un reloj de arena, una antigua brújula que desvelaba la orientación de la casa, candelabros con aire fantasmal por las telarañas de años, libros antiguos, lámparas de aceite..., todo tenía un aspecto irreal. Hubo algo que me llamó la atención, extrañándome de no haberlo visto antes: una vitrina de cristal protegía una réplica de la casa en miniatura. Una verdadera obra de arte que me prometí a mí misma que si algún día vendía la casa, sería una de

las piezas que me llevaría conmigo.

Fuera, la claridad de día se había transformado en un pequeño hilo de luz que a penas iluminaba el interior. En la casa a penas sobrevivían unas pocas bombillas en las viejas lámparas, consecuencia de no haber estado habitada durante mucho tiempo, así que decidí utilizar la linterna del móvil y la pequeña réplica se iluminó por completo dejando ver sus múltiples detalles. La figura me hablaba, me decía cómo había sido la casa en una época lejana. Durante mi repaso a esa obra de arte, un destello provocado por la luz en una superficie reflectante me deslumbró y que estuve durante unos segundos sin poder ver nada. Recuperada ya de mi transitoria ceguera, pude percatarme de que la pequeña réplica se encontraba rodeada de diferentes espejos dispuestos, de tal modo, que reflejaban la casa desde distintos ángulos, multiplicándose hasta el infinito. El efecto óptico, casi mágico, sobre la réplica del edificio, me fascinó. Aquella caja transparente que protegía la pequeña mansión tenía una base de madera con una enigmática inscripción en latín: *praeterita, praesentia et futura, in uno loco*. Pude observar, como de su base, una diminuta manivela sobresalía, y sin poder reprimir la curiosidad por ver si funcionaba, la giré. La réplica comenzó a dar vueltas sobre sí misma al son de una extraña melodía. Hipnotizada, por el sonido de la música y por los efectos visuales que los espejos producían al moverse, pasé largo rato observando el fabuloso artilugio. Cuando logré salir de mi ensimismamiento, la noche ya era cerrada.

Antes de irme a la cama hice una visita a los retratos de la casa. Quería anunciarles mi llegada, al fin y al cabo, eran los verdaderos moradores del viejo edificio. Ellos parecieron asentir satisfechos. Las miradas de mis ancestros, perdidas en la oscuridad y rescatadas por un instante por la linterna de mi móvil parecieron entornarse para seguir mis movimientos por el largo pasillo y, por primera vez en mucho tiempo no me sentí tan sola.

Volviendo sobre mis pasos, observé de nuevo los retratos de los primeros moradores de la casa, los pertenecientes al siglo XVIII, y recordé cómo mi abuela Lucía me había explicado que había sido don Diego Borau junto con su mujer de origen francés, el responsable de la construcción de la mansión en la que me encontraba. También contaba que aquel adinerado antepasado provenía de las frías tierras del Pirineo Central, más concretamente, de un pueblo que lindaba con la frontera gala y que a su vez daba nombre al apellido familiar: Borau.

Los siguientes retratos pertenecían a don Jaime Borau, hijo del mismo,

que mandó construir la casa y fue médico de la comarca, a su lado se hallaba su esposa: doña Engracia, una mujer elegante y orgullosa, con un semblante severo pero de mirada dulce. El único hijo de ambos, también llamado Jaime como su padre. Los siguientes retratos en la estirpe se mostraban un apellido diferente: Borao. Alguien me explicó que habían tenido que cambiarlo durante la Guerra de la Independencia para que no diera confusión alguna con ningún apellido de origen francés. Así pues, consideraron que cambiar la “u” por la “o” era una forma práctica de “españolizarlo”. Contiguo a este se desvelaba otro retrato: el mismo Jaime Borau, pero esta vez acompañado de su esposa e hijos. La mujer era hermosa y posaba con una mano puesta de un modo estratégico que ocultaba su vientre, quizás intentando disimular un incipiente embarazo. Al matrimonio les acompañaban tres vástagos: un jovencito de unos catorce años, una pequeña de diez y un bebé de meses.

Mi abuela Lucía, poco antes de morir, me habló de ellos como quien narra un cuento de hadas. Una extraña expresión delataba la especial predilección de la mujer por aquellos antepasados. Sus ojos encharcados mostraban la pena por el desdichado final que les había aguardado.

“¡Y todo por esa maldita guerra!”, mascullaba con rabia contenida.

En aquel preciso instante no relacioné la triste historia con los retratos que se mostraban ante mí, quizás por el momento de su vida en el que me lo había contado, en el que el alzhéimer, traicionero, le hacía confabular intentando llenar el vacío de unos recuerdos perdidos por otros inventados, y supuse, que a pesar del fervor y la coherencia con la que me había narrado aquella historia, bien podría tratarse más de otra de sus confabulaciones que de algo que había ocurrido.

Continué observando con deleite los viejos cuadros como si de un gigantesco álbum familiar se tratara, sin embargo, del resto de los rostros solo podía especular con el parecido y la posibilidad de si serían hijos o nietos de los anteriores. Todo se confundía con una amalgama de rostros de niños, jóvenes y ancianos, repitiéndose las mismas personas en diferentes periodos de su vida. El esfuerzo por adivinar me fatigó y decidí irme a descansar.

La noche trascurría con su impasible soledad, a pesar de los extraños ruidos nocturnos que recordaba en mi niñez, me encontraba sumida en el más absoluto silencio. ¡Quién sabe!, quizás los fantasmas se habían cansado de sus alborotos nocturnos viendo que nadie respondía a sus llamadas de atención.

Me giré hacia la ventana, la silueta del castillo de Trasmoz se iluminaba

por una luz mortecina que se colaba tras los cristales para alumbrar también gran parte de la estancia donde me encontraba. Aunque desde mi ángulo no lograba ver la esfera blanca, sabía que era noche de luna llena y que el cielo estaba despejado. Se podían distinguir con facilidad varios ramilletes de estrellas y planetas cercanos. En el horizonte, Venus se alzaba con sus destellos de diosa queriendo competir con la reina de la noche, regordeta y blanca y, en un extremo, agudizando la vista, advertí el atenuado rastro rojizo de Marte, eterno amante de Venus que pugnaba por acercarse a ella sin éxito.

—Están muy cerca —musité—, pero no juntos.

En aquel momento la tristeza me invadió. Había acordado conmigo misma que no caería en el recuerdo melancólico de Dani, y así lo haría. Una lágrima furtiva surcó parte de mi mejilla y me la sequé con avidez, como quien no quiere ser descubierta en su llanto. Decidí que lo mejor que podía hacer era dormir. Los ansiolíticos que me había tomado antes comenzaban a hacer su trabajo.

3. Ecos del pasado

Trasmoz, 29 de junio de 2018

Aún dormida comencé a escuchar un martilleo en la lejanía. En un principio, resistiéndome a despertar, lo integré en mi sueño, como quien acoge un intruso en su casa, pero a los golpes se unieron voces lejanas, que me recordaban al trajinar de un hogar en plena ebullición. Nada extraño de haberme encontrado en mi piso de la ciudad a las ocho de la mañana, sin embargo, en la mansión estaba sola, no había vecinos tras las paredes contiguas y era de madrugada.

Me levanté despacio de la cama. Llevaba puesto un antiguo camisón, lo había encontrado en el interior de uno de los armarios sorprendentemente limpio y fresco, como si esperase mi llegada para vestirme aquella noche. Pensando que pudiera ser de mi abuela Lucía y satisfecha por el resultado de su comodidad, había decidido que era una buena opción para dormir. Así pues, con la linterna de mi móvil a modo de guía, decidí salir a investigar y averiguar de una vez por todas de dónde provenían los sonidos por los que tanto habíamos especulado durante años.

Bajé las escaleras muy despacio, no quería resbalar ni perder el hilo de dónde provenían las voces. En mi camino pasé por delante del enorme reloj de péndulo. Lo había puesto en hora aquella misma tarde, marcaba las cuatro de la madrugada. Seguí bajando las escaleras y pronto me encontré en el sótano de la casa. Aún con el desconcierto típico de alguien que se acaba de despertar, tenía la sensación de estar todavía soñando. En cualquier caso, lo onírico de la situación me estremecía.

Mi sueño más repetido consistía en una casa en la que en ese momento consideraba mi hogar, descubriendo habitaciones de las que nunca antes me

había percatado, preguntándome por qué hasta entonces nunca había entrado en ellas. Dani, psicólogo de profesión, intentaba analizar mis repetitivos sueños, decía que la casa me representaba a mí y las diferentes estancias constituían partes de mi persona, lo cual significa que, si ahora me encontraba bajando a las profundidades del edificio, era obvio que se trataba de lo más recóndito de mi interior, el subconsciente más escondido y desterrado de mi conciencia. Esa idea me hizo estremecer y temí por lo que pudiera encontrar en este sueño, si es que en realidad lo era.

Seguí bajando, creía conocer todos y cada uno de los lugares de la casa, sin embargo, por más que me esforzaba, no lograba recordar que aquellas escaleras de caracol bajaran de un modo tan profundo. Era obvio, me encontraba en un lugar del edificio en el que jamás había estado, y ya era demasiado tarde para subir a mi dormitorio. Los sonidos fortuitos y las voces despreocupadas cada vez se oían más cercanas. La curiosidad acumulada de años de especulaciones habían conseguido llevarme a lo más recóndito de la gran mansión. Ahora, los sonidos que había escuchando se fundían con el devenir de un río subterráneo, aquel al que siempre le había creído el culpable de los ruidos nocturnos. Ambos sonidos se fundían y entrelazaban como una melodía rítmica, sin embargo, se diferenciaban a la perfección. Era obvio que provenían de lugares diferentes. La teoría, que tantos años había perseguido como razonamiento a los misteriosos sonidos se desvanecía en medio de la incertidumbre de la noche.

Ya pisaba el peñón que sujetaba la casa cuando distinguí de una pequeña puerta en un extremo de la piedra. Era poco más que una trampilla, oxidada por la humedad. El suelo también se mostraba mojado, por primera vez me percaté de que me encontraba descalza. No me importaba, si había llegado hasta allí, no volvería hacia atrás, estaba dispuesta a descubrir todo aquel embrollo. Seguro que se trataba de algo que respondía a la lógica, más allá de las especulaciones fantasmagóricas.

Mientras abría la pequeña puerta atisé una serie de relieves a los que no presté demasiada atención, al fin y al cabo, no sabía si eran producidos por el efecto del desgaste de la humedad y del tiempo, o si por el contrario, eran genuinos de la puerta. Cuando conseguí entrar en el interior de la zona que cerraba la trampilla, no puede hacer otra cosa que frotarme los ojos, la razón me decía que eso no podía estar pasando.

La estancia, sorprendentemente amplia, a pesar de la pequeñez de la puerta, estaba iluminada por varias velas que, incrédula, pude comprobar que,

no se consumían, como si el tiempo se mantuviera imperturbable en aquella habitación. Nada más entrar en el habitáculo mi móvil se apagó y dejó de funcionar a pesar de mi insistencia por encenderlo de nuevo. Lo di por imposible y decidí concentrarme en ver dónde me encontraba en realidad.

La sala era amplia y rectangular, al fondo había un gran espejo de donde provenían los ruidos que me habían llevado hasta la estancia. Frente a la entrada, en el extremo más alejado a esta se apoyaba un gran cirio encendido y, delante de este, una enorme silla, quizás la más grande de todas las que se encontraban allí, forrada en un terciopelo rojo, parecía que ni la humedad, ni el polvo, ni siquiera el tiempo hubieran pasado por ella.

Recorrí con una mirada rápida el resto del salón. A pesar de dar la impresión de tratarse de objetos y mobiliarios muy antiguos, todo parecía más nuevo en contraste con el resto de la casa. Encima de la gran mesa de piedra, protegida por un mantel rojo, había varios objetos: uno era una antigua brújula que revelaba la orientación de la habitación. El símbolo del Este apuntaba a la silla de terciopelo rojo. Yo me encontraba a lado de la puerta que estaba en el oeste, franqueada por otros dos grandes cirios, cada uno de los cuales iluminaba una silla justo delante. Estas también eran de un brillante terciopelo rojo, pero más pequeñas. Otras sillas de madera, iluminadas por las pequeñas velas en los candelabros que se encontraban dispuestos en la mesa, se distribuían alrededor de la estancia. Demasiado alterada por el transcurrir de los acontecimientos, no me detuve a contar cuántas había.

Giré sobre mis propios pasos, y detrás de mí, casi pegadas a la pared, dos hermosas columnas franqueaban la puerta. En una de las columnas se podía leer la letra “B” y en la otra a la misma altura la “J”. Una tercerase encontraba desplazada a un lugar más lejano, muy cerca de la gran silla aterciopelada. El suelo era un mosaico de baldosas blancas y negras que se intercalaban como un enorme ajedrez al que solo le faltaban las figuras. Sin duda alguna se trataba de una habitación construida para desarrollar las actividades propias de una logia masónica.

Encima de la mesa había más objetos, algunos de los cuales reconocí enseguida: la brújula que había visto al principio, unos guantes en el extremo más cercano a la gran silla, un mallete y varios artilugios más que no logré comprender de qué se trataban en realidad. Al otro extremo de la mesa, pude adivinar una especie de tela cuidadosamente doblada y una piedra irregular.

De pronto, mi corazón brincó inquieto en mi pecho al descubrir en el

suelo una especie de espada pequeña y delgada con un filo sinuoso que dibujaba pequeñas ondas como una serpiente arrastrándose entre la maleza.

Una voz interior, quizás el miedo, quizás la consciencia que luchaba frenética por imponerse en mi mente, gritaba en mi interior: “¡vete! ¡vete!”.

El rítmico martilleo continuaba indiferente al otro lado de la pared del espejo. Atraída por sonido que me había llevado hasta allí, me acerqué al lugar de donde provenía el martilleo. Pronto descubrí con sorpresa que no se trataba de ningún espejo, en realidad era un vacío en la pared, un vacío que dejaba ver otra estancia no menos extraña. Se trataba de un habitáculo rodeado de grandes espejos enmarcados, ¿o eran vacíos que llevaban a otras estancias? A priori, todos parecían idénticos, pero en realidad no lo eran; los símbolos que descansaban en cada una de los marcos los delataban. Hubo un espejo que me llamó la atención por ser ese de donde provenían los insistentes martilleos. Me interné sin mayores dificultades en la sala rodeada de los espejos para asomarme curiosa al único espejo de donde provenía el rítmico sonido. Al no ver más allá que un difuso reflejo, me dispuse a apoyar mi oreja en el cristal. Sin embargo, mi corazón saltó en un respingo al no sentir su superficie lisa en mi piel y, en vez de eso, el vacío y el precario intento por mantener el equilibrio me llevó a dar un traspié y sin darme cuenta atravesar aquella otra puerta no esperada. Para mi sorpresa, la misma sala de suelo ajedrezado volvió a descubrirse bajo mis pies, ¿cómo podía ser posible? Creía haber avanzado hacia otra estancia, creía haber entrado por otro espejo, pero me encontraba en la misma extraña sala masónica. Sin pensarlo decidí huir de aquella misteriosa habitación, que parecía empeñarse en aparecer una y otra vez, precipitándome lo más rápido que pude por la misma trampilla por la que había entrado instantes antes.

4.Un viaje inesperado

Trasmoz, 18 de marzo de 1808

La fresca brisa de la mañana erizó mi piel solo protegida por el camisón. Mis pies, descalzos, estaban al borde de entumecerse con el frío del suelo de piedra. Delante de mí se descubrían las mismas escaleras de caracol por las que instantes antes había bajado, sin embargo, para mi sorpresa, se abrían paso más nuevas invitándome de nuevo a subir. El fuerte martilleo, que con tanta atención había escuchado y me que había guiado hasta donde me encontraba, seguía con la indiferencia de quien no se cree escuchado y continuaba constante. No pensaba, no tenía miedo y casi no sentía mi cuerpo sumido en un frío helador. Simplemente me dejé guiar por el sonido más fuerte y continué caminando.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando, por fin, descubrí el verdadero origen del martilleo: un muchacho se encontraba tapiando con tablas las ventanas de madera del pasillo, sumiendo poco a poco la casa en una extraña oscuridad, solo interrumpida por ciertas rendijas que dejaban pasar algunos hilos de sol matinal.

El chico, al percatarse de mi presencia, clavó su mirada en mí, primero en mi cara, intentando adivinar quién era. Poco a poco sus ojos se fueron posando en las diferentes partes de mi cuerpo. Descalza, en camisón, y con los pies embarrados, probablemente daría la impresión de ser un fantasma o alguna persona desequilibrada que había conseguido colarse en la mansión. Pero ¿quién era ese joven?, ¿y qué demonios hacía en la casa familiar? Yo estaba tan sorprendida como él.

El aturdimiento mutuo fue interrumpido por una voz proveniente del otro extremo del pasillo, una figura negra con pasos firmes se abrió paso entre los hilos de sol. Por la penumbra del corredor apenas pude ver su rostro hasta que estuvo a tan solo unos metros de mí. Su cara, tan familiar como la

que podía haber sido la de una tía o de una abuela, me examinó unos instantes.

—Diana —pronunció con una tranquilidad pasmosa mi nombre—, ¿ya estás aquí? No te esperábamos hasta el mediodía —comentó con naturalidad.

Mi garganta, seca por la impresión de quién no entiende lo qué está pasando, apenas podía emitir sonido alguno. Asentí con la cabeza, sin embargo, mi rostro reflejaba la incógnita de la incredulidad.

El muchacho, que había dejado de martillear, único testigo de nuestro encuentro, nos miraba con la boca entreabierta, como quien no puede salir de su desconcierto y decide perderse en él. Ambas nos percatamos de lo que estaba ocurriendo, y la mujer de vestido negro dio una frenética palmada ante los incrédulos ojos del chico, casi rozando su rostro. El muchacho pareció sobresaltarse, como el que despierta de un sueño hipnótico.

—¡Muchacho! ¡Vuelve a tu trabajo, las tablas no se clavan solas! —le amonestó con rostro severo.

La mujer, de unos sesenta y cinco o setenta años, iba ataviada con un vestido negro de seda, típico de las viudas enlutadas de la alta sociedad del siglo XVIII. Me cogió de un brazo, el voluminoso ropaje rozaba una de mis piernas al andar. Apresurada, mirando casi a varios sitios a la vez, me dirigí a una de las habitaciones de la casa.

—He mandado preparar esta estancia para ti, espero que te guste y que te sientas tan cómoda como en tu propio hogar —anunció con solemnidad— de hecho, esta es tu casa —continuó con una sonrisa pícara de complicidad.

Instantes antes, en el pasillo, con la severidad de sus movimientos y por la intransigencia con la que había llamado al orden al muchacho, no hubiera pensado que la mujer sonriera muchas veces. Sin embargo, en la soledad de la habitación, su mirada se transformó en dulce y maternal.

—¡Si estás helada, muchacha! —se sobresaltó al observar mi piel enrojecida por el frío.

Me arropó con una manta de lana, la aspereza rozó mi cuerpo, pero acepté de buen grado un poco de calor.

Me percaté que a donde realmente me había conducido, era la misma estancia en la que me hallaba dormida hacía unos escasos tres cuartos de hora, sin embargo, aquel dormitorio ahora me pareció más amplio y confortable. El crepitar del fuego, que se encontraba encendido, me recordó al de mi niñez en la vieja casa familiar.

Mi mente racional me convenció de que no se trataba más que de un

sueño muy vívido que me llevaba a otro siglo, a otra época, pero en la misma casa. Quizás fruto de todo el tiempo que había pasado observando y analizando aquella noche todos los rostros de mis predecesores.

—Cómo te he dicho antes —interrumpió mis pensamientos—, pensábamos que vendrías dentro de unas horas, al mediodía. Tenía pensado bajar a buscarte al sótano, sin embargo veo que ya conoces el camino muy bien —comentó mientras volvía a mirarme con sonrisa cómplice.

Mi incredulidad se reflejaban en todo mí ser. La mujer, lista como una liebre, comenzó a sospechar que quizás yo ignoraba algunos detalles que ella había dado por hecho que yo conocía.

Deshizo la cama con cuidado de no retirar demasiado la maraña de sábanas y mantas que la cubrían, y me ayudó a acomodarme dentro de ella. El colchón de lana se amoldó a mi figura al instante.

—Es mejor que ahora duermas un poco, sin embargo antes me gustaría hacerte una pregunta. Sé que te llamas Diana y que vienes de una época que aún está por acontecer en este tiempo, pero... ¿de qué año? —preguntó sin rodeos.

No pude menos que responder con otra pregunta a la mujer

—¿En qué año nos encontramos? —pregunté atónita.

—En 1808 —informó sin vacilar a mi pregunta—, a 18 de marzo de 1808.

Lo que ocurrió después no lo recuerdo con claridad, probablemente debí desfallecer por la impresión o sumirme en un voluntario sueño para no enfrentarme a lo imposible.

La alarma del despertador de móvil comenzó a sonar indiferente al espacio-tiempo. Por primera vez en muchos meses volví a sentir a Dani a mi lado en la cama, desperezándose. Tal como hacía siempre, dio un largo bostezo y, después de estirar sus largas extremidades, se levantó de un salto para preparar el desayuno en la cocina. El suave tintineo de la cucharilla al chocar contra la taza fue sustituido por el leve zumbido del microondas. Yo permanecía en la cama, con los ojos aún cerrados, intentando despertarme totalmente sin demasiado éxito. El móvil volvió a sonar lacónico, la brusca alarma alteraba mis oídos y mi mente, sin embargo, no conseguía moverme para apagarlo. Intenté abrir los ojos, fue imposible. La desesperación se apoderó de todo mi ser desembocando en una angustia que me paralizaba aún más. Por fin, en un intento desesperado por despertarme, contuve la respiración para alertar a mi mente de que me dejara libre del sueño que me

atrapaba. Cuando logré despertarme, exaltada y exhausta, me incorporé en la cama y respiré profundamente. Los sonidos cotidianos de tazas, microondas, así como el tintinear de la cuchara se habían ido junto a Dani. Sin embargo, aún sonaba la insistente alarma del móvil perdido entre el revoltijo de mantas y sábanas. Cuando conseguí encontrarlo y apagar la obstinada alarma marcaba las nueve de la mañana. Era evidente que no coincidía con la luz del sol que, en forma de finas hileras, se colaba tras las rendijas de las contraventanas del dormitorio. Calculé que serían las cuatro de la tarde más o menos. Miré ansiosa a mi alrededor, reconocí la habitación que había elegido para dormir a la llegada a la casa el día anterior, pero pronto comprobé que aún me encontraba en el siglo XIX. Sueño o realidad, decidí dejarme llevar por los acontecimientos.

Volví a mirar el móvil. Pedía el PIN, me alegré de que aún siguiera funcionando. Me disponía a ingresarlo cuando unos nudillos chocaron con la puerta de la habitación donde me encontraba. Los golpes eran sutiles, casi perdidos en el crepitar de las brasas de la chimenea. Contesté con un dudoso “adelante”.

La puerta se entornó despacio y volvió a aparecer ante mí la misma mujer que me había informado de la fecha en la que me encontraba.

—¡Diana! —pronunció mi nombre con una leve sonrisa—, ¿has podido descansar? —continuó con la misma naturalidad que antes de mi desmayo—. Has dormido durante toda la mañana y parte de la tarde, quizás debas comer algo antes de ver a Jaime, quiere hablar contigo.

—¿Quién es Jaime? —pregunté curiosa.

—Jaime Borau, mi hijo —continuó—. Señor de esta casa —contestó sorprendida de que no lo supiera.

Pronto mi mente comenzó a trabajar con fervor, recordando y rescatando las viejas historias de los primeros moradores de la mansión familiar. En cierto modo los había visto en los viejos retratos hacía tan solo una hora, aunque estaba segura de no recordar algo importante de aquella familia del siglo XIX a pesar de que los rostros de más de doscientos años de antigüedad habían refrescado mi memoria con nombres, fechas y sucesos.

Sin duda alguna, la mujer mayor era Engracia, natural de Trasmoz y viuda de Jaime Borau, que era el médico de la comarca, quien a su vez era el hijo de don Diego, el mismo que mandó construir la mansión a principios del siglo XVIII.

Si bien la mujer que se mostraba ante mí era bastante más mayor que lo

que se advertía en su retrato, analizando sus pronunciados rasgos no cabía duda de que era ella. Creía recordar que la abuela me había contado que era una mujer muy especial, culta y conocedora de plantas curativas, que junto con los conocimientos de la medicina más avanzada del momento que su marido le había transmitido en vida, la convertían en una persona célebre por su gran diligencia a la hora de sanar a los enfermos.

También recordé que Jaime, el actual señor de la casa, se había casado con una mujer que se llamaba Mónica, suponía que, en ese momento, ya había fallecido a causa de un complicado parto. Con ella tuvo tres hijos de los cuales desconocía sus nombres, sin embargo podría reconocer sus rostros porque los había visto tan solo unas horas antes en los retratos que colgaban en el corredor de la casa.

—No tenemos mucho tiempo —sentenció Engracia angustiada volviéndome a sacar de mis pensamientos.

—¿Cómo? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Muchacha, en la carta se explica muy bien.

—¿Carta? —pregunté atónita.

La mujer se estaba empezando impacientar por mis preguntas y mis reacciones de sorpresa. Sin ánimo de crispar el ambiente y con temor del que el sueño se tornara en pesadilla, decidí callarme y asentir a todo lo que decía hasta que pudiera leer el misterioso manuscrito al que se refería Engracia.

La mujer mandó llamar a una de las muchachas que trabajaban en la casa para que ayudara a vestirme, suponiendo que poco o nada sabría de los complicados ropajes de principio del XIX.

Pronto comprendí porque Engracia había supuesto que iba a necesitar ayuda. Varias capas de revestimiento conformaban el incómodo atuendo, todas ellas ajustadas por un oprimidísimo corsé que intenté aflojar al mismo tiempo que la muchacha lo apretaba sin compasión. La chica adivinó mis deseos.

—No señora. —Me miró atónita—. Así es como se debe llevar.

—¡Pero, si a penas puedo respirar! —mascullé sin aliento.

La joven, que percibió mi protesta como una orden, comenzó a aflojar el cordón que se entrelazaba en el aparatoso corsé y, poco a poco, el estómago y los pulmones volvieron a llenarse de aire.

—Gracias —asentí con una amable sonrisa.

La muchacha correspondió a mi agradecimiento con un leve asentimiento de cabeza.

Una vez vestida y oportunamente dispuesta de pies a cabeza, Raimunda, que era como llamaban a la muchacha, me acompañó al despacho de Jaime.

Atravesamos el angosto pasillo que desembocaba en la biblioteca. Conocía la estructura del edificio y el orden de las estancias muy bien, todo me resultaba extrañamente familiar y desconocido al mismo tiempo.

Como ignoraba las costumbres de los que habían sido mis antepasados en el siglo XIX, esperé precavida a la siguiente acción de la muchacha, que no fue otra que hacerme una leve reverencia y marcharse, dejándome en la antesala del despacho.

La puerta se abrió de improviso, volviéndome a encontrar cara a cara con la mujer. Una leve sonrisa curvó sus labios y me invitó a pasar.

La estancia no había cambiado mucho en los últimos doscientos años. La misma vieja mesa de madera noble presenciaba la habitación. Desde luego había envejecido bien. Evoqué el recuerdo de la última vez que la tuve ante mí hacía tan solo unas horas, era, en efecto, unos doscientos años más vieja, pero igual de formidable.

En un extremo del despacho estaba Jaime, alto y delgado, porte heredado de ambos progenitores. Después de una rápida pero educada reverencia, invitó a que me sentara, a la vez que él también lo hacía. Engracia se acomodó en una silla que se hallaba cerca de la puerta, custodiando la entrada.

—Mi madre me ha informado de todo lo acontecido hoy —comentó con semblante serio.

Me sentía examinada y observada tras la gran mesa, como en una entrevista de trabajo, pero en vez de mi currículum, una carta descansaba sobre la noble madera. Sin duda, ese debía de ser el manuscrito del que me había hablado Engracia. No obstante, si algo tenía claro es que esa letra no me pertenecía.

Pedí permiso para leerla, con la esperanza de que me aclarase el motivo por el que estaba allí.

—Por supuesto —afirmó Jaime—, es tuya.

Leí y releí la carta ante la atenta mirada de mis dos acompañantes, quería tener claros todos los detalles que en ella se describían y saber de qué manera podría darles la ayuda que se supone que mis familiares esperaban de mí.

En ella se describía lo fatídico de los hechos si no se actuaba de inmediato. Una conspiración contra la familia por parte de algunas personas

de pueblos vecinos, la violencia de las tropas francesas y el propio tifus acabarían con toda la familia si no se ponía remedio, a excepción del pequeño Pedro que en ese momento tenía siete años y del cual, al parecer, descendíamos todos los que habíamos llegado al siglo XXI. La carta, además de describir las consecuencias de los acontecimientos que se desatarían en el transcurso de las siguientes fechas, recomendaba que tal día como hoy se comenzaran a tapiar con tablas las ventanas que no tuvieran la protección de las contraventanas. Esto me aclaró por qué ese chico estaba protegiendo los ventanales del corredor.

A medida que iba leyendo la carta, comencé a recordar rescatando una vieja historia familiar que había decidido arrinconar en mi memoria. No sabía muy bien si la causa de tal olvido se debía a lo triste de la historia o quizás por los acontecimientos del día que la escuché, que fue el último que pude ver a mi abuela consciente, hablando tranquilamente y no postrada en la cama con la muerte invitándola al sueño eterno.

En aquel momento como un resorte que vuelve a la superficie, más visible que nunca, la historia sobre el trágico final de los moradores del siglo XIX, con el trasfondo de la fatídica Guerra de la Independencia contra Francia, se hizo clara y diáfana en mi memoria.

De repente, mi mente se trasladó a mi abuela y a la residencia, al recuerdo de aquella tarde de otoño en que una fuerte granizada azotaba todo lo que se interponía en su camino hacia el suelo, estrellándose furiosa con los viandantes que en ese momento luchaban por controlar sus paraguas golpeados por las piedras de hielo. Numerosas personas se habían resguardado en los portales y salientes de las casas, esperando a que amainara. Yo observaba inquieta la escena, dentro de un rato tendría que salir y, para colmo, no tenía paraguas.

La abuela también se mostraba intranquila, observando el suelo blanco por la fuerte granizada. Me dio la sensación que en su memoria se evocaba algún viejo recuerdo, quizás vivido o quizás hipotético, no podría saberlo con certeza. Las confabulaciones con las que intentaba llenar una memoria que poco a poco se iba vaciando bajo unas neuronas que desaparecían, hacían imposible distinguir los recuerdos reales de los confabulados.

Me miró fijamente, como queriendo captar mi atención y, sin mayor explicación, comenzó a relatarme la triste historia de cómo murieron todos y cada uno de los miembros de la primigenia familia, allá en los albores del siglo XIX.

—Primero fue Mónica, mujer de Jaime, que a su vez era hijo de Engracia, con la que tuvo tres hijos. —Hizo una pausa con el deseo de lograr la fuerza necesaria para que la voz no le temblara por la repentina turbación—. Fue por un parto complicado —prosiguió después de un largo suspiro—, el bebé tampoco consiguió sobrevivir. Luego fue el primogénito de Jaime. Se encontraba estudiando en Madrid, y un tiro perdido, fruto de los altercados del Motín de Aranjuez, alcanzó su pierna, la herida se infectó por la falta de cuidados y murió. —La abuela miró al suelo con tristeza—. Su padre Jaime decidió ir a buscar el cuerpo del joven a Madrid para llevarlo consigo y darle sepultura. Sin embargo, de camino, unos franceses lo asaltaron, él se resistió y murió en la pelea.

La abuela seguía hablando, ahora con tono lacónico, quizás como coraza para que no le pudiera el llanto por los dramáticos hechos que estaba contando, casi como vividos en primera persona.

—Semanas más tarde, la niña, única hija de Jaime, se contagió de tifus muriendo en pocos días debido a las altas fiebres. Engracia, la abuela de la niña y reconocida curandera, hizo lo imposible por salvar a su pequeña, sin embargo la enfermedad ganó la batalla aquella vez, quedando sola en la mansión al cuidado del pequeño de la familia y con la única protección de algunos fieles criados. Por aquel entonces no eran pocos los habitantes de pueblos vecinos que se habían enterado de la desgracia de la familia. Algunos de ellos, fruto de los celos o de alguna antigua disputa familiar, culparon a Engracia como generadora de todos los males acusándola como culpable de acabar con todos los miembros de su propia estirpe, porque era bruja, y ese era el precio que había tenido que pagar a causa de su pacto con el diablo. —La abuela hizo una pausa y me puso en contexto—: como sabrás, en aquella época comenzaba la Guerra de la Independencia y con ella el odio a todo lo que sonara a francés o tuviera la más mínima relación con este país. Por ello, muchos decían que bien merecido lo tenían por afrancesados. No sé si ya te comenté que algunos antepasados provienen del Pirineo Francés. Además, había rumores de que la abuela de la familia había atendido a un hombre enfermo que pertenecía a las tropas de Napoleón, y eso no había gustado nada a las gentes de los pueblos de alrededor. No obstante, lo que en realidad deseaban era dejar sin herederos la casa familiar y hacerse con ella, así como con las tierras ¡y cómo no! con el agua perdida en los confines de la roca que aun sustenta el edificio. Por desgracia casi lo consiguieron.

—El pequeño logró sobrevivir. —Deduje haciéndome consciente de mi

propia existencia debida al niño de la historia.

—Sí —contestó la abuela—, así fue. —Sus ojos, que en aquel momento ya estaban en otro tiempo, volvieron a humedecerse.

—Una noche de luna llena algunos vecinos, armados hasta los dientes, fueron con antorchas a la casa. Comenzaron a tirar piedras rompiendo todos los cristales de las ventanas e intentando entrar por ellas. La abuela, sabiendo que el objetivo del ensañamiento era ella misma, para proteger al pequeño de la familia, bajó hasta el sótano. Ya sabes, por las escaleras de caracol —comentó con mirada evocadora—, y allí dejó al niño, en la penumbra.

—¿Lo dejó solo en el sótano? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—¡Claro! ¿Qué otra cosa podría hacer? La querían asesinar y probablemente al niño también.

—Cierto —le di la razón mientras recordaba algunos grupos extremistas. No en vano, las personas dejamos de pensar y nos convertimos en fanáticos sin cerebro cuando actuamos en grupo.

—Nadie supo, en verdad, cómo se salvó —dijo la abuela interrumpiendo mis pensamientos—. Después de estar semanas desaparecido, cuando todo el mundo lo creía muerto, un buen día reapareció al mismo tiempo que llegaba una familiar lejana para hacerse cargo de él.

—¿Ella lo cuidó hasta que se hizo mayor? —pregunté con curiosidad.

—No, muy a su pesar, no podía quedarse con el pequeño, y si se lo llevaba con ella, la casa quedaría sin heredero que lo habitara, con el peligro de que alguien ajeno a la familia se quedara en ella y la hiciera propia. Sin embargo, aquella familiar lejana del pequeño dejó todo muy bien atado, y antes de irse se aseguró de que al niño no le faltara nada. Unos criados, sin hijos y ya demasiado viejos como para tenerlos, se ocuparon del pequeño, dándole los cuidados, el cariño y el amor que todos los niños necesitan, —siguió narrando la abuela mientras se le volvían a llenar los ojos de lágrimas—. A cambio, el matrimonio viviría en la casa hasta el mismo día de su muerte, y de este modo, el pequeño creció, se casó y, aquí estamos. —La sonrisa de la abuela ahora era amplia y orgullosa.

Disfrutamos unos segundos del final triunfal, hasta que recordé a Engracia y pregunté, temiéndome el peor de los finales. El rostro de la abuela Lucía volvió a las sombras.

—No hizo falta que entraran a sacarla. Ella, orgullosa, conocía cuál iba a ser su final. Por ello no pretendió salvarse, sin embargo, antes de abandonar la casa, y sabiendo las oscuras artimañas de muchos que habían provocado tal

situación, comenzó a hablar y maldecir en latín comportándose como una auténtica bruja ante el terror y la estupefacción de los allí presentes.

“¡Sí, soy una bruja y maldigo mil veces al que ose quedarse con mi casa y al que are mis tierras sin permiso!”

—¿De verdad hizo eso? —pregunté sorprendida—. ¡Qué astuta! —La abuela premió mi deducción con un guiño.

—Lista como un zorro —afirmó—, de este modo, aprovechándose de las supersticiones de sus enemigos, consiguió que nadie, excepto los criados que cuidaron del pequeño, se atrevieran a entrar en la casa familiar. Muchos aún creen que el edificio está maldito y la tierras también —me susurró mientras volvía a guiñar un ojo. —Gracias a Engracia mantenemos la casa alejada de los extraños. Lo que vino después no es lo más agradable...

—¡Cuéntalo abuela! —apremié.

—La llevaron a lo más alto de la colina, en un extremo del castillo. Allí habían plantado un gran tronco acompañado de cuerdas de amarre y, al pie de este, apiladas, un montón de ramas y hojas secas preparadas para que ardieran con Engracia.

Tragué saliva y me agarré a la silla.

—De repente, una gran ráfaga de viento zarandó las ramas de los árboles. Después de un sonoro trueno, comenzó una enorme granizada, quizás unas de las más vigorosas que se recuerdan en el lugar. Todos estaban aturridos ante la fuerza de los elementos. Aterrados, pensaron que se trataba de alguna energía maliciosa provocada por la que creían que era una mujer embrujada.

Mi mirada se entornó y acto seguido se dirigió hacia el ventanal, en él pude descubrir los adoquines de la calle cubiertos por pequeñas bolitas de hielo. Una imagen que recordaba más a una postal navideña que a una intensa granizada en una tarde de otoño.

—Ella aprovechó el desconcierto de la muchedumbre que pretendía quemarla viva y, sin pensarlo, se precipitó por el escarpado barranco falleciendo al instante. De este modo consiguió sus tres objetivos aquella noche: el primero, poner a salvo al pequeño Pedro; el segundo, que nadie extraño se atreviera a entrar en su casa familiar; y el tercero, una muerte mucho menos dolorosa, ¿no crees?

—Desde luego —musité impresionada por sus palabras.

Cuando acabó de contarme la historia, no dejó que le hiciera más preguntas sobre el tema. No pude averiguar cómo había conocido todos

aquellos hechos que con tanta determinación me había narrado, ni siquiera si su relato se trataba de un hecho real. Supuse que muchos detalles formarían parte de su propia confabulación, como otras tantas historias que me había contado a pesar de que, en esta ocasión, el relato estaba bien construido y en ningún momento había vacilado ante los hechos descritos, a diferencia de otras ocasiones, en las que dudaba y volvía a retomar la historia en un punto ya narrado.

Mostró prisa por que me marchara. Aprovechando que el granizo había cesado, me convenció para una apresurada marcha.

—Marcha, palomita —apremió mientras me daba un beso en la mejilla —, que ahora está más tranquilo.

Me fui, y la puerta de su habitación se cerró con un gran golpe tras de mí, avivada por la corriente que, apremiante, se había colado desde la calle y ahora viajaba veloz por las diferentes estancias del edificio, con el mismo ímpetu que cuando una ráfaga inesperada de acontecimientos se cuela en tu vida: casi sin darte cuenta y sin tiempo para reaccionar.

5. Misión por cumplir

Cuando por fin volví de mis recuerdos en forma de revelaciones, no pude menos que estremecerme al contemplar a mis antepasados allí presentes. La carta no explicaba nada de estos tristes acontecimientos. Sin embargo, narraba que una terrible desgracia se cernía sobre la familia y que yo haría todo lo posible por salvarla. Todos debían hacer caso a mis propuestas sin cuestionar demasiado, pues venía de un tiempo en el que todo lo que iba a ocurrir ya era pasado y yo tenía la clave para salvarles. Levanté la vista de la carta manuscrita, Jaime me observaba impaciente.

—No quisiera importunarte, pero es difícil no hacer preguntas en estas circunstancias. ¿Podría saber si tienes algún plan para impedir el cúmulo de desgracias que dices que nos esperan?

Sus ojos albergaban cierta duda sobre la veracidad de los hechos y sobre mi propia valía. Pero ya que estaba allí, decidí olvidar todas las dudas que pudiera generar y centrarme en ayudarles.

Hacía mucho tiempo, desde la muerte de Dani, que no me sentía con fuerzas para casi nada. Sin embargo, aquella misión, en cierto modo, me había devuelto a la vida y, a pesar de desear que lo que estaba ocurriendo fuera tan real como a mí me parecía, mi parte racional no hacía más que repetir que se trataba de un sueño.

Fuera lo que fuera, me dejé llevar por las circunstancias dispuesta a ayudarles. Además, el que supieran que procedía de un siglo venidero, permitía ahorrarme la extravagante explicación de que era una descendiente del futuro y, por tanto, sabía parte de lo que iba a ocurrir. Sin duda, podía centrarme en lo práctico. Aun así, al hacerme consciente de este hecho, no pude evitar cierta sorpresa, ya que ellos habían tomado mi aparición como algo esperado.

Intenté centrarme en los hechos y hacer memoria de todos los puntos que habían acontecido o que aún estaban por suceder, intentando desglosar la situación en pequeñas partes, como fracciones diferentes de un mismo

problema. Al fin y al cabo, todo comenzaba con la muerte de Mónica, pero eso ya había ocurrido y nada se podía hacer para remediarlo.

El siguiente en fallecer, según me había informado mi abuela, era el primogénito de Jaime, que por aquel entonces se encontraba en Madrid estudiando Leyes. También me había contado que había muerto por un fortuito disparo fruto de las revueltas del Motín de Aranjuez. Era preciso salvarle, sin embargo, había que darse prisa. Nos encontrábamos a 18 de marzo de 1808, misma fecha del comienzo de las revueltas del Motín de Aranjuez. Durante los siguientes días no serían pocos los altercados que acontecerían en el lugar. Lo había estudiado ya hacía algunos años en la carrera de Historia, aún así, recordaba los acontecimientos y las fechas con claridad.

Decidí comenzar con la explicación de los sucesos que pronto se desencadenarían, era mi modo de recapitular el pasado más cercano para situarme a mí misma en el pasaje de la historia en el que me encontraba y de este modo, cerciorarme de que lo que había estudiado era lo que había ocurrido en realidad.

—Bien, —comencé pensativa—. Estamos en 1808... Pero es en 1792, en plena Revolución Francesa, cuando se produce la destitución de Luis XVI en Francia. La monarquía española no está de acuerdo con los sucesos en este país. Esta situación hace que se firme una coalición con Inglaterra frente a Francia, que da lugar a la Guerra de la Convención, entre 1793 y 1795, que acabó con la firma del Tratado de Basilea, en la que España, en su derrota, no tuvo otro remedio de pasar a ser aliada de Francia, ¿no fue así? —pregunté mirando a Jaime.

—Así fue —asintió sorprendido.

—Como España pasó a ser aliada de Francia, no tuvo otro remedio que participar en la guerra contra Inglaterra —proseguí concentrada en la versión de la historia que conocía. — Pero, si la memoria no me falla, hace tan solo seis años que ha finalizado esta guerra, bastante desastrosa para la coalición franco-española, y por desgracia estamos a punto de entrar en otra confrontación de nuevo, sin embargo ahora contra Francia.

—¿Confrontación? ¿Contra Francia? —preguntó Jaime—. Napoleón dice que utiliza a España solo como paso hacia Portugal.

Jaime, en su nerviosismo, se levantó apresurado de su asiento y comenzó a caminar por la habitación dando grandes zancadas mientras explicaba lo que él sabía de primera mano. A pesar de creer conocer los

acontecimientos que iba a relatar, me interesaba contrastar las diferentes informaciones que pudiéramos tener al respecto. Además, era un modo inequívoco de confirmar que la historia que yo había conocido era la misma que había rodeado a mi familia del siglo XIX y así no errar en ningún momento.

—Fue el año pasado cuando se firmó el Tratado de Fontainebleau. De este modo, Francia y España se unirán en la conquista conjunta de Portugal que, una vez invadido, será dividido en tres zonas —Jaime comenzó enumerarlas—: el norte será para Carlos Luis de Parma, que es sobrino del heredero, de Fernando VII; la parte central será moneda de cambio para conseguir Gibraltar y la isla de Trinidad, que en este momento es de Inglaterra; y la zona sur será cedida a Manuel Godoy, que casualmente fue él que firmó el tratado..., y el que tomó la decisión de hacerlo.

Esto último lo comentó con una sonrisa enmascarada en cierta sorna. Según tenía entendido eran Godoy y la mujer de Carlos IV, la Reina María Luisa de Parma, quienes en realidad manejaban los entresijos del gobierno del monarca, haciendo y deshaciendo a su antojo. Y no solo en el tema político porque, según habladurías, su relación iba más allá del mero gobierno, llegando en algún momento a sospechar que el propio Fernando VII realmente era hijo de Manuel Godoy y no de quien decía ser, cosa que incomodaba al joven pretendiente, ya que Godoy y el futuro rey, al parecer, no se soportaban.

—Napoleón miente —afirmé con rotundidad—. Es el pretexto que utiliza para poder entrar con total libertad, sin embargo planea un ataque inminente. Ya hay rumores de ello, de hecho, Godoy ha trasladado a toda la familia real a Aranjuez, por si las cosas se ponen feas y tienen que huir a Sevilla, y de ahí a América, tal como ha hecho ya el rey de Portugal. Esta noticia ya está corriendo como la pólvora creando intranquilidad, y hoy mismo, 18 de marzo, desembocará en lo que se llamará el Motín de Aranjuez. Esta revuelta será alentada por los fernandistas, partidarios del hijo de Carlos IV al trono.

—Así que... Samuel tenía razón —murmuró pensativo.

—Tendrá lugar frente al palacio de Godoy, en Aranjuez. De hecho, es probable que las revueltas ya hayan comenzado —continué explicando lo que conocía sobre la historia—. Saquearán y quemarán todo lo que puedan y mañana mismo, 19 de marzo, provocarán la abdicación de Carlos IV a favor de su hijo Fernando VII, así como el arresto de Godoy.

—¿Y de qué manera afectará esto a nuestra familia? —preguntó Jaime temiéndose lo peor.

—¿Hay algún familiar en Madrid? ¿De alguno que sospeches que pueda participar en el motín de Aranjuez? —pregunté esperando lo afirmativo de la respuesta.

Jaime, con un semblante serio y preocupado, asintió solo con la cabeza.

—Sí, Samuel —contestó con un hilo de voz—. Es..., mi hijo, mi primogénito...— dijo con el temblor propio del que contiene su propio llanto.

—Tienes que mandar a alguien a por él de inmediato, puede verse afectado, puede que muera... —dije esto último lo más bajo que pude.

Jaime, inquieto, se disponía a salir de la habitación.

—Yo mismo iré —comentó decidido.

—¡No! —mi negativa, convertida en un grito, sonó más aterradora de lo que hubiera deseado.

Lo dos me miraron atónitos.

— No..., no deberías ir a buscarlo tú —intenté explicarme con la mayor claridad que pude. —Si vas, no lo contarás, morirás en el camino.

Su cara era una mezcla de estupor e incredulidad. En mi empeño por que me creyera, le di todos los detalles que recordaba para convencerlo.

—Unos soldados franceses te abordarán para robarte, te enfrentarás a ellos y en la pelea te asesinarán.

No hizo falta más y, convencido, asintió con la cabeza.

—Está bien, mandaré a alguien para que vaya a buscarlo.

—Lo mejor es que también vaya un carruaje junto con el jinete, por si viniera herido. Por lo que sé, recibirá un disparo en la pierna durante las revueltas.

Jaime tragó saliva, asintió lo más entero que pudo y salió apresurado a dar la orden de traer de vuelta de Madrid al joven Samuel.

Engracia permaneció conmigo aún dentro del despacho de Jaime. Su semblante era serio y preocupado.

—¿Algo más? —preguntó temerosa.

Asistí con semblante no menos preocupada que la mujer.

—La niña —contesté intentando recordar el nombre de su nieta.

—¿Rosita? —Sus cejas se elevaron haciendo considerablemente más grandes sus ya de por sí expresivos ojos.

—Tifus —contesté—. A causa de los estragos de la guerra y las aguas infectadas, habrá una epidemia, ya que se trasmite a través de los piojos y las

pulgas.

El rostro de la abuela se ensombreció aún más. Engracia, curandera de profesión y culta mujer de un médico, conocía todo sobre las dolencias y enfermedades más comunes hasta la fecha.

Poco más le podía decir, no sabía muy bien en qué consistía dicha enfermedad, solo que, si no ponían las medidas preventivas necesarias, la niña podría contraerla y morir.

Engracia dio un largo suspiro sin dejar de mirarme.

—¿Algo más? —volvió a preguntar resignada.

—Sí —musité queriendo acabar cuanto antes con la conversación—. Se trata de ti, Engracia. ¿Tenéis algún enemigo en la comarca que quiera quedarse con la casa y las tierras?

—Varios —contestó pensativa—. Sin embargo, hasta ahora no han supuesto ninguna amenaza.

—Quieren tu muerte —la informé sin rodeos.— La tuya y la de toda la familia, para quedarse con la casa, las tierras y las aguas subterráneas.

Engracia tragó saliva.

—Otra cosa más. —Esto último era de mi propia cosecha, sabía que el apellido había sido cambiado de Borau a Boraó por el odio que suscitaría todo lo relacionado con el país vecino y el origen del apellido familiar—. El apellido, Borau proviene de un pueblo que se llama así, ¿verdad? cerca de la frontera con Francia, en los Pininireos ¿no es cierto?

—Sí —contestó Engracia lacónica sin saber si eso también podía suponer algún problema

—Lo tenéis que cambiar —ordené con firmeza.

—¿Qué lo cambiemos? —preguntó sorprendida.

—Sí, por Boraó. Si lo “españolizáis” a tiempo habrá menos posibilidades de que os tomen por afrancesados.

El semblante de Engracia dibujó unas pequeñas arrugas en el entrecejo, muy típico de mi familia cuando estamos concentrados, preocupados o ambas cosas a la vez. Me sorprendió que este gesto, que luego se convertía en arruga de expresión en todos los rostros maduros, ya mostrara todo su esplendor a comienzos del siglo XIX.

—Ya lo hacen —afirmó.

Un interrogante se dibujó en mi rostro.

—Ya nos toman por afrancesados: mi suegra era francesa, este mismo edificio lo construyó un hombre de origen francés y en esta casa han

frecuentado durante mucho tiempo parientes y amigos de mi suegro provenientes de Francia, mucha gente sabe de las ideas progresistas de Jaime..., es algo que todo el mundo conoce —asintió con franqueza.

—Durante esta guerra que acaba de comenzar, el odio contra los franceses crecerá a cada minuto. Si es esta imagen la que estáis proyectando es probable acabéis muertos o en el exilio.

—Entiendo —murmuró pensativa.

Pasé todas las horas que restaban del día en el despacho de Jaime, explicando todo lo que sabía e intentando ayudar a que los desgraciados acontecimientos que se cernían sobre la familia, que en cierto modo también era la mía, no ocurrieran jamás. Me sentía como repasando un lienzo que, con el pasar de los años, su pintura se había diluido esperando otra oportunidad más alentadora que la que ya había tenido.

Por fin, salimos las dos mujeres del despacho. Engracia no soltaba mi brazo, lo agarraba con una fuerza sólida y cálida. A pesar de la brevedad de mi presencia, sabía que me había ganado su confianza y su simpatía, y quizás también su cariño.

—Puedes llamarme abuela Engracia —dijo por fin.

Asentí satisfecha, me gustaba la idea. Me recordaba tanto a mi propia abuela, que algo de ella sentía que vivía en nuestra predecesora ¿o algo de Engracia viviría en mi abuela Lucía? Después de todo, la mujer a la que me recordaba aún no había nacido.

Atravesamos el angosto corredor y bajamos las escaleras de caracol dirigiéndonos a la cocina. Las mujeres trajinaban indiferentes provocando los ruidos propios de una cocina del siglo XIX. Algo de familiar hallé en todo aquel alboroto de voces y cazuelas que me recordaban a lo que tantas veces había oído en la lejanía de las noches de mi tiempo. Ahora nadie los escucharía en junio de 2018.

Engracia me presentó como una sobrina lejana, con el mismo nombre, pero de apellido Borau, en vez de Boraó que era como en realidad me apellidaba.

En el salón, por fin, conocí a Rosa y a Pedro, hijos de Jaime y nietos de la abuela Engracia. Me impresionó ver al pequeño del cual nacería yo misma casi doscientos años después y toda la estirpe de familiares contemporáneos a mí, a todos los que había conocido en mi tiempo.

El niño me saludó con un dulce beso en la mejilla y se ruborizó instantes después. Enseguida reconocí que, al igual que los miembros de

nuestra familia, era tímido e introvertido. Rosita, una muchacha de unos dieciséis años, se levantó al instante, dejó el libro que se encontraba leyendo y me saludó con una breve reverencia. Yo había imaginado que era más joven, quizás influenciada por el cuadro que había visto del retrato familiar en la que aparecía mucho más niña.

La cena trascurrió con normalidad y nos retiramos pronto a dormir con la inquietud centrada en el único familiar que se encontraba lejos de la casa, a merced de los acontecimientos que pronto sucederían.

6. En previsión de lo peor

Trasmoz, 19 de marzo de 1808

Dormí sin necesidad de ningún ansiolítico, algo extraño en los últimos meses después de la trágica muerte de Dani.

Al alba, me volvieron a despertar unos golpes similares a los de la noche anterior allá por el siglo XXI, pero esta vez, mucho más cercanos. Provenían del mismo corredor y del mismo martillo. Al parecer, el muchacho seguía con su cometido de sumir, a golpe de mazo, la casa familiar en la penumbra. El día anterior, Engracia me había explicado que, aconsejados por la carta, habían considerado tapiar los marcos que carecían de la protección de las contraventanas. Era cierto, en ella se sugería que así lo hicieran, sin embargo tampoco explicaba la verdadera razón. Supuse que se debía al pasaje descrito por mi abuela Lucía, en el que, las piedras traspasaban como mantequilla los delicados cristales mientras clamaban por llevarse a Engracia para quemarla. Pero tampoco se podía descartar que la casa se viera asediada por algún disparo fortuito. No en vano, en aproximadamente tres meses, estaríamos ya inmersos en una guerra que se perpetuaría durante seis largos años. El 15 de junio de 1808 comenzarían los ataques a la ciudad de Zaragoza y las tropas de Napoleón, sin duda, iban a merodear por los alrededores saqueando todo lo que estuviera a su alcance. En cualquier caso, me pareció buena idea, a pesar de la oscuridad en la que se sumía la casa.

Un leve sonido en la puerta interrumpió mis pensamientos. Di mi permiso y la puerta se entreabrió, asomando la cara regordeta de la chica que había ayudado a vestirme el día anterior. En aquella ocasión su visita anunciaba que el desayuno ya estaba servido y que todos aguardaban mi presencia. Una vez vestida, me apresuré a reunirme con ellos. En el salón se encontraban todos los miembros de la familia y me excusé por ser la última.

—¡Nada de eso! —Se apresuró a disculparme la abuela Engracia.

Jaime, que se encontraba en la cabecera de la larga mesa ocupando su

lugar de señor de la casa, se mostraba taciturno e inmerso en sus propias preocupaciones y pensamientos. Supuse que cavilando sobre todas mis revelaciones y esperando ansioso la llegada de su hijo Samuel. La abuela Engracia, después de nuestra provechosa conversación, me prometió que ella misma haría partícipe a Jaime de todo lo que esperaba a la familia si no se actuaba de inmediato.

A su lado, Rosita, daba la impresión de ser una muchacha frágil y delicada, y pude percatarme de cómo me observaba con curiosidad cuando yo no la miraba. El pequeño Pedro jugaba despreocupado con algunas migas de pan que se esparcían desordenadas sobre la mesa, ajeno todo lo que se avecinaba. Observando al pequeño de la familia, me pregunté cuántos niños habrían recorrido todas aquellas estancias del viejo edificio hasta caer rendidos. Yo misma lo haría unos doscientos años más tarde con Dani, mi inseparable amigo de juegos.

Una vez acabado el desayuno, la abuela me cogió del brazo y me dirigió en silencio a una estancia ya desaparecida en la época de la que yo provenía. Era un pequeño despacho, algo así como un dispensario, probablemente perteneciera a su marido ya fallecido. En él, altas vitrinas se elevaban como plantas trepadoras cubriendo casi toda la pared existente y, tras las cristaleras, pequeñas botellitas escurpulosamente ordenadas. La abuela Engracia me dejó por unos momentos que admirara su santuario y, orgullosa, me invitó a sentarme en un pequeño diván dispuesto a un extremo. En medio de la estancia un camastro bajo ocupaba el poco espacio restante.

No supe qué decir, nunca me imaginé que aquella casa familiar, la que consideraba propia, hubiera albergado alguna vez tal tesoro. Sin embargo, a estas alturas, casi nada lograba sorprenderme, poco a poco comenzaba a acostumbrarme a los descubrimientos insólitos. Al fin y al cabo, pocas cosas había más extrañas que viajar doscientos diez años atrás en el tiempo, sin salir de tu propia casa.

Las palabras de la abuela me sacaron de mi desconcierto, devolviéndome a la realidad que en aquel momento me rodeaba.

—Sam... —que era como familiarmente llamaban al joven—, si finalmente lo han conseguido encontrar en Madrid —comentó dubitativa—, regresará esta misma noche.

Asentí sin saber muy bien a dónde quería llegar y porqué nos encontrábamos en el lugar más sagrado de la casa.

—No sabemos en qué condiciones se regresará —prosiguió temiéndose

lo peor—, pero..., si el chico llega malherido, quiero que tú seas la que me ayudes a que sobreviva.

—Yo no sé nada sobre medicina —me excusé incrédula.

—Para eso te he traído aquí —prosiguió la abuela apremiante—. Yo te enseñaré lo que necesites saber. Además, en todo momento estaremos las dos con Samuel.

Después de un breve receso en el que ambas observamos los pequeños recipientes que descansaban en las altas vitrinas, la abuela comenzó a nombrar todas y cada una de las botellitas describiendo lo que contenían, así como sus beneficios. La mayoría constituían extractos de mezclas de plantas y su uso era tópico. Cuando acabó con una vitrina, comenzó con los recipientes dispuestos en la contigua, explicándome cuáles se debían de tomar con alimentos y cuáles en ayunas. Intentaba retener lo más posible en mi memoria, sin embargo era demasiada información. Cuando concluyó, sacó de uno de los cajones un gran cuaderno de tapas duras y verdes

—Todo está anotado aquí —comentó pasando las hojas manuscritas—. Si cada día memorizas una parte, puede que en el futuro sepas para qué sirve la mayor parte de las plantas.

—Por supuesto —asentí—, pero no entiendo qué tiene que ver esto con Samuel.

Abrió una gran caja que reposaba en la mesa del dispensario y extrañas herramientas se descubrieron ante mí. Cogió entre sus manos una pequeña sierra. Mi expresión, una mezcla de horror e incredulidad, fue suficiente respuesta para que Engracia se disculpara.

—¿En vuestro tiempo utilizáis el refrán “cortar por lo sano”? —preguntó impasible.

Asentí atónita.

—Llegado el caso, eso será lo que haremos si Samuel llega con una herida infectada en su pierna.

Volvió a guardar en la gran caja de madera los mortecinos artilugios. A pesar de la limpieza de la estancia, el recipiente que contenía las herramientas, que sin duda habían pertenecido a su marido, no se encontraba en las mejores condiciones higiénicas. La repulsa por aquellos instrumentos, similares a los aparatos de tortura, que bien podrían haber pertenecido a algún inquisidor, acentuó aún más mi desagrado ante la situación que la mujer me estaba planteando.

Tuve que admitir que, aun no teniendo la mejor presencia, se trataba de

un valioso material quirúrgico de finales del siglo XVIII al que muy pocos tenían acceso. Me pregunté, sin dar crédito, cómo Engracia no se afanaba en limpiar con más diligencia aquellos instrumentos. Al fin y al cabo, se trataba de herramientas de trabajo que entrarían en contacto directo con heridas profundas. Pronto caí en la cuenta de que a principios del siglo XIX poco se sabía sobre las bacterias y virus que infectaban las heridas. Si bien ya existía el microscopio, pocos eran los especialistas que relacionaban a esos diminutos seres con las lesiones irritadas e inflamadas.

—Ese... —no sabía muy bien cómo llamar al conjunto de hierros—, ese material para amputar no se debería guardar así, ni en esas condiciones.

Engracia puso toda su atención en lo que me disponía a manifestar, en cierto modo era lo que buscaba: las aportaciones de una viajera del tiempo futuro.

—A mediados de este siglo, de XIX, se comenzará a esterilizar cualquier material que esté en contacto con una herida abierta —intenté aclarar de la manera más sencilla que pude.

—Interesante. —Engracia me apremió para dejarme continuar con la esperanza de poder entender algo de lo intentaba descubrirle.

—Existen unos seres que son tan pequeños que no podemos ver, pero que infectan las heridas si entran en contacto con ellas. Las contaminan, provocando inflamación y rojez —instintivamente fijé mi mirada en un pequeño microscopio que descansaba en una de las vitrinas—, a esos seres se les llama microbios y bacterias, pueden provocar fácilmente la muerte si no se extinguen a tiempo.

—Entonces ¿cómo podríamos acabar con ellos? —preguntó curiosa.

—Existen diferentes métodos. Los instrumentos que están en contacto con la lesiones abiertas se pueden hervir o quemar con el fuego directamente. Las heridas se limpian con una mezcla de alcohol de alta graduación y agua hervida —concluí algo insegura de mi respuesta.

La abuela no pareció vacilar e inmediatamente encendió la chimenea de la estancia colocando un gran caldero con agua limpia que mandó traer del pozo. Cuando el líquido comenzó a emitir pequeños gorgoteos, depositamos, uno por uno, aquellos espantosos artilugios deseando no utilizarlos jamás.

7. Cortar por lo sano

Trasmoz, 20 de marzo de 1808

La mañana era gris y plomiza. Una densa y fría capa de nubes bajas se deslizaba sinuosa por el valle. Miré hacia el cielo y sentí como la humedad que lo empapaba todo. Una extraña sensación, quizás fruto de algún recuerdo, me hizo estremecer al sentir el relente en mis mejillas, que aún permanecían cálidas, única reminiscencia del resguardo de la casa. Volví a entrar en el salón, la mesa estaba preparada y los comensales nos sentamos a desayunar, todos menos Jaime. Supuse que se habría entretenido con alguna cuestión o que habría desayunado con el alba.

El ambiente estaba tenso, habíamos esperado impacientes durante toda la noche la llegada de Samuel, pero el chico aún no había regresado. Sin noticias del muchacho ni de los hombres que habían ido en su busca, algo hacía presagiar lo peor.

Cuando, por fin, Engracia y yo nos quedamos a solas, le pregunté si había alguna novedad respecto a quién esperábamos. Me agarró del brazo alentándome a que entrara al pequeño dispensario.

—Ha salido a su encuentro —confesó.

De pronto, la mañana plomiza, gris y húmeda cobró vida en mi memoria. Así habían sido los días más tristes de mi existencia, los días en los que sendos accidentes de coche, primero el de mis padres y luego el de Dani, se los habían llevado para siempre. De nuevo, mi antigua vida se mostró ante mí, con la fuerza de un torrente, y una vaga idea, que no quería creer, pugnaba por salir en forma de pregunta.

—¿Jaime ha salido en busca de Samuel? —La pregunta surgió casi sin querer creerlo y con temor de conocer la respuesta.

Sabía que Engracia no me engañaría y su mirada me contestó con una afirmación aterradora. Estaba inmersa en proteger aquella familia que, a pesar de ser desconocida, se me hacía cercana, la única que poseía en ese momento.

Sin embargo, muy a mi pesar Jaime se estaba exponiendo a la misma situación en la que le había advertido que podría morir, y la inquietud se apoderó de mí.

—Esta mañana ha llegado el jinete que acompañaba al coche. Encontraron a Samuel en la casa familiar de Madrid, pero ya estaba herido.

Los ojos de la abuela se entornaron para escapar de mi mirada y comenzaron a humedecerse brillando aún más, como zafiros negros en la noche.

—¿Es grave? —pregunté preocupada.

—Eso parece —asintió la abuela—. Jaime ha salido para acompañarles en su vuelta. Están muy cerca de aquí, pronto llegarán.

—Hay que preparar todo —comentó nerviosa mientras miraba la disposición de los diferentes elementos del dispensario.

Arrastramos el camastro para separarlo de la chimenea. Si Samuel venía con fiebre, no le convendría estar cerca de una fuente de calor. Ventilamos la habitación, y el frescor húmedo de la mañana invadió toda la estancia borrando cualquier atisbo de calidez. Aun así, acordamos mantener el fuego de la chimenea vivo por si necesitáramos calentar o hervir algo allí mismo. De hecho, la abuela Engracia desdobló un lienzo blanco y lo hizo jirones para meter los retales en el agua que, burbujeante, movía sin piedad el recipiente que lo contenía.

Se hizo con un par de mandiles, muy parecidos a los de las cocineras, y me dio uno para que me lo pusiera. Todo estaba preparado para la llegada de Samuel en el preciso instante en que llegó.

El joven se encontraba en unas condiciones lamentables. Sucio y semiinconsciente por la fatiga del camino; enseguida detectamos el origen de su fiebre y sufrimiento. Una herida de bala, fruto de las revueltas en Aranjuez, atravesaba su pierna izquierda en un lugar aparentemente indeterminado entre la rodilla y el tobillo. La herida tenía muy mal aspecto, se encontraba abierta y sangrante en una pierna enrojecida, hinchada y caliente. Los peores presagios de Engracia se habían hecho realidad. La fatídica historia que la abuela Lucía me había contado allá por el siglo XXI se había materializado. Al menos Jaime había llegado sano y salvo y ya no tendría que enfrentarse en los caminos a su propia muerte.

A penas sabía sobre la medicina de principios del XIX, a decir verdad, la del siglo XXI también se me hacía lejana y desconocida, así que ignoraba las opciones que el chico tenía de conservar su pierna enferma, o incluso de

sobrevivir.

Lograron arrastrar al muchacho al pequeño camastro que la abuela Engracia había preparado, siendo necesario varios hombres para sostener y soportar el peso muerto del joven. El lecho acogió el cuerpo del chico, alto y corpulento, con un leve crujido. Apenas cabía en la pequeña porción de colchón relleno de lana, pero seguramente se encontraría más cómodo que en las últimas horas, sometido a los continuos vaivenes de un coche arrastrado por caballos que galopaban sin miramiento alguno sobre desniveles y voluminosas piedras.

A medio camino entre el horror y el desconcierto, por fin pude apartar mi mirada de la herida que, hasta aquel momento, era lo único que había logrado contemplar del muchacho. Samuel era un chico de unos veinte años, alto y corpulento. Me extrañó que realmente fuera un pariente, su complexión difería mucho de la que había predominado en la familia. A pesar de la mugre, la sangre y los gestos de dolor, pude atisbar que la cara tampoco se correspondía con los rasgos familiares, protuberantes y angulosos. Su pelo enmarañado, era de un extraño castaño rojizo, poco común en la zona.

Miré a la abuela Engracia, confusa y nerviosa, esperando sus órdenes. El día anterior acordamos que la ayudaría y allí estaba presta con mi mandil y el pelo recogido. Ella adivinó en mi mirada el interrogante de quien no sabe qué hacer ni por dónde empezar.

—Hay que lavar la herida, está hinchada y caliente...

Asentí lo más entera que pude a las palabras de Engracia.

—También hay que bajarle la temperatura —dijo tocándole la sien enrojecida—. Lo cubriremos con gasas de agua fría.

Una vez descubierto el torso del chico, a pesar del tintineo constante de su mandíbula, me di cuenta de que realmente desprendía mucho más calor de lo que parecía. Comencé a aplicarle paños de agua fría. Al principio su cuerpo se estremeció y enrojeció aún más por la diferencia de temperatura, pero poco a poco, se fue relajando. No en vano la abuela Engracia, nada más llegar, había hecho que bebiera de una pequeña botellita en la que se podía leer Láudano, cuyo olor me recordó a la canela y al clavo. Al parecer, aquel anestésico del siglo XIX, estaba otorgando algo de paz a su joven cuerpo.

Mientras yo me ocupaba de cambiar cada poco tiempo los paños húmedos y fríos, la abuela limpiaba la herida con una suavidad y delicadeza, que contrastaban con sus rasgos rectos y su mirada severa.

En el ambiente se podían palpar la tristeza y la preocupación. Intuía

que, de un modo u otro, si Samuel salía con vida, probablemente perdería parte de su pierna. Pero tener que participar en aquella sangría, aunque fuera para salvar al del muchacho, me aterraba y paralizaba a la vez. Dudaba de mi propia entereza, de poder aguantar el sufrimiento del chico y la visión al cercenarle el hueso.

—Necesitamos que se emborrache, que esté lo más dormido posible —comentó la abuela con un gran suspiro.

—¡Qué! —acerté a pronunciar.

—Tengo extractos de plantas y ungüentos. Este preparado con espino blanco quizás pueda aliviar algo el dolor —dijo mientras le daba de beber un poco al chico—, pero no lo dormiré totalmente, ni será suficiente para aguantar la amputación de un miembro —comentó mirando más detenidamente las estanterías repletas de botellitas.

Comprendí lo que quería decir, hasta aquel momento no me había percatado de que en el siglo XIX aún no existía la anestesia y quizás lo más poderoso para adormecer a los pacientes era el alcohol en grandes cantidades.

En poco tiempo la abuela hizo que el chico bebiera gran parte de la botella de whisky hasta quedar aparentemente dormido.

—Necesito que lo calmes si se despierta —comentó la abuela más fría y distante que nunca—. Toma —me extendió una vara redonda y fuerte—. Si se despierta, le pones esto en la boca y que lo muerda.

Las herramientas tintinearón en el gran caldero lleno de agua hirviendo que estaba encima del fuego. Pronto estarían listas para ser utilizadas.

—No miraré ni cortaré nada, no sería capaz —confesé a la abuela mientras preparaba los rudimentarios instrumentos quirúrgicos.

—No tienes porqué hacerlo, pequeña. —Su mirada se tornó dulce y agradecida—. Es suficiente con que calmes al chico, pero créeme si te digo, que eres más capaz de lo que piensas.

Asentí resignada. A pesar de la confianza que la abuela Engracia depositaba en mí, sabía que no sería tarea fácil tranquilizar a un chico al que le estaban amputando la pierna, por muy borracho y aturdido que estuviera.

La abuela comenzó sin dilación y un respingo sacudió el cuerpo del muchacho sacándole del breve delirio en el que se encontraba. Sorprendida, observé cómo el chico se incorporaba lenta y torpemente para intentar atraer la atención de la mujer, y con una leve sonrisa asintió dándole permiso para que hiciera lo que fuera necesario. Su mano rozó levemente la herida, como despedida del miembro que pronto le abandonaría.

“Es como un duelo”, pensé con tristeza, “como cuando te despides de alguien al que has estado tan unido como a ti mismo”.

La abuela me dio la botella de whisky. Comprendí que quería que Samuel bebiera más. Con una sutil caricia liberé la frente del chico de algunos enmarañados mechones y seguidamente incorporarle con delicadeza, de modo que pudiera beber el singular anestésico. De pronto, el joven me miró extrañado quizás dándose cuenta por primera vez de que mi imagen no era fruto de ninguna alucinación febril, que era tan de carne y hueso como él. La abuela pareció percatarse de su sorpresa y pensó que el muchacho, al menos, tenía derecho a conocer el nombre de la mujer que, casi sin darse cuenta, le había salvado la vida.

—Diana Borau. Es una familiar lejana que ha venido para ayudarnos — comentó en una explicación muy abreviada de mi situación respecto a ellos.

“Y tan lejana”, pensé con ironía, “como que vengo de doscientos diez años después”.

No había tiempo para explicar el verdadero motivo de mi presencia en aquel siglo.

La pierna quedó inmovilizada por un rudimentario aparato, que me recordaba a los sargentos de mordaza que se utilizan en carpintería.

Tal como me había pedido Engracia, comencé agarrar con fuerza los hombros del chico que, clavando sus ojos en los míos, me miraba con tanta intensidad que lograba intimidarme, viéndome obligada en más de una ocasión a desviar la mirada a pesar de su insistencia.

Por suerte, el propio cuerpo de la abuela ocultaba la hazaña necesaria para salvar la vida de Samuel. De vez en cuando, la mujer se detenía para secarse el sudor, fruto de la tensión y el esfuerzo, rociando la herida con una mezcla de agua hervida y alcohol que yo misma le había sugerido utilizar para evitar que la pierna se infectara.

Samuel, resignado y duro como una piedra, soportaba estoicamente el dolor producido por la intervención. A veces, buscaba con ansia mis antebrazos y los apretaba con tanta fuerza que me dejaba las manos casi sin circulación. Cuando podía liberarme, aprovechaba para limpiarle el sudor y apartarle con cuidado los abundantes mechones cobrizos que se empeñaban en cubrir su frente. No sentía el dolor físico del muchacho, pero me lo podía imaginar. Siendo consciente de que nada podía hacer para atenuar su sufrimiento, intentaba que, al menos, mis cuidados fueran los más delicados y agradables posibles.

Entre los alaridos del chico y el sonido de la pequeña sierra cortando el duro hueso, perdí la noción del tiempo. De pronto, vi a la abuela de espaldas extendiendo el brazo, posición muy similar a cuando se zurce algún calcetín viejo. Todos estábamos en silencio, la mujer había bañado la herida con un ungüento que insensibilizaba la zona, y el chico se había relajado en su camastro. Sentí que lo peor había pasado.

Me incorporé para cambiarle las gasas, húmedas y calientes, por otras más frías que bajaran su temperatura corporal, tal como la abuela Engracia me había ordenado. Pronto vi sus ojos fijos en el nacimiento de mis pechos. Al advertirlo me puse tan roja como la propia piel irritada del muchacho.

“¡Malditas modas!”, dije para mis adentros pensando que los vestidos de principios del siglo XIX eran bastante atrevidos en lo que a escote se refería.

Raimunda, la muchacha que ayudaba a vestirme, me había dejado un pañuelo que muchas mujeres se ponían alrededor del cuello y, metiendo los extremos de este en el vestido, disimulaba los pronunciados escotes de la época. Pero agobiada por la tensión y el calor sofocante, en algún momento me lo había quitado. Lo busqué con la mirada para ponérmelo, pero no lo encontré. Al fin y al cabo, si el chico, después de que le amputaran una pierna, aún tenía las fuerzas y las ganas suficientes como para mirar mi escote, quizás no tuviera tan mal pronóstico.

Permanecimos gran parte del día y de la noche cuidando de Samuel. Por fin, la habitación se había sumido en una calma relajante y silenciosa, muy diferente a los gritos que la invadieron tan solo unas horas antes. Sam permanecía la mayor parte del tiempo dormido. La abuela y yo, cansadas y somnolientas, cabeceábamos en nuestros asientos. La paz que reinaba en la habitación, solo era interrumpida por alguna visita fugaz de Jaime interesándose por la salud del muchacho o algún criado con cualquier encargo de la abuela.

Ya bien entrada la noche, y tras cenar en esa misma habitación, la abuela Engracia y yo cuidábamos al joven muchacho como guardianas de un precioso tesoro.

Me levanté para observar más detenidamente al chico. Por primera vez en mucho tiempo descansaba con un semblante sereno, propio de quien tiene un sueño profundo. Toqué levemente su frente para comprobar su temperatura. El temblor tintineante de su mandíbula había sido sustituido por unos leves ronquidos que acompañaban su respiración suave y pausada. Una

sensación cargada de ternura recorrió todo mi cuerpo al verlo dormir tan plácida y profundamente, con la misma paz con la que lo haría un niño.

A pesar de su robustez y estatura, la suavidad de sus rasgos y la palidez de su piel no le hacían aparentar más edad de la que en realidad tenía.

—¡Pobre chico! —musité casi en un susurro.

Pero la abuela oyó mi lamento.

—En cierto modo ha tenido suerte —contestó con una leve sonrisa.

No conseguí adivinar sus pensamientos. Si bien, el muchacho, por el momento vivía, la carencia de un miembro marcaría su existencia para siempre, y era muy joven.

—Según dices, pronto habrá una guerra contra Francia —susurró la abuela.

Asentí sorprendida por mi despiste. En ese día solo habían existido la abuela, Samuel y, por supuesto, su pierna amputada, borrándose el resto de las circunstancias que acompañaban a mi llegada.

—Con la falta de una pierna amputada no podrá ir a la guerra —comentó con cierto alivio—. Se libraré de una muerte casi segura en batalla y, con suerte, a pesar de sus circunstancias, es posible que tenga una vida tranquila y en paz.

No indiqué nada que contradijera su afirmación, al fin y al cabo, lo que manifestaba era cierto.

Las dos continuamos mirando al chico.

—¿Sabes que es mitad forastero? —me informó con una sonrisa esperando mi sorpresa. —Su padre nació en un pequeño pueblo de Escocia.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida— ¿No es hijo de...?

—¡Por supuesto que lo es! Es el primogénito de mi hijo Jaime y... mi nieto, sin embargo no llegó a nuestras vidas de la manera que muchos creen.

La abuela permaneció en silencio durante unos segundos. Sus ojos cansados, tan parecidos a los de Samuel e incluso a los míos, se ocultaron tras los parpados alicaídos, dejando más visibles aún las largas pestañas que los protegían. Por un momento pensé que se había quedado traspuesta y me iba a dejar con la curiosidad de conocer la verdadera procedencia del chico, sin embargo, después de dar un largo suspiro, como quien se prepara para algo importante y, sin que yo se lo pidiera, comenzó a narrarme la historia de cómo el joven Samuel había llegado a sus vidas.

Su tono era suave y pausado, muy parecido al que había adoptado mi abuela Lucía para contarme la historia familiar, esa misma historia de un

pasado que ya jamás sucedería.

—Samuel es nieto de mi difunta hermana Teresa —comenzó—. Su hija Catalina se casó con un joven muy apuesto. Era un forastero al que todos llamaban “el inglés”, aunque, escocés como era, puedes imaginarte lo poco le gustaba su apodo.

Entonces me fijé con más detenimiento en los rasgos del joven.

—Es muy pálido, y ese pelo..., sin embargo los ojos son grandes, oscuros e intensos.

—Son como los de su madre —asintió la abuela con nostalgia.

Sonreí recordando vagamente a aquel chico escocés con el que estuve algún tiempo durante mi estancia en el Reino Unido en mi época de estudiante de Erasmus. Sin duda, era un apasionado de la historia de su pueblo. Orgulloso de sus raíces, me informó de todas las rebeliones que se habían producido en Escocia como respuesta al yugo inglés. Más concretamente de las dos últimas producidas en el siglo XVIII, ya que, según sus investigaciones, en ambas contiendas habían participado ascendientes suyos. Los levantamientos fueron sofocados sin reparo, llevándose por delante un montón de vidas. La guerra, lejos de conseguir el propósito de los escoceses jacobitas, que era poner en el trono a los Estuardo, trajo hambre y enfermedades a un pueblo ya de por sí castigado. Además, después de la derrota, todo lo relacionado con las costumbres escocesas fue brutalmente reprimido hasta casi desaparecer. Ese mismo chico planificó una fugaz excursión de varios días por las tierras altas de Escocia, parajes llenos de encanto, tan fríos y húmedos como la tierra en la que nos encontramos. Quizás, no era tan extraño que un escocés acabara en las tierras montañosas de Aragón. Pensé que algo de mágico tenían ambos pueblos de los que procedía aquel joven postrado en el camastro.

—Conozco Escocia —comenté a la abuela Engracia—, y su historia también —proseguí con cierta nostalgia de los días despreocupados que pasé con ese chico en aquellas tierras.

La abuela pareció sorprenderse, sin embargo no preguntó nada sobre mi viaje a aquel lugar, seguramente para ella, lejano e inhóspito.

Según me contó Engracia, el propio abuelo de Samuel, padre de su progenitor, había participado en la rebelión de los jacobitas contra los ingleses en 1745. Desgraciadamente falleció en la contienda, dejando una viuda y un montón de huérfanos con poco que llevarse a la boca. La familia del padre de Samuel quedó marcada por la pobreza y el hambre, herencia de

todas las guerras. Muchos decidieron emigrar a otras tierras en busca de oportunidades: unos marcharon a la vecina Irlanda, otros al Nuevo Mundo... El padre de Samuel acabó desembarcando en España. Fue dando tumbos por diferentes pueblos hasta acabar en Trasmoz. Se casó con Catalina, una sobrina de la abuela Engracia. Por desgracia, la muchacha falleció en el parto de su único hijo: Samuel. Por aquel entonces Mónica y Jaime habían perdido a su primogénito. Al mismo tiempo un pequeño se quedaba sin madre y una madre lloraba a su pequeño, se salvaron la vida mutuamente. El niño alegró los días del matrimonio que, aun sin olvidar a su hijo, acogió al huérfano de buen grado. La peor parte se la llevó el padre de Samuel del que solo heredó su nombre y buena parte de su físico. Muerto en vida por la tristeza de haber perdido a su mujer, se dejó enfermar, y postrado en su cama, abandonó este mundo meses después.

Sorprendida por la tremenda historia que me acaba de revelar, noté cómo un leve escalofrío recorría todo mi cuerpo, como si el propio relato hubiera reclamado la presencia de los difuntos y todos se agolparan en la pequeña estancia. La abuela pareció captar mi indisposición y, con su acostumbrada severidad, ordenó que me fuera a descansar. Me opuse, al fin y al cabo, ella se había llevado la peor parte y era más mayor que yo. Noté que la mujer no quería discutir, pero sí hacer su propia voluntad y, dando razones de peso, me convenció para que me retirara a descansar.

—Ahora viene lo más delicado y yo soy la que sabe qué debe hacerse en caso de que haya complicaciones. Tranquila, mañana por la mañana, mientras yo descansa, serás tú la que estés al tanto del muchacho —explicó con paciencia.

Asentí y obedecí sabiendo que tenía razón.

Caí dormida al instante, fue una noche fugaz, carente de sueños que recordar.

8. Estoy contigo

Trasmoz, 21 de marzo de 1808

A la mañana siguiente Raimunda tocó levemente la puerta de mi habitación. Después de dar permiso para que entrara, la muchacha pareció adivinar mi desosiego debido a la manera en que había pasado la noche el joven Samuel.

—Puede estar tranquila —se apresuró a informar—. La señora Engracia me manda decirle que el señorito Samuel está mejor; la espera en el dispensario después del desayuno.

Una vez preparada y presentable, bajé al salón en el que todos desayunaban menos la abuela, que permanecía encerrada con su nieto. Comimos en silencio, con la preocupación por la salud del chico y el susto de su herida aún en el cuerpo.

Finalizado el desayuno, toqué con los nudillos la puerta del dispensario. Esta se entreabrió y la abuela me invitó a que pasara. Samuel seguía dormido, supuse que recuperando el sueño robado por el dolor de la herida. Continuaba debilitado por toda la sangre perdida y por la fiebre que aún persistía.

—Le he dado un preparado hecho con amapolas y un poco de vino, es para que pueda descansar mejor —me informó mientras señalaba una botellita—. Si se despierta, le das a beber un poco. Ahora le conviene dormir, si te pide agua, debe de tomar esta infusión de ortigas, es bueno para los que han tenido una herida sangrante. —Explicó la mujer no sin antes informarme bajo qué circunstancias avisarla.

Samuel seguía dormido, su respiración era profunda pero acelerada, fruto de la fiebre que aun persistía.

—Es normal que aún tenga alta la temperatura —comentó la abuela ante mi preocupación—. Sin embargo, la fiebre ha disminuido, mejorará —afirmó satisfecha.

La abuela me había dejado instrucciones precisas sobre los cuidados que debería necesitar el joven paciente, continuando como el día anterior, con

frías cataplasmas para controlar su temperatura corporal.

Empapaba con esmero las gasas que más tarde cubrirían la frente y el pecho del chico. El agua, heladora, entumecía mis manos a las que luego devolvía su temperatura con el calor de la lumbre que, aunque tímida, aún permanecía crepitante en la chimenea de la estancia.

El chico se encontraba cubierto parcialmente por una fina sabana blanca, sin embargo, en los pliegues de la ropa de cama se elucidaba sin ningún género de dudas el vacío que dejaba el miembro amputado bajo de la rodilla, el mismo que había infectado su cuerpo.

De repente, mi mente no pudo reprimir la pena y la nostalgia por un pasado que, si bien no había vivido, lo había conocido gracias a la historia que la abuela Engracia me había contado en aquella misma habitación horas antes.

—Pobre chico —susurré casi sin darme cuenta.

Recordé la respuesta que me había dado la abuela al escuchar aquel mismo lamento. Tenía razón, era mejor convertir su pierna en un muñón que acabar muerto en combate, aunque no tenía ni idea de cómo serían de rudimentarias las prótesis del siglo XIX que le permitieran, aun cojeando, volver a caminar.

Como llevaba haciendo durante toda la mañana, continué retirándole las gasas húmedas y tibias de su cuerpo para sustituirlas por otras más frías. Quizás por su propio sueño, que se había tornado de profundo a ligero, o por la impresión del cambio de temperatura en su piel, en un impulso ciego y febril se agarró con fuerza a mi muñeca. Me asusté tal como lo hubiera hecho de haber sido aquel joven un muerto que volvía a respirar. El chico, sobresaltado, movía su cabeza sin levantarla de la almohada con su mirada opaca y fija en mí, mirándome pero sin verme, notando mi presencia sin saber si era sueño o realidad. Poco a poco logré calmarle con suaves palabras.

—Ya está... ya pasó... —le repetía una y otra vez mientras a modo de respuesta tranquilizadora le acariciaba el enmarañado pelo.

Lo incorporé con cuidado y acerqué la pequeña botellita a sus labios siguiendo las instrucciones de la abuela. La expresión del joven se infantilizó por unos instantes. Pronto me di cuenta que, en su inconsciencia, en su sueño vívido buscaba el calor de una madre ausente. Supuse que sería a Mónica a la que añoraba, la madre que no le había llevado en su vientre, pero que le había amado y cuidado más que a su propia vida.

—¡No te vayas, por favor, no me dejes! —susurraba una y otra vez.

Las lágrimas escapaban silenciosas y apresuradas por mis mejillas. La emoción de una pena irreconciliable sumía todo mi cuerpo en una irrealidad que pocas veces había vivido. Sentí deseos de reconfortarle, de ser realmente su madre y tranquilizarlo. En el intento, volví a acariciar su frente y parte del pelo que se arremolinaba rebelde en su cara.

—Sí, estoy contigo —acerté a decir lo más entera que pude—. Ahora descansa, pequeño —le susurre al oído en un tono suave, para acabar dándole un afectuoso beso en su frente despejada, tal como hubiera hecho con mi propio hijo, de haberlo tenido. Los ojos de Samuel se volvieron a sumir en la inconsciencia de un sueño febril, aflojando y relajando todos los músculos que daban expresión a su cara limpia y joven.

Aquel día fue el último en el que el chico tuvo fiebre. Poco a poco, fue recuperándose de la terrible infección que había envenenado su sangre hasta casi acabar con él, así como de la debilidad que había provocado en su cuerpo. Entonces la abuela Engracia decidió que debía abandonar la pequeña estancia, antigua consulta de su marido, para trasladarlo a una habitación más confortable en la planta baja de la casa.

El muñón aún no había cicatrizado, sin embargo el carpintero ya trabajaba en la prótesis que le permitiera erguirse y, aunque con dificultades, poder andar. La abuela Engracia también había mandado construir unas muletas que le permitieran desenvolverse con cierta soltura. A pesar de su cojera, el joven podría moverse con autonomía.

9. Otro viajero del tiempo

Trasmoz, 24 de marzo de 1808

Samuel era un chico más bien callado, supuse que su silencio se debía a la pérdida de parte de la pierna que, muy a pesar de todos, le había sumido en un mutismo que le hacía parecer ausente y taciturno. Como aún no podía moverse con independencia, se pasaba el día en la cama leyendo sin salir del propio aislamiento de su habitación. Un semblante serio y preocupado, muy parecido al de Jaime, acrecentaba aun más la palidez de su rostro haciéndole parecer ahora mucho mayor de lo que en realidad era.

Sin embargo el chico se recuperaba, hacía un par de días que ya no tenía fiebre y comenzaba a comer con normalidad. Pasado el susto inicial en el que creíamos que le perdíamos, Jaime decidió que organizáramos el encuentro que teníamos pendiente para que yo, conocedora del futuro más inmediato, les informara de lo que acontecería. Sobre todo lo concerniente al desarrollo de la guerra, que como un manto de fuego destruiría lo que se interpusiera en su camino, seguido de aquello que suele acompañar a todos los conflictos: muerte, pobreza y enfermedades. Para colmo, se prolongaría hasta 1814. Seis largos años de muertes, asedios y campañas militares.

Como el joven había sido testigo de lo ocurrido en el Motín de Aranjuez, preludio de lo terrible que se avecinaba, Jaime supuso que sería de gran utilidad que su primogénito también participara en la reunión. No en vano, según había deducido por los terribles acontecimientos, parecía un joven bastante pasional en lo que a temas políticos se refería. Había colaborado activamente con los fernandistas que le había llevado a formar parte de las revueltas para derrocar a Carlos IV y poner en el trono a su hijo Fernando VII, al que llamaban “El Deseado”. Luchó y participó en el Motín, que hacía tan solo unos días se había llevado a cabo en Aranjuez, tal como su abuelo lo hubiera hecho en su Escocia natal. Según me había informado Engracia, el padre de su progenitor había sacrificado su vida en la contienda

liderada por los jacobitas para poner en el trono al que consideraban su rey legítimo, Carlos Estuardo, llamado “El Pretendiente”. El paralelismo era tan aterrador como común. Una vez más, las contiendas de los monarcas marcaban la vida de los civiles, con independencia del año y el país en el que se encontraran. Si bien su abuelo paterno había muerto dejando a una viuda y no pocos hijos hambrientos, Samuel había quedado tullido de por vida. ¿Merecía la pena todo aquel sufrimiento?, ¿todas las muertes y las heridas de guerra, así como toda la pobreza, las enfermedades y el hambre que estas traían?

A pesar de ser conocedora de las fuertes convicciones políticas del joven, me sorprendí cuando la abuela Engracia me anunció instantes antes que nuestro encuentro tendría lugar en la habitación donde se recuperaba el chico, de este modo, Samuel también podría estar presente. Supuse que la mujer, como ocurría siempre en la familia, se habría encargado de revelar a Sam la extraña y verdadera razón por la que era conocedora de toda esa información, y además de ser una pariente lejana, había viajado en el tiempo, exactamente doscientos diez años atrás para, supuestamente, salvarles, para reescribir una historia sobre otra, para cambiar algo que ya se había producido en mi tiempo. Por tanto, con la naturalidad desconcertante que había caracterizado mi presencia en 1808, ni siquiera me planteé si debía inventarme o disimular mi procedencia ante el joven, dando por hecho la normalidad con la que todos habían tomado mi viaje en el tiempo.

Fui la última en incorporarme al grupo de cuatro. Me habían reservado una silla a los pies de la cama del chico y, por la disposición de nuestros cuerpos, las miradas de ambos se enfrentaban cruzándose con cierta facilidad. Entones logré fijarme mejor en sus ojos, grandes y oscuros, se me hicieron extraordinariamente familiares. Cuando me miraban, lo hacían fijamente, casi sin pestañear, con una intensidad inquietante: mezcla de extraña curiosidad y de quien no se quiere creer lo que le muestran. Al fin y al cabo, mi historia era difícil de creer, y no sabía hasta que punto ese cruce de miradas realmente enmascaraba una mal disimulada desconfianza.

El chico no recordaba, desconocía las largas horas que había pasado al lado de su camastro cuando aún le creíamos moribundo, cómo secaba su sudor y apartaba su pelo tras las sienes, cómo le había calmado en los inquietos sueños febriles. Era normal que lo ignorara si nadie se lo había contado. Tampoco esperaba agradecimiento alguno, yo había elegido cuidarlo.

A pesar de lo incómodo de la desconcertante mirada del joven, intenté concentrarme en todo lo que recordaba sobre aquella maldita guerra. Durante el día anterior había plasmado mis recuerdos en papel, en un resumidísimo gráfico de fechas y sucesos, tal como lo hacía antes de preparar un examen en la universidad, es decir, un esquema.

La abuela sacó un extraño paquete envuelto en un viejo papel de embalaje. Al verlo, me llamó la atención que en aquella época ya existiera ese tipo de pliego. Pronto comprendí que tanto el envoltorio, como lo que guardaba en su interior, teníamos mucho más en común que lo que pensaba. Sin duda, ambos éramos viajeros en el tiempo. De algún modo, había atravesado, tal como hice yo, aquel espejo que separaba siglos para unirlos en un instante.

Noté cómo la abuela se estremecía al contemplar aquel misterioso bulto y pugnaba por abrirlo. La impaciencia y los movimientos dubitativos hicieron que me animara a ayudar a Engracia en su misión de desembalar aquel paquete. Un libro con tapas marrones hizo su aparición entre el papel de embalaje. Mi atención se centró en las doradas letras inscritas en la cubierta: *praeterita, praesentia et futura, in uno loco*. El recuerdo de la maqueta de la casa entre los espejos acudió a mi mente. Sin duda, era la misma inscripción que presidía la cajita que la protegía. Instintivamente abrí la primera página, estaba manuscrita y la forma de la letra, tan familiar, que me recordó a la de la carta mostrada por Jaime días antes. Pude distinguir con facilidad una fecha que, curiosamente, se correspondía con el día, mes y año de mi llegada a este tiempo. Antes de poder leer más, la abuela Engracia me arrebató con fuerza aquella especie de diario y sin ni siquiera abrirlo lo acomodó en su regazo en un vano intento de que pasara desapercibido.

—¿Qué es eso, madre? —preguntó Jaime extrañado ante la reacción de Engracia.

La abuela fulminó con la mirada a su hijo y se limitó a señalar el resto del contenido del paquete que aún permanecía escondido tras el raído envoltorio. En esta ocasión, fue Jaime el encargado de descubrir lo que guardaba en su interior.

Mi sorpresa fue mayúscula al contemplar el libro de historia que tantas veces había leído sobre la Guerra de la Independencia. Estaba tal cual lo había visto por última vez, pero no lograba entender cómo había llegado doscientos diez años atrás. Instintivamente lo arrebaté de las manos de Jaime y comencé a pasar las páginas para cerciorarme de que, en realidad, se trataba

del ejemplar con el que había descubierto la historia de esos años ya pasados que paradójicamente ahora eran mi presente. Efectivamente los renglones subrayados por los llamativos colores de los fosforescentes marcaban con avidez los datos más importantes que debía recordar. Las notas manuscritas al margen ayudaban y aclaraban los párrafos que anunciaban lo que pronto llegaría.

Poco dada al disimulo en lo que a las emociones se refiere, no pude evitar que los presentes notasen mi desconcierto al verme pasar las hojas esperando alguna explicación que aclarara mi extrañeza.

—¡Este libro es mío! —exclamé casi en un grito ante las miradas atónitas del resto. Todos permanecieron callados ante mi revelación.

—Es un libro de historia —intenté explicar a mis interlocutores—. Fue el que utilicé en la universidad para estudiar la Guerra de la Independencia. ¿Cómo lo has conseguido? —acerté a preguntar a la mujer.

Engracia tenía un semblante muy diferente a la intranquilidad y temor que mostraba instantes antes de descubrir el libro. Quizás esperaba encontrar algo más inquietante, porque en aquel momento permanecía sonriente, como si se hubiera quitado un peso de encima al comprobar que realmente se trataba de un ejemplar de historia que revelaba la guerra que se avecinaba. Aun así, le costó dar una explicación que tuviera cierto sentido. La mujer era consciente de que nada respondía a la lógica después de que yo reconociera ese libro como propio.

—Llegó con la carta hace cuarenta y cuatro años —sentenció sin rodeos.

Todos callamos aturridos mirándonos con extrañeza, algo no cuadraba y un halo de irrealidad sacudió mis ya de por sí apresuradas palpitaciones.

10. Engracia y Lucía

Trasmoz, 02 de marzo de 1764

Un fuerte golpe sacó a Engracia de su escurridizo sueño. Sabía que no se había producido dentro de la habitación, estaba segura de que lo que había escuchado era un eco lejano, casi ajeno a su tiempo y espacio, pero, sin saber muy bien cómo, se había colado en sus sueños. Al igual que lo hacían todos aquellos extraños ruidos que parecía emitir la casa: voces, llantos de bebés, sonidos de ecos lejanos de otros hogares inexistentes... Aun así, en un impulso irreprimible, saltó de la cama para colocarse frente a la pequeña cuna de madera. En ella Jaime dormía plácidamente con su respiración profunda de un bebé de seis meses.

Sin pensarlo dos veces, la mujer cogió una pequeña lámpara de aceite y salió a la oscuridad del corredor. Era una de esas noches en las que la luna se ocultaba por completo para dar lugar al resplandor de las estrellas en la oscuridad. Todo estaba en silencio, solo interrumpido por el crujir de la madera del suelo del pasillo que parecía protestar por la inesperada visita en aquellas horas en la que no se espera a nadie, porque es demasiado tarde.

Se dirigió con decisión hacia las escaleras que bajaban a la planta de abajo. Sabía que lo que había escuchado, sin duda, provenía del sótano de la casa. Hacía tiempo que nadie bajaba a él, concretamente desde que su difunto suegro había fallecido llevándose a la tumba varios secretos, entre ellos, la elección de la ubicación de una roca por la que pasaba un arroyo de agua subterránea como lugar de construcción de la mansión familiar. El otro secreto era averiguar qué demonios hacía en el sótano de la casa con las numerosas personalidades que le visitaban, y que no se les volvía a ver en semanas, incluso meses, para volver a aparecer sin más.

Si el temor que sentía era vencido por la curiosidad reprimida durante mucho tiempo, quizás aquella noche descubriera algo.

Después de recorrer las escaleras en círculo, como quien bordea la concha de un caracol, sintió que se encontraba en lo más profundo de la casa. El sonido del agua enfurecida se hacía más audible a cada tramo que bajaba. Casi sin pensarlo, abrió la pequeña puerta de la trampilla para descubrir una habitación diferente en la que el tiempo parecía no transcurrir. Le extrañó ver unos cirios encendidos en una sala que hacía tiempo que nadie frecuentaba. Un fabuloso suelo ajedrezado se abrió paso bajo sus pies. Engracia, aturdida, miraba sin ver, como quien no da crédito a lo que observa, sin poder diferenciar si lo que se mostraba ante ella se trataba de un sueño o una realidad de otro tiempo

Un gran espejo se erguía con toda su inmensidad en uno de los extremos de la habitación. Sin poder reprimirlo, observando su propio reflejo, acarició el fino cristal bajando su mirada hasta que advirtió del reflejo de un bulto que se encontraba delante de ella. Intuyó que ese mismo paquete había sido el causante del sonido que la había despertado, el que había escuchado desde el silencio de su habitación momentos antes. Un sobre adherido al envoltorio llamó la atención de Engracia

—Cógelo, es para ti —ordenó una voz de mujer en susurros.

La joven Engracia se sobresaltó. La voz parecía estar muy cerca de ella. Sin embargo, no encontró a nadie a su lado a pesar de su búsqueda. De repente, se sintió observada y un miedo irrefrenable se apoderó de la mujer, y sin pensarlo dos veces, agarró con fuerza el bulto y escapó no sin antes volver a escuchar la enigmática voz dándole claras instrucciones. Aquella misma noche debía de leer la carta, pero de ningún modo abrir el paquete hasta cuarenta y cinco años después. Concretamente en marzo de 1808.

Cuando llegó a su habitación casi estaba sin aliento. El ruido de la puerta al cerrarse hizo que el pequeño Jaime se agitara en sus sueños, aunque no llegó a despertarse. Engracia, mareada por el susto y su apresurada huida, no tuvo otro remedio que pasar unos minutos recostada hasta abrir la carta mientras se maldecía una y otra vez, por haber hecho caso a la diabólica voz. Temía que ese paquete, en realidad, escondiera el maldito libro del que tanto había oído hablar, el libro de las brujas o de San Cipriano, tan temido como deseado por nigromantes y hechiceros. Eran muchas las leyendas que rodeaban a aquel manuscrito traducido del hebreo, que otorgaba poderes a través de los conjuros que describía. Se trataba de una obra no exenta de riesgos, ya que para materializar todo el poder que este contenía, había que pactar con fuerzas oscuras. La tradición contaba que si aparecía en un hogar,

era muy difícil despojarse de él, prácticamente imposible, siendo incombustible a las llamas del fuego e impermeable a las aguas del río, volviendo como por arte de magia, nunca mejor dicho, a las manos de quien había elegido el endiablado libro.

Engracia miraba a aquel extraño bulto con cautela y desconfianza. Decidió esconderlo en el doble fondo de un cajón de su cómoda. Ahí jamás sería descubierto y, si se trataba el libro de San Cipriano, nadie podría leer sus conjuros, ni siquiera ella misma.

Una vez repuesta del susto, decidió que era el momento de abrir la carta. Por unos instantes se alegró de no compartir habitación con su marido aunque cierto era que no estaba del todo sola. Por suerte, el pequeño dormía ajeno a todos aquellos extraños hechos.

Pronto descubrió que la carta iba dirigida a ella. El manuscrito alertaba de una gran desgracia que acabaría con la mayor parte de los miembros de su familia cuarenta y cuatro años después, sin embargo aquel extraño manuscrito informaba que esos desgraciados hechos podían cambiarse si se actuaba antes de que sucedieran. Para ello, era preciso que bajase durante la próxima luna llena hasta el mismo lugar donde había recogido la carta y el misterioso paquete. También mencionaba otras cuestiones que no entendió del todo; una fecha concreta para la que aún quedaba mucho tiempo, en la que debía mandar tapiar los marcos de los ventanales del corredor.

Un temor irrefrenable se apoderó de todo su ser temiendo más que por su vida, por la existencia que aquel pedacito de carne tan suyo que, ajeno a las preocupaciones maternas, descansaba en su cuna.

Ese momento decidió que no tendría más hijos, que proteger a su pequeño y a todos los descendientes que este le diera sería trabajo suficiente en los siguientes años de su vida.

Engracia recordó que eran las noches de luna llena cuando su suegro visitaba las profundidades de la casa junto con algún visitante, para esfumarse durante semanas. También sabía de las leyendas que rodeaban aquella roca mucho antes de que se construyera la mansión, en la que no pocas personas habían desaparecido y habían vuelto sin mayor explicación meses, e incluso años después. Por lo que se ve, desaparecían siempre en las noches de luna llena y regresaban en las de luna nueva, como un difunto que abandona su morada para volver a la vida. Ahora con los cimientos del edificio fundiéndose en el peñón, era la mansión la que había heredado el misticismo que la roca de agua siempre había tenido.

Decidió guardarse para sí misma la experiencia vivida en el sótano, ni siquiera se la contó a su marido que, inmerso en su labor sanitaria, apenas prestaba atención a la expresión taciturna que su mujer había adoptado en los últimos días. No fueron pocos los desvelos que le produjo aquella experiencia singular en el sótano de la casa, sin embargo todo lo acontecido le había obligado a descubrir, de una vez por todas, qué era lo que escondía el edificio en las noches de luna llena. Además, se sentía obligada a volver a comunicarse con aquella voz susurrante que, sin encontrar otra explicación posible, había supuesto que se relacionaba con los poderes de alguna *debinadora*.

Trasmoz, 17 de marzo de 1764

Llegada la siguiente noche de luna llena, la a puerta de la trampa volvió a abrirse sin problemas, para descubrir la habitación del suelo ajedrezado. Todo parecía estar igual que en su última visita, sin embargo cuando se encontró frente al marco de madera tallada, no logró ver la fina capa de cristal reflectante: un vacío oscuro se rebelaba frente a ella.

En un acto impulsivo por comprobar lo imposible se dispuso a tocar el cristal como semanas antes lo había hecho, sin embargo no encontró nada en su camino que le impidiera atravesar la oscuridad. Vaciló durante unos segundos en los que comenzó a acercarse al marco sin saber qué era lo que le aguardaba.

Un extraño grito la sobresaltó.

—¡Nooo! —Engracia paró en seco—. ¡No cruces! —El grito de la de mujer se escuchó aun más cercano.

Se extrañó cuando por fin logró averiguar cuál era la procedencia de la voz que se dirigía a ella, porque en la lejanía interrumpiendo levemente la oscuridad, una figura de mujer comenzaba a dibujarse levente en el inmenso vacío. Poco a poco la luz fue ganando a la oscuridad, quedando la figura totalmente iluminada, así como la estancia que mostraba el gran vacío en la pared. Once espejos rodeaban el extraño habitáculo conformando una visión única, en la que todos ellos, con sus marcos tallados estaban dentro el campo de visión de Engracia. Lo hipnótico de la situación fue interrumpido por la mujer, que con un extraño y potente destello iluminaba mucho más que ella con su pequeña lámpara de aceite.

—Me llamo Lucía —acertó a decir la misteriosa muchacha sacando de su desconcierto a Engracia—. No te asustes por lo que te voy a decir, pero

vivo en tu futuro. ¿Eres Engracia? —volvió a preguntar esperando una respuesta afirmativa.

Engracia asintió extrañada con la cabeza al ver que las palabras no surgían de su boca.

La mujer parecía esperar, pasado un instante volvió a preguntar. Engracia se dio cuenta que, si bien ella podía ver la figura de su interlocutora con bastante claridad, la mujer, tras el espejo, solo podía advertir su propio reflejo, de modo que se esforzó por responderle con un convincente “sí”.

—¿Has leído la carta? —volvió a preguntar la mujer.

Un extraño escalofrío envuelto en miedo e incertidumbre recorrió el cuerpo de la joven madre haciéndola estremecer. Esta vez tardó en contestar y la afirmación no sonó tan convincente como la anterior respuesta.

—¿Has abierto el paquete?

Lucía parecía temerosa; dudaba si la mujer de otro tiempo, tras el espejo, hubiera sido capaz de obedecer.

—No, no lo he abierto —negó sincera Engracia.

—Bien, es importante que no lo abras hasta el mismo momento en el que debas actuar para cambiar lo que puede ocurrir.

Engracia se encogió de hombros sin saber qué decir ni qué hacer. El hecho de estar hablando con una mujer que escapaba de su mismo tiempo, pero que a su vez, vivía en su mismo espacio, la bloqueó mentalmente. El temor y la incredulidad que le producía aquella escena le impidió pensar con claridad, y no se le ocurrió nada que preguntar. Sin embargo quería saber más, quería volver a ver a la mujer que se descubriría ante ella, averiguar quién era y por qué sabía todo aquello. Eran dos preguntas que martilleaban su cabeza pugnando por salir de su boca sin lograrlo.

La mujer del futuro comprendió el aturdimiento de Engracia y, percatándose de que solo podía contestar con monosílabos, decidió que era bastante por aquella noche.

Llegó a la conclusión de que el tiempo en ambos lados del espejo, a diferencia de otras épocas, corría de igual manera. Si todo seguía de este modo, podría hablar en más ocasiones con ella, siempre que en un tiempo hubiera luna llena y en otro luna nueva. Aunque no se vieran a la vez, sin poder estar en el mismo periodo, sí compartirían un mismo espacio. Además, el interés y lazos familiares por cambiar un pasado y futuro, que se tornaba en trágico, unían a ambas mujeres.

Cada luna llena y luna nueva Engracia bajaba a las profundidades de la

casa deseando encontrarse con la misteriosa mujer que siempre la estaba esperando para conversar. Las dos parientes, a pesar de las extrañas circunstancias que acompañaban sus encuentros, hablaban de su familia y de ellas mismas. Lucía, que por su posición poseía más información que Engracia, no solo en su afán por ayudar, sino por la simpatía que le despertaba su predecesora, no podía evitar dar pequeños consejos revelando ciertas claves de lo que sería el futuro. Por su parte, Engracia, que desconocía lo que se avecinaba, no podía hablar de otra cosa que no fuera su presente, descubriendo un pasado casi olvidado, relatando historias y leyendas de lo que era y había sido su vida, la familia y el mismo hogar al que ambas mujeres unía.

Curiosas por naturaleza, estas dos parientes del pasado y del futuro deseaban averiguar el funcionamiento de aquellos espejos que conectaban tras de sí épocas tan dispares. En sus numerosos encuentros no eran pocas las ocasiones en las que podían escuchar voces y ruidos que identificaban como ajenos a ambos tiempos. El trajinar ordinario de una casa mezclada con voces y llantos de bebés, que a su vez contrastaban con los espejos que permanecían desiertos e imperturbables en su oscuridad, pero que sin duda, albergaban historias y parientes que se perdían en el devenir de los años. Historias que, a su vez, estaban ocurriendo en ese preciso instante como una paradoja inter-temporal y que se escurrían y vagaban como el agua en el cauce de un río en el que el presente es tan solo un instante entre un pasado y un futuro.

Para ambas mujeres todos los tiempos se fundían en una amalgama de espejos imposibles, formando un círculo también imposible en algún lugar imposible de la casa.

Engracia, en un intento desesperado por entender los entresijos de aquella extraña confluencia, dibujó un plano de todos los espejos que observaba, cuando en las noches de luna llena el crista se convertía en un vacío que invitaba a perderse en él. Fue ella también, la que mandó construir una maqueta de la casa rodeada de espejos. Esa réplica de la mansión que encontró Lucía años después y que completó con un mecanismo compuesto por cuerda y música, que permitía movimientos circulares, consiguiendo que la casa se reflejara en ellos mientras se movían al ritmo de una melancólica melodía.

Tras años de cavilaciones y conjeturas, de cómo funcionaba todo aquel entramado, a Lucía se le ocurrió, que quizás el agua que llenaba la roca

podiera tener algo que ver con el paso del tiempo en las diferentes épocas. Fue precisamente ella quien bajó a la escarpada roca que cimentaba la casa para investigar. Pronto encontró el origen de sus desvelos en forma de doce palancas. Concluyó que cada una pertenecía a un tiempo diferente. Con un rápido cálculo de fechas adivinó cuál sería la de su época. Cuando Lucía se decidió a mover la palanca, Engracia, a pesar de no faltar ninguna sola noche a su cita, no volvió a ver a su amiga y descendiente hasta varios años después. Lucía volvía a aparecer, pero ubicada en otro espejo y considerablemente más envejecida.

Trasmoz, 12 de noviembre de 1788

Aquella noche en la que se volvieron a encontrar, allá por el año 1788 en la época de Engracia, las dos mujeres se sorprendieron al verse mutuamente. Para Engracia habían pasado veinticuatro años, sin embargo Lucía, además de encontrarse ubicada en otro espejo, parecía cuarenta años más mayor, y así era. Aquella experiencia tan gráfica bastó para que entendieran la verdadera función de las palancas que desplazaban el agua presumiblemente por debajo de los misteriosos espejos. Engracia, después de pedirle un gran favor, no pudo evitar inquietarse al contemplar a su envejecida descendiente dudando si podría cumplir su promesa de ayudarla en 1808. Pero Lucía, previsora, nunca dejaba nada fuera de control, había tenido muchos años para planificar su intervención. Se despidió de Engracia no sin antes darle claras instrucciones de cómo debía de manipular las palancas de ambos tiempos si deseaba que alguien de la época de Lucía le ayudara a evitar el infortunio. Engracia, siempre fiel a las palabras de su pariente, sabía que por su posición en el devenir de los acontecimientos poseía más información que ella. Sin dudarle, bajó aquella misma noche a los confines de la roca de agua siguiendo escrupulosamente las instrucciones de su descendiente y, sin demasiado esfuerzo, movió del mismo modo que esta le había indicado la palanca de su tiempo. Nada pareció suceder más que un leve cambio de rumbo en una parte del caudal del río subterráneo. Lucía le había explicado que el agua desplazada haría que su época en el siglo XVIII se acelerara para avanzar más veloz, este sería el único modo de compensar el transcurrir desigual de ambas épocas, no obstante la palanca debía ser movida en más ocasiones durante los siguientes años, ya que la emisaria enviada debería de encontrarse en un punto crucial de su vida para poder viajar a través de los espejos. Engracia cumplió las directrices de Lucía, sin

embargo, no volvió a saber nada más de su pariente del futuro, suponiendo que, si bien pudo alterar el tiempo entre las dos épocas, poco podría haber hecho por evitar su propia vejez y posterior muerte.

Los años pasaron y llegó la ansiada fecha que indicaba la carta. Lucía había comunicado a Engracia exactamente el día y la hora en la que alguien aparecería en su tiempo, pero dudaba que su descendiente pudiera volver del reino de los muertos para salvar a la familia de los tristes acontecimientos, sabía que enviaría a una emisaria. Sus sospechas se confirmaron cuando aquella mañana de marzo de 1808 una joven desorientada y aturdida, con un largo camisón y los pies descalzos, caminaba sin rumbo por el angosto corredor. Comprendió que se trataba de Diana, la nieta de Lucía.

—¡Gracias Lucía! —susurró Engracia satisfecha.

11. Diana

Siempre que regresaba a la casa de Trasmoz solía recordar a mi abuela Lucía con tanta intensidad que no eran pocas las ocasiones que mis sueños rescataban escenas ya vividas con ella. A pesar de encontrarme en el siglo XIX sentía la presencia de mi predecesora como si realmente estuviera a mi lado. Su reminiscencia siempre me hacía sentir una extraña nostalgia por situaciones que jamás había vivido. Aquella noche, en un recurrente sueño, volví a rememorar la primera vez que noté esa sensación. Nos encontrábamos surcando las viejas calles que había recorrido en su casi olvidada juventud. Observaba los ojos de mi abuela debatiéndose entre la nostalgia y la incredulidad, podía notar como un vendaval agitaba en la mente de la anciana todas aquellas vivencias olvidadas.

“¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo, y que parezca que está ocurriendo en este mismo instante?, ¿por qué todo lo recuerdo como si perteneciera a otra vida ajena?”, musitaba la anciana. “Dentro de una vida hay muchas vidas”, solía decir mi abuela con una sonrisa más parecida a una incógnita, como la que oculta más de lo que cuenta en realidad, con la complacencia de un jugador de póquer escondiéndose un as bajo la manga.

En ese momento, quizás invadida por la empatía que sentía hacia ella, me percaté de que compartíamos mucho más de lo que pensaba, que en mis recuerdos también había caminado por esas calles sinuosas en otro tiempo, como si una parte de mi olvidado inconsciente, como el de mi abuela, quisiera emerger de lo más profundo de mi ser para hacerse visible en la superficie más consciente. Eran los recuerdos de un pasado desconocido que se entrelazaban hasta fundirse con un presente indiferente.

Esa extraña sensación fue la que me invadió durante varios días con sus largas noches en las que el insomnio, que se había colado silencioso en varias generaciones de mujeres de mi familia, había hecho su aparición en mi vida nocturna, disfrazándose de noche en blanco, para dar paso a días agotadores y cargados de sueño. Había oído hablar de esa especie de maldición que

perseguía a algunos de los ancestros de mi familia paterna, en su mayoría mujeres. Muchas de estas, en su afán práctico, abandonaban el lecho conyugal para aprovechar las horas nocturnas de manera más provechosa que la de permanecer con los ojos cerrados intentando atrapar un sueño escurridizo.

A mí no me hizo falta con Dani, él también padecía insomnio, y lejos de los agobios propios por la emergencia de conseguir algo que no se deja atrapar, disfrutábamos con deleite el tiempo extra que la noche nos brindaba. A veces, simplemente, dejábamos pasar las horas por nuestra habitación. En otras ocasiones, nos perdíamos en los placeres de la intimidad, amándonos y acariciándonos sin prisa, como quien sabe que le sobran horas suficientes para hacer las cosas bien, sin la urgencia del día.

La mayoría de esas noches de amor y sexo él acababa dejándose mecer por la ensoñación de quien había realizado un gran esfuerzo y necesitaba recuperarse, acabando en la madrugada con sonoros ronquidos, con una expresión relajada en su rostro, muy diferente a los sollozos que siempre acompañaban a su excitación.

Si Dani era un buen amante en la cama, no lo podía saber con certeza, suponía que sí, porque lo pasábamos bien juntos. Era el único chico con el que había tenido sexo más allá de los besos, tocamientos y arrumacos propios de la juventud, de quien la explora ávida por aprender todo lo que se debe saber, pero de quién también se mueve con cautela por un paraje desconocido. Nunca quise aventurarme más allá con ningún otro chico hasta que estuve con Dani.

Dani solía sonreír al repetir su nombre y aún lo hago, a pesar de su ausencia.

Se fue como mis padres, en una plomiza mañana de otoño y jamás volvió, pero fui muy feliz a su lado durante los años que estuvimos como pareja, la época en la que fuimos primos o incluso hermanos, por el tiempo compartido bajo un mismo techo, aunque en realidad no lo fuéramos.

Mis padres, que también fallecieron en un accidente de coche como el que se llevó la vida de Dani, me dejaron huérfana con once años. No tenía hermanos y mi abuela, a pesar de haber sido madre soltera, era demasiado mayor para hacerse cargo de una preadolescente con problemas emocionales, así que me fui a vivir con la prima carnal de mi padre, a la que yo siempre llamé madrina, pues es lo era.

Mi tía Marta adoraba a mis padres. Los quería como si fueran

hermanos, no en vano ella y su marido, progenitores de Dani, también hijo único, eran mis padrinos, y decidieron acogerme en su casa como una hija más.

Marta siempre había manifestado el deseo de querer tener una niña y muchas veces en presencia de mis padres me miraba con añoranza, como queriendo encontrar en mí a su hija deseada, la que jamás podría disfrutar. Sin embargo, los acontecimientos caprichosos de algún modo complacieron su deleite, con mucho pesar para todos.

Hasta aquel instante Dani y yo éramos como dos primos que se veían los fines de semana o en acontecimientos familiares señalados. Como éramos los dos únicos niños de la escasa familiar, no teníamos otro remedio que ser compañeros de juego. No nos llevábamos mal, pero tampoco nos unía amistad tan estrecha como para añorarnos cuando no nos viéramos.

El que me fuera a vivir con mi nueva familia otorgó un cariz totalmente diferente a nuestra relación, convirtiéndonos en hermanos inseparables, discutiendo a veces por banalidades, pero queriéndonos y protegiéndonos siempre. Llegamos a conocernos como la palma de la mano y, a pesar de ser parientes lejanos, el parecido que caracterizaba a todos los miembros de la familia hacía que nos consideraran hermanos mellizos, ya que teníamos edades similares. Durante mucho tiempo fuimos inseparables. Hasta que la urgencia por descubrir mundo y conocer vivencias llevó a irme un año de Erasmus a Inglaterra, con el consiguiente verano de interrail y unos amigos recorriendo Europa y gastándome el escaso dinero que había podido ahorrar con mis precarios trabajos de estudiante.

Esos meses alejada de mi familia y de Dani me proporcionaron la madurez suficiente para dejar de ser una adolescente y convertirme en una mujer hecha y derecha. Durante aquel tiempo solo pude ver a Dani en dos ocasiones, pese a mi insistencia de que viniera de visita a Inglaterra, no lo conseguí. Supuse que estaría saliendo con alguna chica.

Años más tarde me confesó que el temor a descubrir algún nuevo amor en mi vida le aterraba hasta tal punto, que prefería vivir en la más absoluta ignorancia con la vaga esperanza de poder conquistarme algún día.

Para entonces él ya había descubierto que me amaba, que el amor fraternal que había sentido durante todos aquellos años había dado paso a la añoranza y al temor de perder al que creía el amor de su vida en brazos de otro hombre. Supongo que no fue escasa la lucha interna que vivió durante aquellos meses de descubrimientos y temores.

Mientras, yo, poseída por una frenética vida de quién acaba de cumplir los veinte, no perdí el tiempo. Conocí a muchos chicos ingleses, varios de otras nacionalidades distintas. Dani no se confundía, probablemente si se le hubiera ocurrido hacerme una visita, le hubiera presentado a algún chico con el que salía. Relaciones nada serias, pero placenteras y despreocupadas, como todo en aquella época mi vida.

Ni por un instante, ni en lo más rebuscado de mis pensamientos hubiera podido imaginar que Dani ansiaba mi llegada y presencia mucho más que como un hermano. Que me quería con la fuerza de un sentimiento que le ardía y quemaba por dentro. Tan cerca pero a la vez tan inalcanzable, tan imposible, por no hablar nuestros padres y todas las personas que hasta aquel momento habían dado por hecho que éramos hermanos mellizos. Como éramos parientes lejanos, jamás se podía hablar de un incesto. Aun así, nuestra vida fraternal complicaba la situación más de lo que hubiéramos querido.

Mi vuelta al hogar, despreocupada, alegre e impulsiva, contrastaba con la profundidad de los sentimientos de Dani que, sin quererlo, se sumía en la sombra de la melancolía del que sabe que lo imposible es lo que más desea en el mundo y se lamenta por sus deseos cada instante de su vida, en silencio.

Aun así, su notoria tristeza permitía una gran productividad en su carrera de psicología, que sacó con excelente nota media año tras año.

Yo, mientras peleaba con algunas asignaturas de Historia, que consideraba aburrida e inútil, extrañaba mi época en el extranjero tanto como Dani había añorado mi presencia durante aquel tiempo de ausencia. De pronto, me vi atrapada en el hogar que con tanto mimo y cariño me habían brindado mis padrinos y decidí, a pesar de todos, independizarme.

Me mudé a un piso de estudiantes compartido, muy cerca de la universidad, que permitía ahorrarme casi tres horas al día entre ida y vuelta a la facultad. Esa razón, y la de que yo misma pagaría el escaso alquiler del apartamento, alentó a mis padrinos a dejarme volar del nido definitivamente.

Las numerosas invitaciones ofrecidas a Dani a fiestas universitarias y al piso de estudiantes en el que vivía, así como mi insistencia de que se uniera a mi grupo de amigos, en esta ocasión tuvieron respuesta positiva y, poco a poco, viviendo en hogares separados, con una previa pérdida de contacto de casi año y medio, Dani y yo comenzamos una nueva relación de amigos bien avenidos.

Dejamos al margen las disputas fraternales para dar paso a juergas

compartidas hasta bien entrada la madrugada.

Durante mis devaneos con otros chicos Dani permanecía callado e impasible. Yo en aquel momento no prestaba atención a sus reacciones. Me hubiera parecido totalmente fuera de lugar que mostrara sentimientos de celos o desaprobación si yo decidía intimar con algún chico. Si alguna vez percibía algún gesto incómodo, lo interpretaba como ese sentimiento de sobreprotección fraternal que todos los hermanos parecen tener. Al fin y al cabo, éramos amigos, pero también primos lejanos, y habíamos compartido casi diez años de nuestra vida bajo la responsabilidad de los mismos padres. Algo de aquel sentimiento fraternal tenía que quedar bajo esa mirada que disimulaba indiferencia ante mis devaneos con el sexo opuesto.

Dudaba si Dani en alguna ocasión habría conseguido reunir el valor suficiente para sincerarse conmigo, nunca lo sabré. De hecho, estoy segura de que si hubiera dependido de él, jamás habiéramos estado juntos, al menos no de este modo.

Pero en el transcurrir de la vida, en algunas ocasiones, los acontecimientos fortuitos se apoderan de las situaciones decisivas, esas que inevitablemente marcarán el camino a seguir. En esta ocasión, todo comenzó una noche de esas que abundaban en nuestro calendario estival, bañadas de risas y alcohol. Lo recuerdo bien porque había acabado los exámenes de septiembre. Dani, como siempre, había aprobado todo durante el curso, pero a mí me solían quedar dos o tres asignaturas que me dedicaba a recuperar en verano. Después de días estudiando me permití salir aquella noche.

Quizás por los efectos del esfuerzo de los últimos días, el aturdimiento del alcohol y la música atronadora hizo que me sintiera flotar, como si un halo de irrealidad tocara mi ser. Dani, siempre pendiente de mí, protector como un hermano, furtivo y agazapado como un amante silencioso, se percató de mi desconcierto. El ambiente era denso y mi visión se ensombrecía a cada paso que intentaba dar.

Dani fue el único que se percató y el que me acogió en su pecho ante mi aturdimiento. Siempre solícito y atento conmigo, no me sorprendió su preocupación. Poco a poco, consiguió sacarme de aquel ambiente sobrecargado para que respirara la brisa de lo que pronto sería una estupenda mañana de septiembre.

Cuando por fin volví en mí, me percaté de su mirada preocupada por mí, que miraba si yo miraba, que soñaba si yo soñaba, presta a mis deseos y a mis necesidades. Algo extraño puede atisbar en la expresión de sus ojos, algo

que no había visto antes o que al menos no me había parado a observar. Tan absorta me tenían mis propias necesidades por el apresurado escape de una vida rutinaria que no había prestado atención a la mirada cautelosa de Dani. En ese preciso instante, sin necesidad de abrir la boca para explicar el gran amor que experimentaba por mí, comprendí lo que sentía.

En lo que respecta a los chicos, que por aquel entonces comenzaba a conocer sus comportamientos más comunes, podía diferenciar sus miradas como diferentes tonalidades de los colores de un arcoiris. Dependiendo del momento y del chico, iban desde una gama de indiferencia, hasta una de deseo, casi lasciva, que invitaba a los devaneos propios de las noches de sexo.

Sin embargo la mirada de Dani jamás la había visto en ningún otro chico. Jamás me habían observado de aquella manera, quizás porque, a pesar del deseo que parecía suscitar en el sexo opuesto, nadie se había enamorado de mí hasta entonces, nadie excepto Dani, que imploraba, casi suplicaba una pizca de la atención que dedicaba a cualquier chico que hasta entonces me había atraído.

Aquella situación me ayudo a redescubrir de tal modo a Dani que consiguió que le correspondiera en ese amor urgente y agazapado, todo comenzó en un instante de miradas sinceras.

Puede decirse que todo se originó con un beso, como la mayor parte de las relaciones. No sería un modo de empezar extraño, más bien todo lo contrario. Podría decirse que fue una relación especial, aunque, sin duda, a un alto porcentaje de las parejas también diría eso de la suya.

Sin embargo, pocos podrían decir que antes de amantes fueron hermanos y, mucho antes, primos. Aun así, el descubrimiento de Dani como hombre y amante, mas allá del parentesco o vínculo de amistad que nos unía, fue sorprendente.

No puedo negar que no lo quisiera hasta ese momento o que no lo tuviera en gran estima, la fuerza de las circunstancias me había obligado a ello. Sin embargo cuando te enamoras de alguien, incluso después de pensar que lo conoces tanto como a ti misma, siempre hay algo que te sorprende: pequeños detalles que antes pasabas por alto, nuevas vivencias y situaciones que, sin esperarlo, se convierten en novedosas. Como novedosa volvía a ser la relación con mis padrinos, tíos o padres adoptivos que, considerándome hija y queriéndome como tal, conociendo nuestro parentesco, no fue poco el asombro que mostraron hasta aceptar que había pasado de ahijada a hija y de

hija a nuera.

Mi madrina, que poseía un excelente sentido del humor, cuando hubo aceptado la situación, comenzó a bromear con el parentesco que tendría ella misma con los que serían nuestros hijos.

“¿Qué voy a ser?, ¿abuela por partida doble?, ¿prima abuela?, ¿tía abuela?”, comentaba riendo a carcajadas.

La primera vez que lo escuché me quedé blanca. Si bien estaba unida a través de la genética a Dani por un parentesco mucho más lejano al afecto fraternal que nos habíamos procesado, no pude evitar recordar a la familia protagonista del libro “Cien años de soledad”. Como una terrible visión de los Buendía, en aquel recóndito pueblo: Macondo. Se me encogía el alma al recordar el último eslabón de aquella atípica estirpe tan maltratada por los cruces genéticos entre primos, sobrinos y demás.

Si algo claro estaba es que cada vez nuestra familia era menos numerosa. Entre muertes y escasos hijos únicos, no parecía que la genética y la suerte nos acompañaran demasiado. Para colmo, los dos únicos extremos de los eslabones se volvían a unir como el final de un trenzado endeble, sin demasiadas esperanzas de continuar, para pocos años después, ser yo la única superviviente en el siglo XXI que, como un único eslabón, me descubría como la última esperanza de una dinastía ya casi extinguida.

12. El otro frente

Trasmoz, 26 de marzo de 1808

El hecho de tener un libro de historia que relataba con tanto detalle los acontecimientos que pronto sucederían, no dejaba de ser una ventaja para todos: para mí, que descargaba la presión sobre mi memoria por recordar los detalles de la contienda; para Jaime, que estudiaba con avidez todos y cada uno de los capítulos de la terrible guerra que se avecinaba, analizando cual sería finalmente su posición respecto a la contienda; y por supuesto, para Engracia, devolviéndole gran parte de tranquilidad ante la incertidumbre acumulada durante cuarenta y cuatro años en los que ignoraba qué era realmente lo que escondía en la cómoda de su habitación, qué podría ser tan terrible para no poder ser abierto en casi cuatro lustros y medio.

El único que parecía no estar del todo conforme era Samuel que, desde su sombría mirada, desaprobaba la visión que la historia había dado al “Rey Deseado”, el mismísimo Fernando VII, y todo lo que por aquel entonces representaba, aquello por lo que había participado en el Motín de Aranjuez y que le había costado la amputación de su pierna.

Un par de días después el muchacho salió a mi encuentro. La situación me sorprendió ya que, desde aquella reunión a cuatro, en la que reapareció aquel libro en mi vida, no habíamos intercambiado ninguna mirada ni palabra.

En su objetividad, convinimos en que sería el texto de historia el que nos guiara en todo el devenir de la dichosa guerra, en función de lo descrito, decidiríamos qué acciones adoptaríamos para que la contienda no acabara con nuestra familia.

Samuel me invitó a que me sentara en una de las sillas del cuarto de lectura; tras un gesto de dolor, él también consiguió acomodarse muy cerca de la mesita donde descansaba mi libro de historia. Lo abrió por una señal que marcaba el texto dedicado al “Rey Deseado”.

—Aquí dice que reinará solo hasta el 6 de mayo de este año —dijo señalando las fechas con un dedo largo y delgado.

Asentí a sus palabras sin saber muy bien a dónde quería llegar. Se mostraba nervioso, quizás él tampoco estaría seguro de a dónde llevaría nuestra conversación.

—Más tarde, durante la contienda, José I, hermano de Napoleón, sería el nuevo rey. —Hizo una pausa como para creerse lo que estaba leyendo—. Y después, Fernando VII volverá a reinar desde mayo de 1814 hasta septiembre de 1833.

Asentí a sus palabras.

—El libro también dice que será un monarca absolutista y opresor, que su deseo sería instaurar el antiguo régimen. —Me miró esperando una respuesta afirmativa por mi parte.

—Así será. No obstante deberíamos de centrarnos en esta contienda. Tanto absolutistas, liberales, guerrilleros, ingleses y portugueses se unirán ante un enemigo común: las tropas de Napoleón. Estas a su vez estarán conformadas por combatientes de otros países, esos mismos que el emperador ya ha conseguido conquistar, a los que hay que añadir los afrancesados: españoles leales al imperio de Napoleón que lucharán porque este logre sus deseos de conquista. Pero tal como se desarrollará la guerra, no creo que sea la mejor opción —comenté pensando en el propio Jaime.

—¿Guerrilleros? —preguntó sorprendido.

—Sí, los campesinos y los civiles sin formación militar también lucharán defendiendo sus tierras y sus familias. Sin embargo, tenemos otro frente, uno por el que se puede apostar en los dos bandos.

—¿Cuál? —preguntó enarcando las cejas.

—El de la publicidad, ya sabes: los periódicos, los pasquines, los grabados a modo de propaganda..., toda la lucha que se puede realizar desde una imprenta —contesté sonriendo.

El joven me devolvió la sonrisa y por primera vez pude contemplar ese gesto que presumiblemente hacía mucho tiempo que no adoptaba. Al ver que al chico le interesaba el tema seguí informándole sobre la publicidad y los periódicos en la Guerra de la Independencia. Como los libros no hacían muchas referencias al respecto, durante la carrera había tenido la oportunidad de asistir a un seminario muy interesante que precisamente trataba sobre el tema, ya que fue precisamente en esta contienda donde la opinión pública, tal como la conocíamos en el siglo XXI, tuvo su origen. Intenté hacer memoria.

—Durante la guerra serán muchas las gacetas que van a surgir y con ellos la opinión pública, porque todas las publicaciones tendrán su propia visión subjetiva. Aún no existen los derechos de autor, por lo que unos periódicos se copiaran a otros sin que se tomen represalias. Lo único que importará es que las noticias que interesen corran como la pólvora. Muchas gacetas serán clandestinas, imprimiéndose ejemplares en pleno bosque para no ser interceptados por nadie que no esté de acuerdo con las ideas de las que sean partidarias. Habrá imprentas portátiles que viajarán con los propios ejércitos, y será ahí mismo donde se elabore todo: a pie de batalla. También se distribuirán grabados publicitarios que apoyarán a uno u otro bando, se harán canciones, representaciones teatrales...

Samuel me miraba con la emoción de quien quiere pasar a la acción, pero no sabe ni cómo ni cuándo. Sin pierna, tal como había predicho la abuela Engracia, debería olvidarse de los combates y contiendas. Aun así quizás pudiera participar otra batalla en la que su muñón no fuera el completo protagonista.

—Sé cómo funciona —interrumpió mi discurso con avidez.

Lo miré atónita sin saber a qué se refería.

—La imprenta..., ¡su funcionamiento!, lo aprendí en Madrid —comentó motivado—. Si pudiéramos conseguir una...—dijo mientras sus ojos se volvieron soñadores—. También sé cómo se hacen los grabados, conozco varias técnicas.

Estaba claro que era un chico con arraigadas ideas políticas, pasional, y en algunas ocasiones impulsivo. De hecho, esta misma pasión era la que le había dejado mutilado de por vida. No obstante, desconociendo aún a mi familia del siglo XIX, ignoraba qué ideas querría defender, ni qué pretendía hacer con una imprenta. Obviamente había apoyado hasta las últimas consecuencias la coronación de Fernando VII en detrimento de su padre Carlos IV y del gobierno de Godoy. Pero era obvio que al ver que el “Rey Deseado” realmente no tenía ideas liberales como previsiblemente él había creído, se había desilusionado con su figura. Yo misma lo había advertido momentos antes, cuando me preguntaba sobre este.

—No lucharé por un rey absolutista —comentó rotundo y pareciendo leer mis pensamientos—. Pero sí lo haré por mi familia y por mi pueblo, por todo lo que conozco...

—Bien, si decides luchar por lo más inmediato a ti: tu tierra, tu pueblo, tu familia, las personas que quieres y conoces... sin duda, deberás apoyar la

guerrilla de la zona.

Precisamente a esa misma conclusión fue a la que llegó su padre. Jaime después de leer el libro de historia, había analizando las circunstancias que acompañaban a su familia y convino que lo mejor que podían hacer era favorecer la formación de una guerrilla con todos los voluntarios de las inmediaciones que también enmarcara otras poblaciones en varios kilómetros a la redonda. De este modo nuestra familia, entre otras que apoyarían la causa, proveería de alimentos y ayudaría a conseguir material de guerra. Era un modo bastante eficaz de ganarse la protección de los propios guerrilleros, pero también la confianza y el respeto de los vecinos que dudaban si realmente, por sus orígenes e ideas, Jaime se trataba de un afrancesado.

Samuel expresó a su padre el deseo de crear una gaceta, así como de elaborar pasquines y grabados que animaran a integrarse en la guerrilla o patrocinarla de algún modo. Él mismo realizaría los grabados en serie que, a modo de publicidad, distribuiría como quien reparte panfletos persuasivos. Convenimos que todo este despliegue, publicitario y clandestino, se haría en un lugar apartado y lejos de las miradas de cualquier extraño en la noche, ocultando todo el material elaborado en el lugar más recóndito de la casa.

Tan solo necesitaríamos conseguir una imprenta, porque la información para crear una gaceta informativa ya la teníamos, clara y diáfana, la misma que mostraba el libro de historia si es que mi llegada y los acontecimientos de mi familia, que a esas alturas ya habían tomado otro rumbo, no habían cambiado la parte de los sucesos que ya se encontraban escritos en mi tiempo.

Por otro lado, Jaime también decidió ponerse en contacto con un viejo conocido que había sido profesor suyo: el padre Basilio Boggiero Spotorno, al parecer el religioso también había sido mentor y ahora amigo de José de Palafox, hijo del Duque de Zaragoza, que apoyaba fervientemente al que tan solo unos días antes se había coronado como rey: Fernando VII. Según mi libro de historia, por aquel entonces, Palafox formaba parte de su guardia real y en abril de este mismo año acompañaría al monarca a Bayona donde permanecería preso junto a su familia los años que durase la Guerra de la Independencia, no así Palafox que lograría volver a España. Fernando VII había viajado hasta Francia con el fin de que Napoleón le reconociera como monarca, sin embargo los planes del emperador pasaban por arrebatar la corona a los Borbones para ponérsela a su hermano mayor José Bonaparte, como así lo haría el 5 de mayo de este mismo año. Este último se convertiría

en el monarca español con más apodos maliciosos de la historia.

Sabíamos que Palafox sería nombrado capitán general de Aragón dentro de unos meses, concretamente el 25 de mayo de ese mismo año, día en el que se declararían la guerra a Francia en la ciudad de Zaragoza.

Los planes de Jaime pasaban por facilitar una valiosísima información a Palafox a través de las influencias del padre Basilio, antiguo profesor de ambos, y a la guerrilla que pronto se conformaría. De este modo, conseguiría ayudar a la ciudad de Zaragoza en sus futuros Sitios, y desechar la fama de afrancesado que tantos problemas podría acarrarle en las circunstancias que pronto se materializarían.

13. Esta también es tu casa

Trasmoz, 28 de marzo de 1808

Samuel era un chico callado y discreto. Apenas hablaba, a no ser que se viera en la necesidad de comunicar algo. Por tanto, desde nuestro primer encuentro en el que planificamos qué posición tomar respecto a la guerra, no habíamos vuelto a conversar. A pesar de haber sido un encuentro agradable en el que nos entendimos sorprendentemente bien, apenas dirigía sus palabras y su mirada hacia mi persona, aunque sí advertía cómo a veces me observaba desde la lejanía. Para él, aún era una extraña que vivía con la familia y, para colmo, no pertenecía a su presente.

Sin embargo en aquella ocasión, quizás aprovechando mi propia soledad, quiso acompañarme sentándose a mi lado, y juntos observamos los hipnóticos bailes del fuego en la penumbra del salón.

Era un momento del día que solía disfrutar con deleite, ese momento en el que aún es demasiado pronto para dejarse atrapar por el sueño, pero demasiado tarde para que el trajinar del día interrumpiera mis pensamientos. Por norma general era la abuela la que me acompañaba que, con su rueca y a la luz del fuego, hilaba e hilaba la interminable maraña de lana de oveja, sin embargo esa noche se había retirado antes de lo habitual.

Samuel y yo permanecemos en silencio durante un buen rato observando el fuego. En ningún momento me percaté del deseo de iniciar alguna conversación por su parte, por lo que no me esforcé demasiado en sacar un tema del que dialogar. Momentos más tarde, el mismo chico, en un esfuerzo sobrehumano comenzó a hablar.

—La abuela...—comenzó a titubear.

Al escucharlo abandoné la atención sobre las brasas que me tenían absorta para centrarme en él. Me miraba como solía hacerlo, fijamente, casi sin pestañear, con una intensidad solo comparable al fuego que había estado observando segundos antes. En la penumbra de la habitación, sus ojos eran

aun más oscuros y penetrantes, en él se perdían con reflejos sutiles las vivas llamas de la chimenea. Parecía que su mirada hablaba con más facilidad que las pocas palabras que a duras penas lograban salir de su boca.

—Dice que vienes del futuro, del siglo XXI —acertó a decir esforzándose por creerlo.

—Sí —afirmé —, así es.

Al no obtener mayor respuesta desvié mi mirada de la suya para volver a centrarme en el fuego.

—¿Cómo es?—continuó dubitativo.

Volví a clavar mis ojos en los suyos y él pareció ruborizarse.

—¿Que cómo es el futuro? —pregunté asegurándome de si era eso lo que quería saber realmente.

Él asintió.

En verdad era una pregunta que podría tardar horas en contestar, tantas como días habían transcurrido desde 1808 hasta 2018, sin embargo me decidí por explicar mi tiempo a grandes rasgos.

—La verdad... —comencé a elaborar mi discurso, intentando encontrar las mejores palabras para resumir una época entera —. La era en la que vivo yo es básicamente la de la información. Podemos conocer lo que ocurre en la otra punta del mundo con solo unos segundos de diferencia.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido—. Parece cosa de magia...

—Pero no lo es —le interrumpí con una sonrisa—. Lo conseguimos gracias a Internet, una confluencia de redes que lo hace posible.

El joven pareció entender a medias, sin embargo siguió preguntando con la lógica curiosidad de quien se encuentra con alguien que ha vivido doscientos años después de su tiempo.

—Y... ¿cómo os desplazáis?, ¿continuáis haciéndolo a caballo?

—¡No, claro que no!, lo hacemos en coche, pero no de caballos. De hecho, no hay tracción animal. Tiene un motor en su interior, que es lo que lo propulsa, y da la sensación de que avance solo.

—Eso también parece magia —comentó pensativo.

—Tampoco lo es —repetí con una sonrisa.

—También nos desplazamos por el aire: volamos en aviones, unos aparatos muy parecido a las aves cuando planean o en helicópteros, que se parecen a las libélulas cuando mueven rápido sus alas.

Samuel permanecía callado, con la boca abierta, sorprendido, sin saber qué decir.

—Tenemos teléfonos móviles con acceso Internet que, como te he dicho antes, son los que nos mantienen informados —continúe afanándome en describir mi propio teléfono—. Son aparatos...

En ese instante recordé mi móvil, el mismo que me había acompañado a modo de linterna doscientos diez años atrás, al que había dejado pendiente de ingresar el PIN unos cuantos días antes, olvidándome de él por completo, escondido en uno de los cajones de la cómoda.

—¡Mierda! —mascullé al recordar mi despiste.

—¿Qué ocurre? —Samuel no podía entender a qué se debía mi fastidio.

—Precisamente traje mi móvil a esta época, pero se me olvidó apagarlo y puede que se haya quedado sin batería... o puede que no —comenté esperanzada.

Samuel me observaba con la extrañeza propia de quien no entiende nada de lo que escucha y, cansado de preguntar, prefirió guardar silencio a la espera de mis aclaraciones.

—Un teléfono móvil —continué la explicación que yo misma había interrumpido— sirve principalmente para comunicarse con las personas que se encuentran lejos.

Samuel continuaba mirándome perplejo.

—Imagínate que tú estás, por ejemplo, en Madrid o en Zaragoza, y yo estoy aquí, en Trasmoz. Si deseas comunicarme algo, no es necesario que mandes una carta, tampoco hace falta que nos encontremos físicamente, simplemente marcas el número que pertenece a mi móvil y puedes hablar conmigo, si se trata de una video-llamada también es posible que nos veamos a través de la pantalla del teléfono.

Samuel parecía entender a pesar de conocer solo los artilugios de principios del siglo XIX.

—Sin embargo, —continúe la explicación con fastidio—, lo dejé encendido gastando batería.

Samuel volvió a poner una expresión de quien intenta adivinar de qué demonios se está hablando.

—La batería del siglo XXI es como una manivela que permite que funcionen los aparatos.

—Pero la manivela se puede mover y así funciona —comentó Sam con razón.

—Sin embargo la batería no, y aquí no tengo ni cable ni enchufes para recargarla. De todos modos, en esta época no hay cobertura, sería imposible

hablar con alguien... aunque si podría valerme de otros servicios del teléfono —dije pensando en lo curioso que sería utilizar en móvil en el siglo XIX. Si de algún modo lograba hacer uso del aparato, al regresar a mi época, resultaría una prueba inequívoca de la veracidad de lo vivido en este tiempo, no en vano ya había comenzado a escribir un diario que narraba mis vivencias en este siglo.

Hablar con una persona con la misma naturalidad con la que lo haría en mi época casi era un alivio, a pesar de que mi interlocutor apenas podía seguirme en mis explicaciones y divagaciones.

Tras un breve silencio Sam me preguntó por la medicina del siglo XXI. Más animada respecto a las explicaciones de mi tiempo, comencé con la descripción de los descubrimientos más importantes hasta mis días, aquellos que habían supuesto una auténtica revolución.

—¿Y la piernas de madera? —interrumpió mi monólogo sobre medicina, llegando por fin a la pregunta que llevaba tiempo queriendo formular.

—¿Prótesis de pierna? —pregunté mientras él asentía al instante.

Comprendía perfectamente su curiosidad observando el rudimentario listón de madera en el que se prolongaba su pierna, aún más si lo comparaba con las modernas y casi futuristas prótesis de última generación de mi siglo.

—Se llaman piernas ortopédicas. Aún no se ha conseguido que sea como una pierna propia, pero la gente que las utiliza anda con ellas con bastante normalidad.

Suelen hacerse a medida y regulables. Son bastante costosas, sin embargo pueden conseguirse con relativa facilidad.

Su mirada reveló cierta impaciencia, muy parecida a la que pude observar en su deseo de conseguir una imprenta y distribuir los grabados de guerra. Aunque este último deseo era más propio de su presente.

No quería desilusionar al chico, pero tampoco veía tan peregrina la idea de viajar a mi siglo y conseguirle una pierna en condiciones, aunque no fuera de las de última generación ni a medida. Más que nada, porque dudaba que pudiera o quisiera viajar a través de los espejos, tal como había hecho yo. Además, sería alguien irregular, fuera de su tiempo, sin ningún tipo de identidad en el siglo XXI. Difícilmente podríamos ir a algún especialista.

—Te prometo una cosa —dije mirándole fijamente—. Cuando viaje de vuelta a mi siglo, intentaré conseguirte una prótesis mejor que la que tienes y te la traeré a tu tiempo.

Los dos dirigimos la mirada a aquel trozo de madera que tenía por pierna.

—Me gustaría ir contigo si..., si no te importa —sentenció complicando aún más nuestra conversación—. Sé cómo se viaja a través de los espejos y cómo estos pueden conducir a diferentes espacios temporales dentro de la misma casa. La abuela siempre habló de ello, lo sé desde que era niño. En algún momento llegué a pensar que era una de las muchas leyendas que cuenta, pero ya veo que es cierto, tu presencia lo confirma.

—¡Vaya! —asentí sorprendida—, así que lo sabes desde niño.

—Sí, muchas noches escucho ruidos en el sótano: voces desconocidas, llantos de bebés, ruidos de muebles, ya sabes... ella me dijo que no debía de tener miedo, que eran voces de otro tiempo. Pero siempre me advirtió que no bajara, que podía ser peligroso.

—¿Has conseguido mantener esa advertencia durante todos estos años?, ¿no te pudo la curiosidad? —pregunté recordando cómo la mía me llevó hasta donde estaba en ese momento.

El chico pareció moverse incómodo en su asiento.

—Siempre me inquietaron esos sonidos...

—¿Crees que tu abuela te dejará viajar conmigo al siglo XXI?

—Tengo veinte años —se apresuró a decir—. No necesito el permiso de nadie.

Pareció molesto ante mi observación.

—¡Por supuesto! —asentí sonriendo.

—Entonces..., ¿harás eso por mí?, ¿me llevarás contigo cuando regreses?

—¿Por qué no? —contesté con otra pregunta mientras lo observaba—. Sin embargo, no tengo ni idea de cuándo volveré, Samuel. —comenté pensando en los desconocidos que eran para mí esos viajes en el tiempo, a pesar de haberme visto inmersa en uno.

—La abuela dice que hay normas relacionadas con las fases lunares —dijo sin saber muy bien a qué se refería.

Algo parecido me había explicado a mí también Engracia días antes, prometiéndome que en un futuro me revelaría cómo se comportaban los espejos respecto a las fases lunares. A decir verdad, no tenía muchas ganas de volver a mi siglo por el momento, por ello tampoco quise insistir demasiado en que me contara el verdadero funcionamiento que me asegurara una vuelta a mi tiempo.

—Supongo que debería regresar algún día—comenté pensativa—. Tengo algunas cuestiones pendientes..., además —sonreí devolviendo la mirada al chico—, no sé si en esta casa me acogeréis para siempre.

Samuel pareció intranquilo ante mi última observación, sin embargo no dijo nada, simplemente se levantó con alguna que otra dificultad, y antes de salir por la puerta del salón se dirigió a mí.

—Esta también es tu casa, Diana —sentenció con la intensidad de su mirada que parecía hablar por sí sola.

14. La partera

Trasmoz, 1 de abril de 1808

La abuela Engracia era una excelente sanitaria del siglo XIX. En los alrededores la reconocían como una auténtica *divinadora*, una especie de sanadora de nacimiento con ciertos dones para la curación. Por desgracia, en aquella época era lo máximo a lo que podían aspirar las mujeres en lo que a conocimientos sobre medicina se trataba.

Pude percatarme con facilidad de que la abuela Engracia era mucho más que eso. Gran parte de su preparación, sobre todo en lo referente a remedios con las plantas, lo había aprendido de la sabiduría popular, heredada de las mujeres de su familia y de otras curanderas de las inmediaciones, sin embargo una gran formación sobre la medicina de la época la había obtenido gracias a los conocimientos de los que su marido, médico de profesión, le había hecho partícipe. Por tanto, no eran pocos los que acudían buscando su ayuda.

Pronto me di cuenta de que la abuela Engracia era famosa en varias millas a la redonda y, como todo personaje con cierta popularidad, era tan admirada como odiada. La mujer asumía los dos extremos como parte de la leyenda que, sin quererlo, quizás estuviera forjando.

Después de escuchar el triste final de Engracia en los labios de mi propia abuela Lucía, allá en mi otra vida, temía que toda esa popularidad se volviera irremediabilmente contra la mujer. Al fin y al cabo, Aragón era una tierra en la que las leyendas sobre brujería y hechizos surgían sobre la raíz de historias verídicas, siempre adornadas y deformadas al antojo de los que la contaban, sin saber qué parte de la historia era cierta y cuál había nacido de malintencionadas especulaciones.

Salvar a la abuela Engracia de su triste final era uno de mis objetivos, y lo disfrazaba de un ávido interés por ayudarla y aprender todos los

conocimientos que me pudiera transmitir. La mujer propuso que la ayudara en las largas tardes en las que los lugareños del pueblo acudían a la consulta heredada de su difunto marido. Después de verla trabajar en la amputación que había salvado la vida de Samuel, cualquier tema que tratara me parecía de lo más liviano.

En ocasiones éramos nosotras las que acudíamos a visitar a los enfermos en sus hogares cuando estaban tan débiles que no podían moverse.

Una vez un joven nos alertó de que su mujer se había puesto de parto y deseaba que Engracia la ayudara con el niño que estaba a punto de nacer. La abuela era especialista en traer niños al mundo, lo que se conocía como una partera. Pronto me di cuenta de que lo primero que habían percibido en su vida muchos de los niños nacidos en los alrededores habían sido las hábiles manos de la abuela Engracia sosteniéndolos.

La mujer preparó todo lo necesario para asistir a la parturienta en su hogar, eligiendo las botellitas precisas, haciéndose con un pequeño banco, cuyo asiento tenía una extraña forma de herradura, como si faltara parte de la silla, un semicírculo al que rodeaba un minúsculo respaldo.

Acostumbrada a dar por hecho que los partos siempre habían sido tal como los conocía, me sorprendió ver cómo ya en la casa de la futura madre la mujer acomodaba a la joven en el pequeño banco, a mi entender bastante incómodo. Pronto comprendí que la finalidad no era otra, sino la de ayudarse de la misma gravedad para que el esfuerzo de la parturienta fuera el menor posible.

Como no tenía ni idea de cómo asistir un parto, me limité a obedecer a la abuela. El proceso estaba ya bastante avanzado y cuando llegamos casi se podía ver la cabecita del bebé asomando por la vagina de su madre. Engracia se afanó en mostrármela, dándome claras instrucciones de lo que se debía hacer en todo momento, tal como una maestra enseña a su discípula en previsión de que, quizás algún día, yo misma tuviera que asistir un parto, cosa que se me hacía casi imposible de imaginar.

Me encontraba detrás de la muchacha, en pie, sujetándola fuertemente de las axilas. De vez en cuando le quitaba el sudor apartándole el pelo de la cara, tal como lo había hecho con Samuel semanas antes en una intervención mucho más triste que la que estaba a punto de asistir.

La abuela, por su parte, se encontraba concentrada en la inminente llegada del pequeño y sujetaba la cabecita del bebé que ya estaba fuera. En un interminable grito la parturienta volvió a afanarse en su propio esfuerzo, y las

diferentes partes de aquel cuerpecito perfecto se fueron descubriendo poco a poco a la vida.

El pedacito de carne recubierto de sangre, de cuya madre se había desprendido hacía tan solo unos instantes, comenzó a moverse incómodo y a emitir suaves sollozos, sin comprender lo que estaba ocurriendo y el lugar donde se encontraba. En ese momento me pregunté cómo los bebés, incluso antes de nacer, saben lo que tienen que hacer, saben cómo han de acomodar su cabecita hacia abajo para salir a la vida.

La abuela, una vez cortado el cordón umbilical, comenzó a liberar al pequeño de la sangre con un paño húmedo. Me fijé cómo la mujer contaba los dedos de los pies y de las manos, observándolos mientras los separaba. Ya antes nos había anunciado que se trataba de un niño, aunque era evidente.

La madre arrojó la última excrecencia, un coágulo de sangre que cayó sobre la palangana que la abuela había acomodado bajo el taburete. Era la placenta.

En cuanto pudimos, acomodamos a la muchacha junto con su bebé en la cama. El pequeño comenzó a succionar uno de los pechos de la mujer y, en un instante, madre e hijo quedaron unidos para siempre.

Por primera vez en mi vida había asistido a un parto y me sentía feliz y pletórica por el milagro de la vida que se había mostrado ante mí. Sin embargo, mi alegría, por la emoción del momento, contrastaba con el semblante serio y pensativo de la mujer.

Conocía a las reacciones de Engracia, sabía que algo la inquietaba y para aquel entonces ya tenía suficiente confianza para preguntarle directamente qué era lo que le ocurría.

—Cada vez que asisto un parto, me vienen a la mente tantas desgracias en la familia... —suspiró la mujer con tristeza—. Me acuerdo del último parto de Mónica en el que el bebé nació muerto y ella dejó este mundo en mis brazos. Pero antes mi sobrina Catalina, la madre se Samuel, también murió en el parto. Asimismo, recuerdo a mi primer nieto, el bebé del que nunca llegamos a disfrutar porque nació muy enfermo —contestó pesarosa a mi pregunta, repasando el macabro listado de familiares fallecidos en los partos.

Agradecí su sinceridad, sin embargo, no sabía qué decir ni qué hacer por mitigar su dolor. Solo escuchar la triste historia de aquellos nacimientos en los que algo salió mal, esos que se llevaron la vida de demasiados seres queridos y de los que, aun ajenos a la familia, suponía que no habían sido tan afortunados como el que acabábamos de presenciar.

—No pude salvarlos —comentó pesarosa.

Por primera vez, aquella tarde pude ver sus ojos puestos en mí. Esa mirada penetrante se humedecía con las propias lágrimas de la amargura.

—Estoy segura de que hiciste todo lo que estuvo en tu mano, abuela. —
Me apresuré a calmarla fundiéndonos en un abrazo.

—Sí —asintió—, pero fue no suficiente.

Una vez recompuesta me confesó la rabia que sentía cuando algo en los partos no salía bien, sintiéndose culpable aun a sabiendas de que era imposible controlarlo todo.

Si bien ir a la guerra era un riesgo que hasta el momento habían corrido en su mayoría los hombres, llevar a cabo un embarazo y sobrevivir a este no era menos arriesgado.

—En mi siglo también ocurren cosas terribles en los partos. No tanto como en este, sin embargo, es un riesgo que no siempre se puede controlar.

—Lo sé —musitó.

Cuando llegamos a la casa nos esperaban para cenar.

—Ha sido un niño sano —anunció la abuela mientras se perdía en los alimentos de su plato.

15. La guerrilla

Trasmoz, 5 de abril de 1808

Decidimos que partiríamos al alba, en ese momento indeterminado en el que no es ni de noche ni de día, en el que los diferentes elementos de dos mundos aparentemente opuestos se mezclan en un instante mágico.

Era un momento del día que me gustaba especialmente saborear en silencio. El relente de la mañana parecía aclarar las ideas confusas de la noche. A Samuel, que por aquel entonces había abandonado su desconfianza inicial, parecía ocurrirle lo mismo.

Los dos desayunábamos con sigilo. Caminábamos en silencio hacia el establo y ensillábamos los caballos. Entonces partíamos hacia la cueva de los guerrilleros con las alforjas llenas de comida y mantas por si algún hombre más se había unido a la creciente orden. Hacía solo un par de semanas que Jaime había conseguido organizar a un grupo más o menos numeroso de hombres que, como patrulleros, se encargaban de protegernos de los constantes saqueos del ejército de Napoleón. Yo aún era inexperta en las artes de cabalgar por los caminos empedrados y me dejaba guiar por Sam que, a pesar de su rudimentaria prótesis, conducía a ambos animales con soltura.

En la planificación de cómo abastecer a la guerrilla el propio chico propuso que yo le acompañara en sus viajes diarios hacia la cueva donde se escondían los insurgentes. A Jaime y a la abuela les pareció buena idea, si bien a esas horas los senderos no eran especialmente peligrosos, dos personas alerta, con un trabuco y una navaja cada una se podían defender mejor que una sola de los peligros del camino. No en vano Jaime advirtió que no nos enfrentáramos a ningún ladrón, fuera cual fuera su condición.

Por su parte, la abuela Engracia nos había advertido del peligro de las encrucijadas, supuse que su advertencia iba más allá del temor a causa de algún asaltador gabacho.

Así pues, convenimos dejar los itinerarios más transitados para avanzar

por los senderos secundarios. Samuel sabía muy bien cómo llegar a la cueva por diferentes caminos, y ningún día seguido repetíamos el trayecto por temor a que la rutina matinal nos delatara en nuestro empeño. Si una ventaja tenían los lugareños es que conocían como la palma de su mano los parajes que les habían visto nacer, algo que los invasores ignoraban, y a pesar de tener cierta superioridad en lo que a armas y provisiones se refería, las emboscadas, tan temidas por el ejército francés, eran patrimonio de las guerrillas.

Los hombres, aún desperezándose en el primario lecho que la cueva les brindaba, esperaban con avidez las hogazas para el desayuno. No era muy variada la dieta que podíamos facilitarles, pero sí suficiente para calmar su apetito. No obstante, había más familias que patrocinaban la guerrilla a cambio de la protección de los constantes saqueos y asesinatos de los soldados que combatían por Francia.

Cuando llegábamos a nuestro destino diario, Samuel nunca se apeaba del caballo, se suponía que para ahorrarse la laboriosa subida y bajada del animal con su prótesis de madera. Aún no se había acostumbrado del todo a su nueva situación y se sentía incómodo al verse observado por los que aún no conocían su pérdida. Además, nuestras visitas a al grupo de insurgentes eran breves, no había mucho tiempo para entretenerse si queríamos una vuelta segura.

En nuestras visitas diarias me sorprendió encontrar a varias mujeres entre los guerrilleros. Si bien creía conocer muy a fondo el devenir de la guerra que ya estábamos padeciendo, poco se había hablado del papel de las insurgentes que, en una sociedad tan machista como la de principios del siglo XIX, batallaban igual que sus compañeros. Eran pocas, pero bien aceptadas en el grupo y en la lucha, no solían esconder su condición de mujer, aun así, ellas vestían como hombres. Al fin y al cabo, los pantalones eran más prácticos que las incómodas enaguas y prietos corsés en el combate cuerpo a cuerpo. Fue así como decidí que en mi recorrido matinal yo también iría con pantalones, de poco me serviría mi largo vestido de corte imperio si en uno de nuestros recorridos nos cruzábamos con algún malhechor.

16. Las apariencias engañan

Trasmoz, 18 de abril de 1808

Por aquella época Jaime buscaba hacerse con una imprenta que nos permitiera llevar a cabo nuestros planes publicitarios. Solíamos discutir sobre qué sería lo más propicio para la lucha en la que estábamos inmersos. Si bien el joven Samuel, impetuoso y ávido por la acción, quería animar y motivar con sus mensajes esperanzadores a guerrilleros y a las tropas regulares nacionales, Jaime, más comedido, prefería crear una especie de gaceta que informara sobre lo que estaba aconteciendo en todo el territorio nacional y más concretamente en la ciudad de Zaragoza y los alrededores. Al fin y a cabo contábamos con una información privilegiada, siendo nuestra fuente un libro de historia futurista, que relataba con escrupulosa objetividad lo que acontecería. Pese a que eran dos ideas diferentes, se complementaban a la perfección en una lucha informativa y publicitaria que invitaba a la acción. Fue así como acordamos que la gaceta tendría esa doble funcionalidad.

Sin embargo, mientras llegaba la imprenta, Samuel decidió que, a pesar de la ausencia de esta, ya era hora de dar el primer paso en nuestra particular lucha. De este modo, se hizo con un cuaderno y unos carboncillos para dibujar lo que luego sería la matriz de los grabados que distribuiríamos, que en forma de anuncios, alentarían y darían ánimos a los combatientes de la guerra que ya se estaba desarrollando. Los grabados eran un excelente modo de complementar la gaceta, ya que también permitían que esta fuera accesible a toda la población, incluida la que no sabía leer, bastante numerosa en la España de comienzos del siglo XIX.

Samuel ya había conseguido realizar con éxito varios dibujos y en unos de nuestros viajes de vuelta de la cueva comenzó a fijarse en los diferentes tipos de árboles que nos rodeaban en nuestro camino, buscando uno en concreto.

Días antes me había explicado que, a falta de imprenta, él mismo

construiría la matriz de los grabados que pronto distribuiría. Para ello necesitaba un tipo de madera especial: la del boj. Según le habían informado, era un material especialmente bueno por su dureza y porque su grano resultaba muy pulido, ideal para realizar planchas de grabado a contrafibra. Si bien le costaría tallarlo, valía la pena el esfuerzo por el resultado final y su durabilidad.

—¿Sabes cuál es el árbol que estoy buscando? —preguntó con ánimo de que le ayudase en su empeño.

—¿El boj? —intenté recordar.

—Sí, pero conoces su aspecto, ¿no es cierto?

En mi época habría sacado mi móvil y lo habría buscado en Internet. Antes de contestarle ya conocería el aspecto del árbol en cuestión e incluso le podría informar sobre algunas características de este, sin embargo en el siglo XIX, con mis precarios conocimientos sobre botánica, no tuve otro remedio que admitir mi ignorancia.

— No lo recuerdo —respondí sincera.

—En vuestro tiempo... —comenzó a preguntar irónico—, ¿seguís teniendo árboles?

—Pues mira, sí. Por suerte no habéis acabado con todos los bosques para hacer vuestros barcos de guerra.

Samuel siguió mirándome con expresión divertida.

—Lo cierto es que no busco un árbol —dijo con una sonrisa.

—¿Ah, no?, y ¿se puede saber qué es lo que buscas ahora?

—Un arbusto, algo así como un árbol pequeño.

—¡Sé lo que es un arbusto! —protesté con fastidio.

Sin mediar palabra espoleó ligeramente su a caballo para adentrarse en una zona más profunda del camino, desviándose levemente de este. Observó durante unos instantes una mata de hojas verdes y brillantes que crecía al abrigo otro árbol mucho más alto que tampoco supe reconocer.

—¡Te encontré! —exclamó en una expresión triunfal mientras miraba la mata de hojas.

Bajó del caballo y se acercó al árbol de grueso tronco que albergaba las brillantes hojas.

—Esto es un boj —dijo mirándome, constatando una vez más que en lo que referente a conocimientos sobre botánica me superaba con creces—. ¿Me ayudas?

—¿Qué quieres hacer? —pregunté sorprendida.

—¡Qué voy a querer hacer!, ¡llevármelo!

—¿Cómo piensas llevártelo?

Volvió cojeando sobre sus propios pasos y sacó de una de las alforjas un hacha pequeña.

—No nos llevará mucho tiempo —intentó tranquilizarme—. La madera es dura, pero el tronco no es muy grueso. Además, no es tan largo como para tener que trocearlo en varias partes para cargarlo al caballo.

Se acomodó como pudo muy cerca del árbol y con el hacha en la mano comenzó a cortar el duro troncho. Sin embargo, la falta de su pierna dificultaba que pudiera mantener el equilibrio después de cada golpe, haciéndome temer que fuera él mismo el que acabara en el suelo mucho antes que el arbusto que se empeñaba en talar.

—Espera, que voy —dije mientras me apeaba del caballo.

No sabía muy bien cómo podía ayudarle, así que intenté sujetar el tronco del árbol por el lado contrario al que se encontraba él para evitar que se zarandease demasiado y conseguir que fuera un punto de apoyo más.

—Si te pones ahí, te llevaré la mano de un hachazo, y ya seremos dos los lisiados en la familia —me dijo entre risas.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —protesté con fastidio.

—Nada. Apártate, cuando me canse, continuarás tú.

Me alejé a un lado, tal como Samuel me había pedido, y seguí observando la escena de lucha entre el tronco y el hacha que portaba el chico.

Entonces fijándome aún más en el arbusto y en sus hojas, me di cuenta de que en realidad sí lo conocía, pero no por ese nombre.

—¡Es un seto! —exclame casi en un grito.

Sam dejó de talar y me miró extrañado.

—¡Por supuesto que es un seto!, ¿qué esperabas que fuera? Ya te he dicho antes que se trataba de un arbusto.

—Es que en mi tiempo —intenté justificarme—, los setos son ornamentales, están en los parques y a veces se hacen formas con ellos, no lo había reconocido de esta manera.

—Eso también se hace en este tiempo. —Dijo Samuel con una sonrisa que hacía parecerme aún más ridícula.

Después de unos cuantos golpes más el árbol estaba a punto de ceder. Sam, en un gesto agotador y casi sin aliento, me entregó el hacha para que acabara la hazaña.

—Te toca —dijo entre jadeos

—Nunca he cortado un árbol. —Intente justificar lo torpe que serían mis movimientos con la pesada herramienta entre mis manos.

—Pues recuerda el día de hoy, porque vas a talar tu primer árbol, y este será muy especial.

Agarré con fuerza el hacha y comencé golpear lo más fuerte la parte del tronco que aún se aferraba a la raíz. El árbol cedió y cayó derrotado en medio de la maraña de hierbajos y zarzas que acompañaban la escena.

—Para ser la primera vez, no lo haces nada mal —dijo Sam en un intento por animarme a continuar.

—Es más costoso de lo que parece, ¡pues sí que es dura esta madera! —acerté a decir quitándome el sudor de la frente.

Por fin, el arbolillo quedó totalmente abatido e inmediatamente se desprendió de su raíz.

—¡Ya está, lo has hecho estupendo! —dijo sonriendo mientras quitaba alguna rama del arbusto con el fin de llevarlo con más comodidad sobre el caballo—. Ya verás cómo se va a poner la abuela cuando lo vea —dijo con expresión que ocultaba una maliciosa sonrisa.

Una vez acomodados sobre los animales y con el boj asomando por los costados de su caballo, por fin, retomamos el camino hacia casa.

La abuela, preocupada por nuestra tardanza, nos esperaba en el jardín. No dejó de escandalizarse al ver el pequeño arbolito que, en una maraña de hojas y ramas, se zarandeaba con los movimientos del caballo que lo cargaba.

—¿Pero qué traéis, condenados?

—Es boj, abuela —informó Sam con una sonrisa divertida sin sorprenderse por su enfado.

—¡Ya sé que es boj, muchacho!, ¿pero qué hace esto aquí?

—Es por su madera —dije intentando salir al rescate del chico—. Parece que es buena para hacer la matriz de los grabados.

—¡No dudo de su madera, niña! —comentó dirigiéndose a mí—, pero sí de sus hojas y de sus frutos. Quedaos con el tronco si lo necesitáis, pero el resto lo quiero fuera de casa y en un lugar escondido donde nadie pueda encontrarlo y mucho menos comerlo—. Volvió a entrar nerviosa en casa dejándonos con el pequeño arbusto.

—¿Qué ocurre? —pregunté extrañada.

—Es una planta venenosa.

—¿Cómo que venenosa?

—Sí, las hojas y los frutos pueden matar a quien las come, sea persona

o animal. Ya sabía que se pondría así —comentó con una sonrisa maliciosa—. Pero tiene razón, hay que deshacerse de todas estas hojas y echarlas en un lugar seguro fuera del jardín de la casa.

—¡Qué curioso! Nunca llegué a pensar que un simple seto pudiera matar a alguien.

—Las apariencias engañan —dijo Samuel con media sonrisa.



Poco tiempo después de conseguir la madera de boj, las láminas en las que se tallaría la matriz ya estaban preparadas. Samuel se había empeñado en cortarlas con una perfección que casi se podría comparar con la madera pulida en las modernas serrerías de mi tiempo, quedando la superficie lisa y suave, presta para ser trabajada, para ser tallada. Días antes, mientras preparaba las láminas de madera, se había afanado en explicarme el funcionamiento de la técnica que emplearía para la realización de sus grabados: la xilografía, una de las más antiguas del mundo.

—Mira —me decía mostrándome una lámina de madera ya dibujada—, sobre la matriz de madera se construye la imagen para después vaciarla con estas herramientas —dijo mientras extraía de una caja de madera un montón de utensilios punzantes con diferentes grosores—. Sirven para rebajar la superficie de la matriz. De este modo se obtienen surcos en la madera, cuanto más delgados y precisos mejor. Una vez que termine de tallar la imagen aquí dibujada, cubriré de tinta toda la matriz salvo los huecos tallados en la madera, que quedarán en blanco y será lo que conforme el dibujo.

—Ingenioso y sencillo —comenté fascinada por su explicación.

—Se trata una de las técnicas más utilizadas a lo largo de la historia, hay muchas otras, pero aquí no tengo el material...

—¿Dónde aprendiste todo esto? —pregunté curiosa.

—En Madrid —comentó con un suspiro—. Al principio mi padre no estaba de acuerdo con que tomara clases de pintura, pero le prometí que acabaría la carrera de Derecho cuanto antes. Sin embargo... —dijo mirando resignado el listón de madera que sujetaba parte de su pierna—, aquí estoy.

—Al menos pudiste finalizar el curso de pintura, ¿no? —comenté intentando animarle.

—Sí —afirmó satisfecho mientras tallaba con esmero la madera convertida en matriz.

17. La leyenda del castillo de Trasmoz

Trasmoz, 20 de abril de 1808

La abuela siempre alentaba el fuego del hogar hasta bien entrada la noche. Muchas veces solía quedarme con ella a la luz de la lumbre con el pretexto de que me enseñara a hilar.

—No es buen momento, muchacha —solía decirme en mi empeño—. Es mejor con la luz del día.

Pero realmente, lo que deseaba era escuchar de primera mano las historias imposibles que durante años se habían contado por estas tierras. Alguna había llegado a mi tiempo. Incluso con variaciones, las había oído allá en mi otra vida en boca de mi otra abuela, Lucía. Sin embargo, encontrándome a comienzos del siglo XIX y con aquel escenario imposible, las leyendas se tornaban casi en verídicas.

Normalmente Samuel nos acompañaba en nuestras acostumbradas veladas nocturnas. El muchacho alumbraba sus quehaceres como improvisado grabador con el mismo fuego que nos calentaba. Muchas noches me perdía en el rumor interminable que producía la punta afilada de su herramienta para tallar, la que él mismo dirigía en su empeño por abrirse camino dentro de la dura madera, junto a la rueca de la abuela y al crepitar del fuego conformaba la banda sonora que acompañaba a los cuentos y leyendas que contaba Engracia

Pronto me di cuenta de que la mujer, que no daba puntada sin hilo, escogía con cuidado qué leyenda contar en cada momento.

Aquella noche, en la que la luna llena gobernaba el cielo nocturno, sabíamos que en cualquier momento extrañas voces y sonidos de otros tiempos, como ecos del pasado y del futuro, se fundirían y conseguirían viajar por el espejo, ese espejo que permanecería en un inmenso vacío invitando a quien osara a internarse en otro tiempo.

En estas noches también se podía observar como el castillo de Trasmoz

se erguía fantasmal a la luz de la luna tras las ventanas traseras de nuestra casa.

—¿En tu tiempo sigue existiendo el castillo? —me preguntó Engracia con curiosidad.

—Por supuesto —asentí.

—¿Conoces todas sus leyendas?

—Algunas aún se cuentan en mi tiempo, pero preferiría escuchartelas a ti, abuela.

Era cierto, existían un montón de historias sobre el castillo, muchas de estas, difundidas y alentadas por el escritor aún no nacido en aquella época, Gustavo Adolfo Bécquer, en sus conocidas “Cartas desde mi celda”, los mismos relatos que conseguirían forjar la leyenda de un pueblo.

Sin embargo, el verdadero trasfondo de la historia que había originado todas aquellas misteriosas historias de brujas trataba de algo mucho más mundano de lo que a priori se pudiera pensar. A mediados del siglo XII, bajo el reinado de Jaime I, las personas a cargo del castillo, entre las que se encontraba el sacristán de Tarazona, se dedicaron a acuñar monedas falsas entre sus muros valiéndose de la abundancia de hierro y cobre de la zona. Como era algo ilegal, aprovechaban el resguardo de la noche para amonedar las piezas metálicas. Con el deseo de alejar de la fortaleza las curiosas miradas de los vecinos de la zona, se inventaron historias tremendas acerca de brujas que por las noches acudían al castillo moviendo las cadenas que las apresaban.

Tiempo más tarde, pudo descubrirse que lo que realmente se escuchaba no eran las cadenas de las hechiceras, si no el propio sonido de las monedas cuando eran acuñadas. Aun así, parte de la leyenda quedó impregnada y fundida con el mismo pueblo para siempre.

Ante mi insistencia Engracia comenzó a contar una extraña leyenda que se remontaba a finales de siglo XI y de la que yo jamás había oído hablar. Al parecer, por aquella época, la ciudad de Zaragoza era gobernada por un joven moro: Ahmed Mutamid, que a su vez, también era dueño de la ciudad de Borja y del pueblo en el que nos encontrábamos: Trasmoz.

Corría el rumor de que su gran poder y diligencia a la hora de conquistar las ciudades se la debía a la alquimia y a las artes adivinatorias. El hombre vivía aislado en su torre de Borja y según contaban, invocaba a los espíritus malignos con rituales de magia negra, incluso llegó a sacrificar vidas de animales y personas. Muchos aseguraban que consiguió ser un gran sabio

de las artes ocultas, llegando a dominar la ansiada trasmutación de los metales, la inmortalidad y, ¡quién sabe qué más!

Un día logró convocar al mismísimo diablo. Por aquel entonces, las tropas enemigas pronto harían su llegada a Borja, y el gobernante temía perder en la contienda gran parte del poder conquistado. El diablo, conocedor de su delicada situación, le propuso un trato: en tan solo una noche levantaría un castillo en el misma atalaya de Trasmoz, de ese modo, conseguirían frenar a las tropas enemigas antes de llegar a Borja, a cambio le pidió el alma del primer familiar que viese ondear la bandera cristiana en el castillo de Borja, porque el diablo sabía que, tarde o temprano, la cruz cristiana se enclavaría en el propio castillo. El joven Ahmed aceptó de buen grado el trato propuesto, al fin y al cabo no tenía familia, nada le debía al diablo. De este modo, en una noche el castillo de Trasmoz apareció de la nada en lo más alto del pueblo consiguiendo el objetivo estratégico de Ahmed de derrotar las tropas cristianas antes de llegar a Borja.

En julio de aquel año el ejército de Mutamid apresó a una hermosa mujer de nombre Ysabel, de la cual se enamoró el moro desposándola, como fruto de la relación nació una niña llamada Zubella. Por desgracia la madre murió en el parto y la niña fue criada por una mujer llamada Zuleika que, en secreto y a espaldas de su padre, la instruyó en el cristianismo.

Pocos años después, el 20 de septiembre de 1108, las tropas cristianas de Alfonso el batallador consiguieron entrar en la ciudad de Borja, clavando el pendón con la cruz roja de San Jorge en lo más alto del castillo de de la ciudad. La primera en verlo, como no podía ser de otro modo, fue la hija de Mutamid: Zubella.

Pero los soldados cristianos, que se disponían a acabar con los moradores del castillo, solo encontraron silencio y soledad cuando entraron en el edificio. De algún modo el gobernante derrotado consiguió que todos y cada uno de los pobladores del castillo desaparecieran como por arte de magia.

—Probablemente fuera una noche como esta, de luna llena —dijo la abuela con media sonrisa queriendo expresar más de lo que contaba—. También aseguran que el 20 de septiembre se aparecen tres espectros: uno en el castillo de Borja, el de la niña Zubella; otro en el palacio de Bulbunte, que corresponde al de la mujer Zuleika y, el tercero... —la abuela giró la cabeza para mirar a través de las ventanas que dejaban pasar la intensa luz de la luna llena descubriendo el fantasmagórico perfil del edificio al cual se refería—: el

castillo de Trasmoz.

—¿El espectro de Ahmed Mutamid? —pregunté suponiendo adivinar la respuesta.

—No, pequeña —dijo la abuela sin mirarme—. El del mismo diaple que consiguió levantar este castillo en tan solo una noche.

18. Visita al castillo

Trasmoz, 21 de abril de 1808

La abuela Engracia, con su evocadora historia, había alentado las ganas de volver a visitar aquellos muros derruidos del cercano castillo, los que tantas veces había recorrido con Dani. Recuerdos de mi vida pasada que aún no habían sucedido, sin embargo las paradojas, tan comunes desde mi viaje en el tiempo, casi se habían convertido en una rutina más de mi existencia. No en vano había retrocedido más de dos siglos atrás respecto a mi época.

Hacía semanas que observaba el castillo por las ventanas de mi hogar y aún no había tenido la oportunidad de visitarlo en al época en la que me encontraba. Propuse a Engracia hacer una visita a las ruinas del viejo edificio, pero la mujer, supersticiosa y poco amiga de compartir el mismo espacio donde una vez al año se aparece el mismo diablo, prefería no tener contacto alguno con la misteriosa construcción.

Viendo la negativa de la abuela, decidí aventurarme a recorrer las ruinas del viejo castillo en soledad. Sabía que en aquel momento de la historia el edificio se encontraba abandonado desde el siglo XVI. Había oído contar muchas historias sobre la fortaleza, esos mismos relatos que harían posible que parte del castillo fuera reconstruido para convertirse en un museo de la brujería. Así que, paradójicamente, la edificación se encontraba en mejores condiciones en el siglo XXI que a principios del XIX, a pesar de ser doscientos diez años más vieja.

Mientras me estaba ataviando con la capa le comenté a Samuel mi intención de visitar el ruinoso castillo. El chico, con semblante más serio de lo habitual, me advirtió de que el hecho de internarme sola, a pesar de encontrarse cerca, no era seguro. Fue entonces cuando propuso que él mismo me acompañaría.

El muchacho salió del vestíbulo en busca de un par de trabucos que sirvieran de protección en nuestra improvisada excursión. Aprovechando su

ausencia y temerosa por su advertencia me acoplé la navaja cabriterera en una de mis enaguas, tal como me había enseñado la abuela Engracia. En mi empeño, no puede evitar dejar al descubierto gran parte de mi pierna. Samuel llegó al vestíbulo antes de que me pudiera acomodar la dichosa navaja. La escena de mi pantorrilla desnuda, libre del largo y pesado vestido, probablemente en el siglo XXI habría carecido de importancia, pero yo, que me había sentido observada desde la distancia, pude notar y casi sentir el calor que, como una ráfaga de fuego, subía por las mejillas del chico. Cuando, por fin, con la pierna bien oculta dentro de mi vestido, me acercó el trabuco, partimos hacia nuestra repentina excursión tan solo unos metros colina arriba.

Todas las medidas de protección propuestas por Samuel me parecieron excesivas, incluso la misma idea de acompañarme, pero tampoco quería arrepentirme cuando ya fuera demasiado tarde. Al fin y al cabo, cada vez eran más numerosos los soldados de las tropas de Napoleón que frecuentaban esta zona.

Accedí a ser escoltada, no solo por la protección que nos pudiéramos brindar mutuamente sino, porque realmente me gustaba estar con Samuel. A pesar de ser mayor que él casi una década y de proceder de tiempos de la historia tan dispares, nos entendíamos bastante bien. Al ser los dos personas de pocas palabras y hablando solo cuando nos veíamos en la necesidad de decir algo, no eran pocos los instantes que pasábamos juntos en silencio, sin embargo, nunca eran momentos incómodos como esos en los que te afanas en buscar las palabras adecuadas, eran silencios surgidos de la naturalidad de la propia situación, nunca forzados, nunca temerosos.

En silencio también comenzamos a subir la escarpada colina. A mitad de trayecto y al ver la dificultad con la que Samuel avanzaba con su precaria prótesis, pensé que quizás no hubiera sido tan buena idea haberse internado entre los matorrales, y comencé a echar de menos los caballos que, incansables, nos llevaban en nuestro camino diario hacia la cueva donde estaba la guerrilla. De sobra sabía que al chico, quizás por orgullo o tal vez por el deseo de superación, no le gustaba que le ayudaran, así que me limité a subir lo más despacio que pude, armándome de paciencia para no ofrecerle un hombro en el que apoyarse. Cuando, por fin llegamos a la colina, Sam estaba agotado y probablemente también dolorido. Aun así, continuó caminando entre las ruinas, de las cuales según me confesó él también guardaba muchos recuerdos de su niñez.

Los dos permanecemos callados por unos instantes, inmersos en nuestros pensamientos, hasta que Samuel, saliendo de su aturdimiento, quiso acabar también con el mío.

—¿Venías aquí con... Daniel? —preguntó incómodo, forzándose a indagar más sobre mí sin la necesidad de recurrir a la abuela Engracia.

—Sí —asentí—, cuando éramos niños pasábamos muchas horas jugando en esta colina y, es curioso —continué—, tenía un aspecto muy parecido al de ahora, aunque el castillo se encuentra diferente, ¿sabes? Han hecho un museo en la torre del homenaje.

—Ah, ¿sí? —preguntó Samuel sorprendido por mi información.

—El museo de la brujería.

—¿Qué? —preguntó aún más sorprendido—, ¡cómo han cambiado las cosas!

Reímos al unísono y un inesperado eco retumbó por las paredes del castillo que también pareció regocijarse de su propio destino.

Después de unos segundos su semblante se tornó serio de nuevo, como si deseara volver a los orígenes de nuestra conversación.

—Él...—dijo mientras carraspeaba incómodo.

—¿Quién, Dani? —pregunté facilitándole una conversación que le incomodaba, pero que intentaba retomar.

—¿Está..., muerto? —preguntó casi en un susurro.

—Técnicamente aún no ha nacido, pero si te refieres a si falleció en mi tiempo, puede decirse que está muerto.

—La abuela Engracia me dijo que eras viuda.

—No nos llegamos a casar, sin embargo si convivimos como un matrimonio, lo cierto es que me considero una mujer viuda. —Al pronunciar la última palabra noté cómo el corazón se me aceleraba.

—Pero Daniel era tu primo ¿no? —preguntó confuso.

Parece que la abuela Engracia le había informado vagamente de mi situación allá por 2018, aunque no le había aclarado los conceptos que formaban parte de mi vida

—Éramos parientes lejanos, nuestros padres eran primos carnales y nosotros primos segundos, pero mis padres fallecieron en un accidente de automóvil como años más tarde ocurriría con Dani. Quedé huérfana con once años. Fue entonces cuando los padres de Dani me acogieron como a una hija más.

Noté cierto nerviosismo en la expresión de Samuel, quizás también

porque él se consideraba huérfano de padre y madre a pesar de tener una familia. Continué el relato lo más resumido posible de lo que había sido mi existencia; me entristecía enormemente hablar de mi vida en el siglo XXI.

—Más tarde —proseguí después de una breve pausa—, Dani y yo, viviendo ya por separado, nos enamoramos y pasamos de ser hermanos a pareja.

Tras de un breve silencio fue Sam el que hizo una pregunta que no esperaba.

—¿Qué es accidente de automóvil? —preguntó perplejo.

—¿Accidente de automóvil? —por primera vez en mi vida reí al pronunciar esas palabras, por lo surrealista e inesperado de la pregunta.

—Un accidente de automóvil es un percance sufrido por un coche — intenté aclarar—. Hubo un fallo en el automóvil que conducían, esos que te expliqué que se movían solos sin necesidad de que tirasen de ellos los animales.

Samuel asistió extrañado.

—¿Esos artilugios pueden mataros? —preguntó enarcando las cejas.

—Aunque su finalidad no es esa, a veces ocurre.

Una vez aclarada la cuestión técnica, Samuel consideró oportuno centrarse en la relación que tenía con Dani. Para ninguno de los dos era una situación cómoda, sin embargo Sam estaba empeñado en averiguar datos de mi pasado; supuse que la curiosidad era la que le empujaba a seguir indagando.

—Y ¿cómo descubriste que estabas enamorada de él?

Me volví a sorprender por su pregunta. Realmente me resultaba complicado hablar de ello.

—Supongo que esas cosas tarde o temprano caen por su propio peso. — Sam puso cara de no entender del todo los términos utilizados; aunque hablábamos la misma lengua, había palabras y expresiones que habían evolucionado.

—Fue sencillo —contesté sincera al observar la expresión confusa del chico—. Él me amaba, pero yo no lo sabía. Cuando me di cuenta de sus sentimientos, descubrí que en realidad yo también sentía lo mismo por él.

Samuel pareció sorprendido ante mi respuesta, sin embargo no dijo nada al respecto.

—Supongo que le querías mucho... —comentó el chico como si deseara compartir el duelo de la persona amada.

No pude contestar, invadida por las lágrimas me alejé unos instales de su lado. No quería que la excursión acabara en lamentos por una realidad inexistente en ese momento. Era el futuro objetivo, pero no el mío. Dani era mi pasado y me negaba a seguir hurgando en una herida que aún no consideraba cerrada.

Salí del castillo en ruinas y me alejé de la presencia de Samuel, caminando por las inmediaciones del viejo edificio. Sam, a pesar de su intento por avanzar lo más rápido posible, caminaba mucho más despacio que yo. Aun así, podía escuchar cómo sus entrecortadas pisadas rozaban los matorrales que dificultaban más su precaria zancada.

Lo esperé sentada sobre una roca que se elevaba en el mismo lugar en el que una estatua dedicada a Gustavo Adolfo Bécquer se erigiría muchos años después. El chico llegó un par de minutos más tarde y, sin decir nada, se acomodó a mis pies. Su cabeza se encontraba a la altura de mi pierna derecha, la misma que un rato antes había visto desnuda. Estaba tan cerca que fácilmente podía notar su calor a pesar de no tocarme en ningún momento.

Tras un breve silencio comenzó a hablarme como en un susurro, con su voz grave, casi imperceptible.

—Murieron por mi culpa. —La pena pareció surgir de su garganta más como un lamento que como una sentencia.

Conocía su historia, la abuela Engracia se había encargado de contármela la primera noche que llegó a casa malherido. Aun así, le dejé continuar con el relato sobre sus orígenes, después de todo, unos orígenes no tan diferentes a los míos.

—Mi madre murió en el parto y mi padre lo hizo unas semanas después de pena.

—Sé lo que es ser huérfano, pero ambos tuvimos suerte de encontrar una familia, otros padres —comenté queriendo mitigar su pesar.

—Me acogieron porque su hijo había muerto semanas antes en el parto de mi..., de Mónica. Realmente soy un usurpador, Diana. El hijo que tuvieron mis padres ahora descansa bajo una lápida y yo ocupo su lugar de primogénito.

—¿De verdad crees que no te hubieran acogido de no haber fallecido su hijo?

Samuel guardó silencio, no le podía ver la cara, pero adivinaba su semblante ensombrecido de tristeza, que guardaba una extraña culpa por unos acontecimientos que nadie había elegido.

En un arrebato de afecto toqué su hombro como muestra de apoyo. Como él pareció no inmutarse, continúe acariciándole los mechones que comenzaban a caer por su cuello en ligeros bucles. Él respondió a mis caricias apoyándose levemente en mi pantorrilla para después acomodar su cabeza en mi regazo, este en un instante quedó cubierto por una maraña de rizos, que desprendían unos extraños destellos entre cobrizos y dorados, acentuados por la luz crepuscular de la tarde que caía tras las montañas.

Continuamos inmóviles en esa posición, yo acogiendo el peso de su cuerpo sobre el mío, sintiendo su calor en mis muslos. Me gustaba verle así, relajado, olvidándose de su muñón, de la pena y la de culpa que había rodeado el comienzo de su existencia, que intuía que aún le acompañaba. Hubiera pensado que el chico se había dormido de no haber sido por los suaves movimientos de cabeza que me alentaban a seguir acariciándolo cuando mis manos dejaban de enredar en su pelo mientras estiraba suavemente un rizo tras otro. Pensé que, de haber tenido el pelo lacio, su longitud sería considerable, es muy probable que llegara hasta los hombros.

Cuando, por fin, el sol se ocultó tras las montañas, comenzamos a sentir la brisa de la noche, pronto lo único que quedaría sería la blanca luz de la luna. Nos apeamos en silencio, Samuel intentó levantarse de su improvisado asiento, no sin dificultad. En ese instante agarré con firmeza una de sus manos y con un fuerte impulso tiré de él hasta verle en pie, luego, sin pensarlo dos veces, guie esa misma mano hasta que el brazo quedó apoyado en mis hombros. Comenzamos a bajar la escarpada colina agarrados; en el frescor creciente del momento agradecí su proximidad por el contacto cálido que su cuerpo emanaba. Él pareció sentir el mismo efecto y nos aferramos el uno al otro en nuestro camino. Como Samuel contaba con mi ayuda y al otro lado se apoyaba en la muleta, a pesar de los desniveles y obstáculos del camino, no tardamos mucho en bajar la pequeña colina,

En el patio de la casa la abuela Engracia esperaba inquieta. Tras una pequeña reprimenda por la tardanza nos recibió con sendos besos en la mejilla.

—El plato de la cena está ya en la mesa —sentenció.

19. "La Filandera"

Trasmoz, 25 de abril de 1808

Hacía días que nos habíamos hecho con la pequeña imprenta portátil, sin embargo, aún no había surgido nada de ella. Los enfrentamientos y las situaciones políticas hacían que nos llegaran noticias de la inmediatez de la guerra y debíamos comenzar cuanto antes en la creación de nuestra gaceta.

Una noche nos reunimos frente a la lumbre para discutir sobre cómo se debía de titular la gaceta informativa que pronto fundaríamos, el mismo periódico surgido de mi libro de historia y de aquella pequeña imprenta que Samuel ya manejaba con cierta soltura.

Jaime propuso que se debía de llamar “La Gaceta Informativa de Aragón”, porque habíamos llegado a la conclusión de que el rotativo informaría principalmente de todo el devenir de la guerra en las inmediaciones, aunque no descartábamos que puntualmente también lo hiciera sobre los sucesos importantes generados en otras zonas. No en vano Zaragoza sería sitiada en dos ocasiones y, para el levantamiento que pronto se materializaría en la ciudad, apenas quedaban unas semanas. Debíamos darnos prisa si queríamos ayudar, aunque fuera en el frente de la propaganda y la información, sin embargo ni siquiera habíamos decidido qué nombre poner a la gaceta.

—Yo creo que se debería llamar “Aragón Indómito” —comentó Samuel.

Negué con la cabeza las ideas de ambos

—No, tiene que ser algo más, no sé... el nombre debe englobar todo lo que queremos aportar: la información y la publicidad que se reúne y se conforma de un modo que no se pueda diferenciar una de otra, como la lana en...

Me fijé cómo hilaba la abuela a la luz de la lumbre, cómo giraba la

rueca creando lo que serían las madejas interminables de los hilos de lana, esa misma lana que se entrelazaría en un sin fin de nudos para componer la prenda. Eso era precisamente la guerra, una disposición de elementos, de diferentes escenarios y ejecutores, de víctimas y verdugos..., en fin, una prenda áspera, pero muy elaborada, muy hilada... Entonces, ¿quién era la ejecutora?, ¿quién se encarga de trazar los nudos del destino que pronto se trasformaría en realidad?

La abuela me miró tratando de adivinar mi pensamiento.

—Eso es, muchacha —dijo con una sonrisa—: “La Filandera”.

A pesar de no ser lo que a priori habían pensado, Jaime y Samuel mostraron su acuerdo. Con el nombre decidido, muchos días al caer la noche bajábamos a una pequeña estancia que se encontraba justo debajo de la cocina para comenzar a trabajar con la rudimentaria imprenta.

Nuevamente éramos Samuel y yo los encargados de llevar a cabo aquella tarea, aunque era el chico el que prácticamente lo hacía todo, él manejaba la máquina mientras me enseñaba sobre la marcha. Ya por la pesada prensa que había que mover en cada impresión, ya por el orden de las letras que debían colocarse al revés, como reflejadas en un espejo para plasmarlas legibles, pronto descubrí que el funcionamiento de la imprenta era bastante más costoso de lo que a priori me había imaginado. No obstante, ya estábamos conformando la gaceta, la misma que pasaría a engrosar los centenares de ellas que por aquella época surgieron intentando ayudar a un bando o a otro. Pero este periódico tan especial debía pasar desapercibido respecto a las extrañas circunstancias en las que había surgido.

Por aquel entonces apenas faltaban unos días para las revueltas de 2 de mayo en Madrid y, con ellas, el comienzo oficial de la guerra en la que yo ya me sentía inmersa. Quizás por ello los recuerdos de la noche en la que Samuel casi perdió la vida en el Motín de Aranjuez volvieron con fuerza a la mente del chico. Sam conocía los horrores de la violencia desatada en unas revueltas encabezadas solo por personas del pueblo, sin ninguna formación militar, en cambio, sabía que lucharían encarnizadamente contra adiestrados militares.

El libro era claro cuando explicaba cómo el ejército de Napoleón se ensañaría violentamente contra sus desaventajados contrincantes, solo equipados por algunas improvisadas armas caseras, que no tenían ni el apoyo del propio gobierno de su país, no en vano el capitán general del momento había dado orden de que ningún ejército nacional ayudase a los insurrectos.

Todos permanecerían pasivos a excepción de los artilleros del parque de Monteleón que, desobedeciendo el mandato, se unirían en la contienda a favor de los insurgentes. Por desgracia, lo que vendría al día siguiente no sería mucho mejor: una represión brutal llena de ejecuciones de muerte y falta de libertad en la que portar una simple navaja sería motivo suficiente para dictar una sentencia de muerte.

Lo peor de todo es que sabíamos que ocurriría y que no podríamos evitar toda esa violencia que inevitablemente se convertiría en centenares de muertos. Era la carga de la responsabilidad de conocer lo terrible de los acontecimientos antes de que ocurrieran, sin poder alertar a las futuras víctimas del desastroso final que les esperaba, dando lugar a ese sentimiento de culpabilidad para continuar con el de impotencia y rabia, porque efectivamente nada podíamos hacer.

—¡Samuel! ¡Samuel!

El chico, sumido en sus propios pensamientos, parecía no escuchar a nadie.

—Hacemos lo que podemos, no tenemos alternativa, nuestra lucha está aquí.

—¿De verdad que no podemos hacer nada más?—preguntó con sonrisa irónica.

—Dímelo tú —le espeté.

Fue entonces cuando el chico posó la mirada en su pierna de madera, sabía lo que pensaba, sabía lo que deseaba y, por un único instante, me alegre de su desgracia.

—¿De verdad crees que cambiarías algo si fueras a luchar a Madrid dentro de unos días?

El chico seguía con su mirada clavada en su pierna incompleta.

—No lo sé, pero me siento tan culpable... —Fue entonces cuando se atrevió a mirarme en un intento de sincerarse con él mismo y, de este modo, permitirse una pizca de paz, aunque fuera en medio de su culpa—. Me paso el día elaborando grabados y artículos para animar a que otros vayan a la guerra, a que luchen, a que arriesguen su propia vida y ni si quiera puedo ir yo. ¿Qué derecho tengo para hacer eso?

—Sam —comencé a hablarle en tono suave—, ¿te parece poco lo que has sacrificado? ¡Casi te dejas la vida hace unos meses!, ¿qué me dices de tu pierna?, ¿te parece bajo el precio que pagaste? Ahora tu lucha es otra, tu misión no es la de estar en el campo de batalla, sin embargo se pueden hacer

muchas cosas por los que sí están.

El chico parecía derrotado, su expresión cansada y taciturna cada vez se hacía más evidente en su rostro.

—¿Cuál? —preguntó sin ganas—, ¿qué lucha es esa?

—La fundamental, la mas importante de todas, la que arrastra a todas las victorias: la de la motivación, la de la moral, la de la emoción, la que te atraviesa en lo más profundo de tu ser para poder seguir adelante.

Me senté a su lado y posé una mano en su pecho, tras su estremecimiento pude sentir las palpitaciones presurosas de su corazón, ese corazón que era arrastrado por la misma pasión de sus deseos en todo que hacía.

—Nadie mejor que tú para saberlo —sentencié con una sonrisa cómplice.

20. Rutina diaria en el siglo XIX

En mis quehaceres diarios, de un modo u otro, solía encontrarse con cada uno de los miembros de la familia. Todo dependía del momento del día en el que me hallase.

Con quien más compartía tiempo y objetivos era con Samuel, que en realidad era la primera cara que veía en la madrugada cuando partíamos hacia la cueva de la guerrilla y la última al acostarme, cuando nos volvíamos a reencontrar en soledad con la única compañía de nuestros propios pensamientos y la pequeña imprenta “hilando” las diferentes noticias que nos llegaban y los acontecimientos narrados hacía ya mucho tiempo en mi libro de historia.

Con Pedrito, el niño de la familia, era con quien realmente conseguía evadirme totalmente de la guerra que vivíamos. A decir verdad, era el único que vivía en la más absoluta ignorancia respecto a la brutalidad de la contienda, de todo lo que se vivía fuera de la protección del hogar familiar, una casa que se erguía como una isla protectora en medio de un mar de terribles olas enfurecidas, porque aquella contienda no solo se libraba en los campos de batalla, era un conflicto que lo impregnaba todo, salpicando y atrapando con sus sucios tentáculos lo que se interpusiera en su camino, fuera de la condición que fuera: niños, mujeres, ancianos, hombres... Las muertes de familias enteras se sucedían sin piedad, casa por casa, habitación por habitación.

A Samuel parecía ocurrirle lo mismo, yo sabía que buscaba la despreocupación de su hermano pequeño como bálsamo ante tanta barbarie. En muchas ocasiones podía encontrarle jugando con Pedrito como un niño más, retozándose juntos en el suelo embarrado del jardín. Todo servía para escuchar las risas del pequeño, que era como un consuelo alentador, como un oasis en el desierto que nos liberaba de tanta tensión y preocupación acumulada.

Para la abuela Engracia reservaba las tardes y alguna que otra mañana

cuando le ayudaba en la consulta a la que acudían los lugareños con las típicas dolencias de la época. Pero sabíamos que pronto, con la guerra que se avecinaba, los heridos se multiplicarían y necesitaríamos provisiones, así pues muchas tardes, entre enfermo y enfermo, nos afanábamos en machacar hojas y semillas con la finalidad de realizar los preparados para los futuros combatientes que necesitaran nuestra ayuda.

Por las noches, después de la cena los días que no trabajábamos en la imprenta nos acomodábamos en los divanes del salón y a la luz de la lumbre la abuela hilaba la enmarañada lana de oveja. Entonces la ensoñación en la que parecía caer por el cansancio acumulado del día se desvanecía en el mismo momento en que la mujer comenzaba a contar alguna leyenda de la zona, en su mayoría misteriosa y mágica, recordándome a la abuela Lucía, que casi parecía escuchar su voz a través de la de Engracia. Quizás fuera el momento más asombroso del día, en el que todo podía ser, en el que cualquier cosa podía ocurrir y las historias, tan irreales, tan fantásticas a la luz del día, tomaban a otro color con el resplandor del fuego nocturno, pasando de una tonalidad ilusoria a otra más real, casi creíble, a pesar de que muchas veces los protagonistas eran seres imposibles. Era la propia Engracia la que lo hacía factible, porque sabía que en lo más recóndito de su ser ella también creía en la veracidad de todos aquellos mitos, que algo de real debían de tener cuando habían llegado a su tiempo. Al fin y al cabo, muchas eran las leyendas e historias que habían logrado traspasar decenas de generaciones en su familia para colarse en su propio hogar desde su más tierna infancia. Muchas de ellas las había escuchado en boca por familiares tantas veces que casi formaban parte de ella y, a pesar de la sobrenaturalidad que acompañaba a todas aquellos relatos, los había encajado con tanta normalidad en su vida que no tenía necesidad de plantearse si realmente eran verdaderos o no, simplemente formaban parte de sus orígenes, de su esencia.

Junto con Jaime, Samuel y yo, elaborábamos y repasábamos en el despacho de este lo que serían las noticias de nuestra gaceta “La Filandera”, narrándolas y repasándolas antes de plasmarlas en papel. Durante el proceso de redacción de los artículos, era el semblante serio y triste de Jaime todo lo que podíamos ver, el mismo que se dibujaba en su rostro durante todas las horas del día. Solo parecía estar en paz cada vez que su mirada se cruzaba con la que había sido su mujer: Mónica, que permanecía impertérrita en aquél retrato familiar que había observado yo misma dos siglos después. Parecía buscar en ella algo de consuelo a su añoranza. Si embargo también era donde

indagaba, en un momento en que sentía que las palabras dictadas de su discurso no eran del todo las adecuadas, pareciendo que la misma Mónica fuera la que le susurraba aquellas otras más apropiadas para la narración de la noticia. Era un extraño cruce de miradas en el que, por un momento, aquella mujer parecía recobrar la vida para comunicarse con su marido en un lenguaje secreto, el lenguaje propio de los amantes.

21. La melodía de los espejos

Trasmoz, 24 de mayo de 1808

Rosa, a pesar de tener dieciséis años, seguía siendo una niña a ojos del resto de su familia. La muchacha era de carácter tímido e introvertido, sin embargo cuando sus manos tocaban el piano familiar parecía transformarse, abandonando la aparente candidez en una extraña metamorfosis solo comparable a las mariposas cuando renuncian a su estado anterior. No en vano ese instrumento era la vía de escape de la joven. A mí me gustaba escucharla cada vez que practicaba. Las teclas parecían cobrar vida bajo sus ágiles dedos mientras me dejaba perder en la entonación de la melodía que, a mi parecer, expresaba mucho más que el ritmo constante de las notas. En ella creía percibir los propios sentimientos de la muchacha, esos que pocas veces expresaba con palabras, pero que sí se los confesaba a su piano, su mayor confidente.

Una tarde Rosa cambió parte del repertorio al que solía tenerme acostumbrada, comenzando a tocar una pieza que, a pesar de no pertenecer a los más afamados compositores, si se me hacía extrañamente familiar. Esperé a que finalizara para preguntar a quién pertenecía aquella melodía tan evocadora.

—¿Te gusta? —preguntó ilusionada.

—¡Me encanta!, pero es extraño, creo que ya la he escuchado antes.

—¡Ah!, ¿sí? —Rosa pareció sorprendida ante mi observación. —No es posible—aseguró negando con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté sin entender.

—Porque la he compuesto yo hace unos días —me respondió extrañada.

—¿De verdad?, ¡es preciosa, Rosa!

—Gracias —dijo con una sonrisa tímida que enmascaraba cierto orgullo—, pero ¿dónde la has podido escuchar antes?

—Ahora mismo no sabría decirte, sin embargo estoy segura de que ha

sido en mi siglo, en el XXI.

—¿Seguro?, ¡vaya! —La joven pareció sorprendida mientras examinaba las partituras que ella misma había creado.

—Quizás si la escuchara de nuevo...

La muchacha comenzó a tocar las teclas del piano; Entre tanto, cerré los ojos con la esperanza de que me ayudara a buscar aquella melodía en mi mente. Mientras mi memoria trataba de dar con ella decidí no pensar en nada y dejarme llevar. Me sorprendí evocando mi llegada a Trasmoz y a la casa familiar. Sin embargo, no se trataba de mi aparición en siglo XIX, sino la de un día antes en mi vida, la de junio del 2018. Recordé escenas de aquella tarde en las que repasé la casa y lo que esta contenía, aferrándome a los recuerdos vividos y, sin saberlo, a los que aún estaban por llegar, nostalgia de lo que otros vivieron hace ya mucho tiempo. Aquella casa en miniatura rodeada de espejos se mostró en mi mente como una visión reveladora.

—¡Eso es!, ¡la melodía de la maqueta de la casa! —grité con una emoción irreprimible.

Rosa dejó de tocar de inmediato y, sin creer lo que escuchaba, me preguntó:

—¿Cómo?, ¿la casa en miniatura de los espejos? —preguntó sorprendida.

—¡Sí!, ¡esa!, ¿la conoces?

—¡Por supuesto!, es de la abuela, ella la mandó construir hace ya muchos años. A mí me dejaba mirarla cuando era pequeña porque me llamaba mucho la atención. Hace tiempo que no la veo, pero sé que la sigue conservando en su habitación.

—Sería estupendo volver a verla doscientos diez años antes —comenté pensativa.

—Diana, quizás no estemos hablando de la misma maqueta.

—¿Por qué? —pregunté desilusionada.

—Porque la maqueta que tiene la abuela, carece de música y mucho menos esta que acabo de componer.

—Entiendo —dije decepcionada—, aun así podemos pedirle permiso para verla, si se trata de la misma, la reconoceré al instante. Pasé largo rato observándola.

—¡De acuerdo! en cuanto se levante de la siesta podemos preguntarle si...

—¿Qué es lo que me tenéis que preguntar, niñas? —interrumpió la

abuela mientras entraba en el salón.

—A Diana —dijo Rosa mirándome— le gustaría ver la casa en miniatura de los espejos, abuela.

—¡Ah!, ¡la vieja maqueta! —exclamó Engracia suspirando—. Está en mi habitación, podéis subir a verla.

—Me encantaría, abuela —dije agradecida.

—Diana cree que en su tiempo vio una muy parecida, no estamos seguras si se trata de la misma.

—Que yo sepa, en este siglo solo existe la mía, la mandé construir hace ya muchos años, más de cuarenta...

La habitación de la abuela estaba limpia y ordenada, muy diferente a cómo había visto aquella misma estancia por última vez doscientos diez años después. Pensé que si alguna vez la mujer viajara a mi tiempo, se entristecería al ver su estado actual.

Cogió la llave que siempre colgaba de su cuello, bien oculta tras su vestido, para abrir uno de los cajones de la cómoda. Pronto se descubrió la fantástica maqueta que tanto admiré la noche de mi llegada.

—¡Es la misma!, ¡estoy segura! —reconocí al instante mientras buscaba en el interior de la caja que contenía la pequeña manivela.

—¿Estás segura? —preguntó Rosa extrañada—, ¡no puede ser! —exclamó muchacha—, la que viste tú tiene...

—Es la misma, aunque hay algo diferente —la interrumpí—, no tiene la manivela que mueve la casa sobre sí misma, ni un mecanismo que reproduzca la melodía, sin embargo es la misma, estoy segura.

—¿Qué melodía? —preguntó la abuela extrañada.

—La que yo acabé de componer la semana pasada, abuela. Hoy la he interpretado en el piano y Diana la ha reconocido. Dice que es la misma que suena en esta maqueta, pero en su época, dentro de dos siglos.

La abuela quedo unos instantes pensativa.

—Quizás..., no sé —murmuró.

Rosa y yo la miramos impacientes.

—Creo que ya sé quién pudo haber incorporado la melodía y la manivela para que la casa se moviera.

La abuela guardó silencio por unos instantes.

—¿Quién? —preguntamos al unísono Rosa y yo.

—La misma que te trajo a este tiempo, Diana —dijo Engracia mirándome con una sonrisa cómplice—. Creo que tú la conoces tan bien

como yo

No daba crédito a lo que escuchaba ¿podía ser cierto que Engracia conociera a mi abuela Lucía?, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Era obvio que todas las claves las había tenido delante de mí durante todo este tiempo. De pronto, reconocí como suya la letra de la carta que leí el mismo día de mi llegada y los detalles de la historia de la que me había hecho partícipe en la residencia. En ese preciso instante las piezas del puzle, que tanto me había afanado en encajar, se unieron en mi mente por sí solas.

—¿Conocías a mi abuela Lucía?

—¡Por supuesto! Fue la que me advirtió de todo, la que me entregó la carta y tu libro de historia que, por cierto, no sé cómo se las arregló para hacérmelos llegar hace cuarenta y cuatro años —comentó pensativa—. Estás aquí por ella, Diana, de eso estoy segura.

—Pero, ¿cómo supiste que soy su nieta y no su hija, o una versión de ella misma más joven?

—Lo supuse —contestó la abuela Engracia sincera.

—Sabía que, de un modo u otro, Lucía estaba detrás de todo —Engracia se volvió a tocar la barbilla observándome con más detenimiento—. ¡Os parecéis tanto las dos! En un rápido calculo, por tu edad y por cómo avanza el tiempo tras los diferentes espejos, deduje que eras su nieta, además Lucía jamás tuvo hijas.

—¿Ella te habló de mí?

—Por supuesto que me habló de ti —contestó Engracia con mirada evocadora—. La última vez que nos vimos fue muy especial para las dos. Nos pedimos favores y nos guardamos secretos. También me explicó el verdadero funcionamiento de los espejos, ella misma me enseñó a calcular el tiempo entre las épocas y me proporcionó la herramienta para averiguar cuándo viajar a los diferentes tiempos.

—¿Tu abuela Lucía te habló de nosotros? —preguntó Rosa cuando Engracia y yo nos quedamos en silencio.

—Sí —afirmé sin vacilar.

Estaba claro que Rosa quería saber más, sin embargo dudaba si podía o si debía contarle todos los detalles. La abuela Engracia asintió, al fin y al cabo, si Rosa era conocedora del secreto de los espejos, también podía conocer del final de sus días en mi pasado.

—Ella me contó vuestra historia en mi tiempo y lo cierto es que no tiene el mejor de los finales —dije resumiendo mientras Rosa me miraba tensa—.

Pedro fue el único que consiguió salvarse. Sin embargo es algo que jamás ocurrirá, porque mi llegada a este tiempo ha conseguido cambiarlo todo — comenté intentando relajar la situación.

—¿Cómo... es mi final en el pasado de tu tiempo? —preguntó haciendo acopio de su aplomo.

—Tifus —respondí breve y concisa—. De no haber venido yo, te habrías contagiado hace ya unas semanas. Sin embargo sigues viva y sana, Rosa. Así que lo más seguro, es que jamás contraigas la enfermedad.

La muchacha, pálida por la impresión, se encaminó hacia una de las ventanas que daba al jardín trasero y comenzó a observar pensativa buscando la respuesta a su propia existencia.

Las horas que siguieron a esa conversación fueron densas. Deseaba retirarme pronto para poder pensar con tranquilidad y analizar con detenimiento aquel puzle recién completado, pero, sobre todo, deseaba hablar con mi abuela Lucía, contarle lo acontecido, explicarle cómo eran los familiares del siglo XIX e informarla de que, por el momento, había logrado cambiar los dramáticos acontecimientos de los que tanto se lamentaba, la verdadera razón por la que realmente había viajado en el tiempo doscientos diez años atrás.

Con los ojos cerrados, y en la soledad de mi habitación comencé mi particular conversación imaginaria con ella. Ese diálogo que solo tienes con los ausentes, con los que sabes que jamás podrás hablar, porque se han ido para siempre, pero que irremediablemente necesitas sentirte escuchada, porque los pensamientos dirigidos a ellos pugnan por salir, pues liberando las palabras que les dedicas, también liberas tu propia conciencia y tu alma. Con ese monólogo dedicado a mi abuela Lucía fue con el que me dormí aquella noche de luna llena.

22. La revelación

Trasmoz, 25 de mayo de 1808

Unos gritos de mujer me sacaron de mi liviano sueño. Pronto comprendí que, en realidad, era una llamada de auxilio. De un respingo salté de mi cama para correr hacia el sótano. Sin embargo, en mi apresurado paso pude percatarme de lo diferente que estaba todo en la casa. Antes de darme cuenta me encontraba abriendo la puerta la trampilla que llevaba a la sala del suelo ajedrezado. En efecto, la voz familiar que pedía ayuda se encontraba al otro lado del espejo, pero el cristal reflectante tapaba cualquier objeto o persona que estuviera tras él. De repente apareció una figura en mi tiempo, era Pedro, el mismo niño con el que hacía unas horas había compartido mesa durante la cena.

—¡Se llama Pedro!, ¡es mi nieto y necesito que lo salves! —clamó una mujer al otro lado del espejo—, ¡busca al padre Damián!, ¡él sabrá qué hacer!

Miré atónita al pequeño, que permanecía asustado sin entender lo que estaba ocurriendo. Ya éramos dos.

—¿Qué haces aquí, Pedrito? —pregunté intentando aclarar la situación.

El niño con el que había convivido durante los últimos meses parecía no reconocerme. La voz de Engracia volvió a surgir tras el espejo informándome de una fecha.

—¡25 de mayo de 1808!

Lo siguiente que pude ver al abrir los ojos fue mi habitación tenuemente iluminada por la luz de la luna. Me aseguré de estar en el siglo XIX, concretamente en la fecha que aún resonaba como un eco del pasado en mi memoria.

Más que un sueño había sido una revelación, y el aroma inconfundible de mi abuela Lucía aún permanecía en la estancia. Alterada, miré al vacío de la penumbra buscándola sin éxito. Nada parecía fuera de lo normal, la casa estaba sumida en un silencio espectral, pero el descubrimiento me erizó el

bello. En un instante comprendí lo que habría ocurrido de no haber cambiado los acontecimientos.

—Así que ese era tu secreto —musité retomando la conversación con mi abuela Lucía en la soledad de mi habitación—, tú también viajaste en el tiempo.

23. Lo que la niebla oculta

Trasmoz, 27 de mayo de 1808

Había decidido prescindir de los aparatosos vestidos de principios del siglo XIX en mis visitas a la cueva de la guerrilla. No en vano la abuela Engracia había arreglado unos pantalones de Sam recogiendo el bajo y ajustando la cintura. Fue el propio chico el primero que me vio de esta guisa una de las mañanas antes de partir hacia el refugio de los guerrilleros.

—Te queda bien mi ropa —dijo mirándome de soslayo con una expresión entre divertida y desconcertada.

—Lo sé —asentí sonriendo—, seguro que mucho mejor que a ti la mía.

Los dos reímos ante mi comentario rompiendo el silencio reinante en aquellas horas de la madrugada.

Después de desayunar salimos al patio, hacia las caballerizas, sin embargo, a pesar de encontrarnos en el mes de mayo una densa niebla nos envolvía haciendo desaparecer todo lo que nos rodeaba, situación que dificultaría nuestro camino diario hacia la cueva. En un repentino cambio de rumbo Sam giró sobre sus pasos para dirigirse de vuelta a la casa.

—Con esta niebla tardaremos más, es mejor que esperemos. Puede resultar peligroso.

Tenía razón, en aquellas condiciones era más seguro salir con la luz de la mañana. Entramos en el salón para encender la chimenea y acomodarnos en los divanes. No pude evitar perderme en el crepitar del fuego, cayendo en una apacible ensoñación. Cuando abrí los ojos no sabía cuánto tiempo había transcurrido, sin embargo la luz de la mañana ya se colaba tímida por las ventanas del salón. Samuel se afanaba por terminar lo que supuse que sería su último dibujo publicitario. Carboncillo en mano y perdido en su tarea, no se dio cuenta que me levantaba de mi asiento para acudir a su lado y descubrir la lámina en la que estaba trabajando.

Si algo me había sorprendido del joven era su creciente pasión por el

dibujo y los grabados, pero, sobre todo, lo bien que los llevaba a cabo. Pensé que muchas de esas obras, quedarían en la historia como vestigios de un tiempo pasado.

Mi sorpresa fue mayúscula al ver mi propio retrato en su cuaderno. El joven también pareció sobresaltado al darse cuenta de que había conseguido ver aquello en lo que tanto se afanaba. Quizás por mi inesperada presencia o por la propia vergüenza de quien hace un retrato sin permiso, la acostumbrada palidez del chico se transformó en un intenso rubor en sus mejillas.

Al verme representada con tanta dedicación sentí una inmensa gratitud. No me importaba que el dibujo hubiera sido fruto de miradas furtivas mientras dormía en el amanecer de aquella mañana. Sin pensarlo y conmovida por su acción, ante su timidez, le planté un sonoro beso en la mejilla.

Si bien nuestra relación había comenzado en circunstancias poco alegres, más bien de sufrimiento, poco a poco, se iba transformando en una amistad llena de afecto.

—¡Dibujas tan bien! —le dije por enésima vez— ¡Me encanta!

Volví a observar mi cara reflejada en el dibujo a la perfección. Si bien había utilizado un momento de mi sueño para captar los rasgos de mi rostro, en el retrato me encontraba despierta, con una expresión que me recordaba a una incipiente sonrisa. Me llamó la atención este gesto, supuse que característico en mí. Una extraña sensación de *déjà vu* se apoderó de mí durante unos segundos.

Al contemplar aquel retrato tan familiar y desconocido a la vez noté cómo una sensación extraña me envolvía, tal como lo hacía la misma niebla de la mañana. Habría jurado haberlo visto antes, pero eso era imposible, porque en el pasado que yo conocía, el mismo que me había contado la abuela Lucía, el joven primogénito ya había fallecido y no podría haber dibujado en ningún momento un retrato de una persona que nacería mucho tiempo después. Intenté convencerme de que se trataba más de una sensación que de un recuerdo.

—Te lo pensaba regalar por tu cumpleaños —dijo titubeando.

—¿Era una sorpresa? Lo siento, no sabía que...

—No pasa nada —me interrumpió—, así no tengo que esconderme para acabarlo, ¿posarás para mí después de la cena?

—¡Por supuesto!, pero, ¿cómo sabes que pronto será mi cumpleaños?

—pregunté extrañada.

Si de algo estaba segura era de no haber dicho nada de esa fecha, sin embargo en el siglo XIX parecía que, de algún modo, eran poseedores de cierta información en lo que a mi persona se refería, información que yo no había facilitado.

—¡Ah! El otro día la abuela estaba recogiendo manzanas para hacerte un pastel.

En se momento sentí que, a pesar de no ser mi mismo siglo, tenía una familia.

—Pero no se lo digas, es una sorpresa. —Me pidió mientras cerraba un ojo a modo de guiño.

—De acuerdo —dije desconcertada.

Ya había clareado y gran parte de la niebla se había esfumado con la noche. Aun tratándose de una hora más tarde de lo que acostumbrábamos, decidimos emprender nuestro caminos hacia la cueva. El suelo estaba resbaladizo, así que nos concentramos en guiar a los animales.

Cuando por fin llegamos a nuestro destino, las inmediaciones de la gruta estaban desiertas, escena muy diferente a lo que estábamos acostumbrados en nuestras visitas. Supusimos que los guerrilleros se encontrarían aseándose en el arroyo, porque las voces de los hombres y algún chapoteo se perdían entre los sonidos matinales de la naturaleza.

Me apeé del caballo para desenganchar los sacos con provisiones; teníamos prisa por emprender nuestro camino de regreso. En la espera me dejé llevar por la curiosidad y me interné en la cueva. Pude observar cómo improvisados camastros de helecho y paja cubrían casi todo el suelo; las ascuas de lo que había sido una discreta lumbre aún humeaban en el interior de la gruta. Un sonido al comienzo de la misma me alarmó e hizo que me girara al instante; me tranquilizó ver la silueta de Samuel que se recortaba en la boca de la cueva. El chico también estaba internándose en el refugio pero con alguna que otra dificultad. Cuando iba a caballo casi nunca llevaba su muleta, y sin esta la marcha del muchacho era aún más precaria. Sin embargo supuse que, cansado de esperar, también había decidido apearse de su caballo. Sin pensarlo, retrocedí sobre mis pasos hasta salir a su encuentro, quizás me quisiera alertar de algo. Ya estaba muy cerca de él cuando pude ver su semblante contrariado.

—Es peligroso que te bajes del caballo antes de que lleguen los guerrilleros —me increpó.

—¡Tranquilo! no creo que ningún soldado francés consiga encontrar esta cueva —comenté intentando hacerle consciente de lo recóndito del lugar.

—¿Y si nos han seguido?, ¡yo no puedo protegerte! —Entonces miró su pierna incompleta que se escondía tras largos pantalones. —Si te pasara algo, yo...

Sus ojos se ensombrecieron y apartó su mirada de la mía en un intento por ocultar su rabia. Samuel me ganaba en esos momentos en los que daba rienda suelta a su emoción y se mostraba sincero con sus sentimientos, sin filtros, sin disimulos. En mi tiempo habría acallado su queja con un afectuoso abrazo, sin embargo en el siglo XIX todo debía ser más recatado y el gesto se limitaba a una simple caricia en su pelo para acabar rozando su mejilla, una mejilla siempre encontraba suave y cálida. A medida que la confianza se había apoderado de nuestra amistad repetía ese gesto muy a menudo. Era entonces cuando el tono subido de sus mejillas se hacía más explícito y se alejaba de mi lado con cualquier pretexto.

Aquella vez fue diferente a las anteriores situaciones en las que, quizás, reprimía algún impulso más primario que el mero desconcierto. No en vano pude notar cómo sus ojos se clavaban en los míos atrapándome con su mirada. Sin reaccionar, dejé que su mano apresara mi muñeca con tanta fuerza como lo había hecho semanas antes en aquel sueño febril en el que buscaba a su madre, el sobresalto fue mayúsculo. Con un suave pero firme movimiento obligó a todo mi cuerpo a avanzar hacia donde estaba él. Durante unos instantes permanecemos muy cerca el uno del otro, sin tocarnos.

De pronto, nos percatamos de que una voz ajena se acercaba. En cuanto tuve ocasión me liberé de la mano de Samuel para centrar toda mi atención en quién hablaba. Era el jefe de la guerrilla Antonio Hernández, que mostraba su preocupación por nuestra tardanza.

—Creíamos que hoy ya no vendrías. ¿Qué os ha pasado?

—La niebla —respondió Samuel con brusquedad.

Sin tiempo para imaginar qué habría salido de aquel extraño encuentro de no haber aparecido el guerrillero realizamos el intercambio de los sacos.

En aquella mañana, en la que la niebla parecía haberlo cambiado todo, Antonio Hernández, en un gesto que interpreté como mera gratitud, apretó mi mano cuando ya estaba montada en mi caballo, y con palabras sinceras me dio las gracias por las provisiones diarias. Él era consciente de nuestra exposición en los, cada vez más, inseguros caminos. Yo le correspondí con una sonrisa y agradecí su protección. En ese intercambio de miradas y

palabras el caballo de Samuel comenzó a moverse nervioso.

Ya se había disipado la poca niebla que quedaba dispersa por el valle, aun así, el regreso fue silencioso, solo interrumpido por el enérgico trotar de los animales. Samuel siempre marcaba el paso y me dirigía con paciencia por senderos y caminos secundarios que pocos conocían, sin embargo en aquella ocasión espoleaba a su caballo con bastante más premura que otros días, sin apenas mirar hacia atrás ni prestarme ningún tipo de atención. A duras penas podía seguirlo. Supuse que su prisa debía a que íbamos con una hora de retraso en nuestro habitual recorrido y, sin darle mayor importancia, continúe en lo que era el camino de regreso. Apenas era un punto en la lejanía cuando, por fin, logré ver el gran edificio que se erguía entre los árboles. Tampoco esperó a que me apeara del caballo ni me ayudó a acomodar la pesada montura tal como solía hacer. Desapareció. Parecía habérselo tragado la niebla de la madrugada. No lo volví a ver en todo el día. No se presentó a la hora de la comida alegando que no se encontraba muy bien. Decidí que lo mejor era no preguntar, ni siquiera averiguar si su indisposición tenía que ver con el episodio de la cueva o si aquel hecho carecía de importancia.

Fue poco antes de la cena cuando me prometí que, si tampoco aparecía, yo misma averiguaría la causa de su trastorno. No hizo falta, Samuel se sentó a la mesa con nosotros y no encontré nada extraño en su comportamiento.

Esa misma noche, tal como le había prometido, posé para que pudiera acabar mi retrato, el mismo que había descubierto aquella mañana. Me sentí aliviada por no encontrar más que una sincera amistad al buscar en su mirada.

24. Los llantos de la esperanza

Trasmoz, 14 de junio de 1808

El 24 de mayo de 1808 se había levantado Zaragoza en armas. Napoleón, que consideraba el dominio de la ciudad básico en su estrategia camino hacia Madrid, planificaba tomarla no sin antes enviar un contingente armado desde Pamplona.

Esas mismas tropas que avanzaban hacia la ciudad de Zaragoza arrasaban todas las poblaciones que encontraban a su paso, dejando un sendero de muerte y destrucción.

Por aquellos días una de las mujeres del pueblo acudió al dispensario de la abuela Engracia con la disculpa de que le facilitara algún unguento para el dolor de espalda. Pronto descubrí que lo que en realidad deseaba era informarnos sobre los avances de las tropas de Napoleón, narrándonos con pelos y señales todo lo acontecido en una población cercana a Trasmoz: Gallur. La localidad en cuestión se encontraba de camino hacia la ciudad de Zaragoza. Para su desgracia, había sido el primer pueblo en recibir a las motivadas tropas de Napoleón después de ganar la Batalla de Mallén el día anterior, situación que pagó con la sangre de los paisanos y el saqueo de lo mucho o poco que tenían dejando la villa en la más absoluta desolación.

Cuando, junto con los soldados enemigos, el rugido de la batalla desapareció, los supervivientes del pueblo, sumidos en la soledad y el silencio de su propio duelo, comenzaron a oír cómo de las paredes de las casas de los difuntos surgían sollozos. Muchos pensaron que se trataba de lamentos de los propios muertos que tan solo hacía unas horas habían dejado este mundo; otros, más prácticos y no dados a la superchería, consideraron que eran aullidos de animales que se lamentaban de sus heridas, pero nada más lejos de la realidad, eran los hijos de los asesinados, bebés escondidos tras las paredes, testigos de toda la masacre que allí se había producido. Los

pequeños se habían convertido en los supervivientes de la batalla de la vida que habían comenzado sus progenitores, porque una vez acabada la masacre, con sus llantos de auxilio aseguraron su supervivencia.

Escuché atónita lo que aquella mujer contaba, aunque sin comprenderlo. Con mi mentalidad del siglo XXI y la impresión que me había producido aquel macabro relato, apenas me quedaban razones para pensar en cómo surgían de los mismos cimientos y paredes de las casas, como por arte de magia, los llantos de los bebés supervivientes.

—¿Pero cómo es posible? —pregunté atónita.

—Diana es forastera —me disculpó la abuela Engracia ante la mujer que me miraba con lógica desconfianza—. Los escondieron —dijo la abuela dirigiéndose a mí.

—¿Los escondieron? —pregunté sin entender—, ¿pero dónde?, ¿en la pared?

—Por su puesto, en alguna cavidad lo suficientemente grande que ya se había hecho con anterioridad.

La abuela prosiguió con su explicación ante mi semblante lleno de estupor.

—Todas las casas tienen sus secretos: falsas paredes en las que meter parte del grano sobrante, pequeños butrones donde guardar armas o algún tesoro familiar, estancias que se encuentran al resguardo de otras, bien ocultas...

Hacía días e incluso semanas que ya me encontraba inmersa en la guerra que tanto barruntábamos, pero no me percaté hasta aquel momento del verdadero significado de la supervivencia de un conflicto que llevaba al ser humano a resistir y sacrificarse por la causa hasta límites insospechados. En ese preciso instante sentí la contienda aún más cercana. El temor, la rabia y la impotencia se convirtieron, muy a mi pesar, en asiduos compañeros de mi particular viaje al siglo XIX.

Sin despedirme de la mujer ni dar mayores explicaciones a la abuela Engracia, me dejé llevar por la impaciencia y corrí hacia la pequeña estancia escondida debajo de la cocina. Allí la imprenta reproducía la información que considerábamos oportuna sobre aquella maldita guerra. Si bien ningún libro de historia se dignaba relatar aquella terrible crónica de supervivencia, nosotros sí nos haríamos cargo de ella en “La Filandera”.

25. Todo el tiempo del mundo

Trasmoz, 15 de junio de 1808

Los senderos que llevaban hacia la cueva de la guerrilla comenzaban a tornarse inseguros. No en vano ese mismo día, 15 de junio de 1808, comenzaría el primer sitio de la ciudad de Zaragoza.

Los soldados polacos, que combatían a las órdenes de Napoleón, solían avanzar en columnas, sin embargo, siempre había alguno que se separaba de su ejército para realizar improvisadas inspecciones.

Sam y yo, durante el trayecto a la cueva de los guerrilleros, ya habíamos tenido la ocasión de ver algún uniforme en la lejanía, y planteábamos otros métodos para hacer llegar las subsistencias necesarias al grupo de insurgentes.

Aquella mañana, en el camino de regreso de la cueva, Samuel, sin mediar palabra, hizo parar en seco a su caballo.

—¿Qué ocurre? —pregunté cautelosa.

—Bájate de tu montura y sube a la mía —ordenó el chico.

—¿Cómo? —pregunte incrédula.

—Haz lo que te digo —contestó en un susurro mientras mantenía la mirada perdida en un punto.

De pronto, me percaté de que algunos uniformes caminaban ajenos a nosotros por el sendero vecino.

Si montando y desmontando al caballo mostraba mi gran torpeza, en ese momento de incertidumbre y tensión me sorprendí a mí misma con una agilidad pasmosa. Me apeé en silencio y en un instante subí al caballo de Samuel y me acomodé tras él. El chico me agarró las manos e hizo que las entrelazara rodeando un punto indeterminado de su cuerpo entre su pecho y su cintura. Noté los fuertes latidos de su corazón mientras su respiración se agitaba por la tensión del momento.

Una vez afianzadas mis manos y apoyado mi cuerpo en su espalda, en

un ademán inesperado espoleó al caballo hasta casi hacerlo volar por el sendero. Ante la apresurada huida, entre galopada y galopada sentía cómo flotaba en el aire temiendo acabar resbalando de la montura. Sin embargo, el movimiento del animal impulsaba mi cuerpo hasta hacerlo caer de nuevo sobre el de Samuel, aferrándome a su espalda.

El corazón pareció detenerse en mi pecho cuando escuché varios fogonazos a mis espaldas. No me atreví a mirar, ni siquiera a sentir el vértigo de lo inesperado por miedo a que una de las balas nos alcanzara, no en vano Samuel se afanaba por llegar cuanto antes al resguardo de la casa consiguiendo despistar a los soldados.

Durante un tiempo indeterminado, mientras me aferraba al cuerpo del chico, solo advertí el trotar rítmico y atronador de los caballos.

Poco a poco comencé a notar cómo el animal aflojaba su paso, sin embargo, no me atrevía a abrir los ojos por miedo a lo que pudiera descubrir.

Por fin nos detuvimos, no obstante, permanecí aferrada a Samuel tal como lo había hecho en el apresurado viaje. Sentí cómo las manos del chico acariciaban las mías en un gesto tranquilizador, aunque sin ánimo de desprenderse de ellas.

—Ya pasó —susurró Samuel cuando nos encontrábamos en las caballerizas.

Yo apenas podía moverme. El entumecimiento producido por la tensión acumulada dio paso a una terrible flojera en todo mi cuerpo que impedía cualquier movimiento. Así permanecimos unos instantes en los que noté cómo el caballo que había galopado veloz en nuestro regreso comenzaba a impacientarse con la espera.

Sam en silencio se liberó de mis manos y en un rápido movimiento se apeó del caballo para cogerme en volandas y apoyarme en uno de los fardos de paja.

Entonces me aferré aún más a él comenzando a llorar en silencio al cobijo de su pecho. El chico me acariciaba suave el pelo y rodeaba mi cuerpo con sus manos. Samuel sabía que necesitaba reponerme de lo que acabábamos de vivir, de la tensión acumulada, de creerme morir, y yo sabía que él tenía todo el tiempo del mundo para mí.

26. El que observa y protege

Trasmoz, 16 de junio de 1808

Aquella noche nos quedamos la abuela y yo frente a la lumbre.

—Acércate al fuego, muchacha —ordenó la mujer—. Esta noche está más fresca.

Me acomodé en el diván más próximo a la lumbre mientras la abuela azuzaba el fuego. Escuché el crepitar de los troncos ardientes que parecían protestar mientras se consumían sin remedio.

—Hoy no nos acompaña Samuel —comentó Engracia con tono despreocupado.

—Sí, comentó que estaba cansado. Ha sido un día duro —dije mientras recordaba nuestra apresurada huída de la cueva de la guerrilla.

Después de un breve silencio la abuela volvió a interrumpir.

—Pronto será San Xuan ¿celebráis en vuestro tiempo esta festividad? —preguntó curiosa.

—¿San Juan?, ¡por supuesto! Nos reunimos en la noche del 23 al 24 de junio y encendemos hogueras.

—A mí es la celebración que más me gusta —comentó la abuela—. ¿También os *sanxuanáis*?

—¿Cómo? —pregunté si saber a qué se refería.

La abuela pareció leer mi pensamiento.

—Es un ritual para purificarse hasta el año siguiente, puede hacerse de varias maneras, por ejemplo: bebiendo agua de siete fuentes distintas, pero sin cruzar ningún río o barranco, por esta zona difícil —comentó pensativa—, otra posibilidad es revolcarse en el *aguarón*.

—¿*Aguarón*? —repetí sin comprender.

—El *aguarón* es el rocío de la mañana. Para purificarte con él has de darte prisa, las mañanas de San Xuan suelen ser cálidas y la humedad

desaparece pronto.

—¿Cómo lo haces tú, abuela? —pregunté curiosa.

—Yo me lavo con el agua sanxuanada. Es la que se deja toda la noche a la luz de la luna con alguna planta aromática para perfumarla. Sin embargo de joven acostumbraba purificarme en un lago cercano al pueblo.

—¡Buff, qué frío abuela!, ¡ese agua tiene que estar helada!

—Lo estaba —contestó con nostalgia—. Pero de joven parece que nunca se tiene suficiente frío. Además, me gustaba la sensación de secarme con el sol del comienzo del verano.

—¿Cuándo dejaste de hacerlo?

—Recuerdo muy bien ese año, tenía los dieciséis cumplidos.

La mirada de la abuela se perdió en otro tiempo, en otra vida

—La mañana anterior habíamos estado haciendo visitas a algunos de los vecinos del pueblo. Acudíamos en parejas. Una joven con una anciana, la más mayor era la experta, la que enseñaba los secretos de las plantas y cómo utilizarlas. —Los ojos de la abuela se llenaron de una extraña bruma que interpreté como añoranza.— En mi vida he conocido mujer más sabia que aquella a la que yo acompañaba, era una autentica debinadora, siempre servil y dispuesta a ayudar a los demás. Muchos decían que tenía la capacidad de predecir, tiempo después me confesó que no era así, su secreto era prestar atención todo lo que ocurría a su alrededor: interpretaba y aprendía. Ella decía que el devenir de las circunstancias se regía por ciertos patrones que muchas veces se repetían en el tiempo. De este modo, parecía adivinar lo que ocurría después. A estas alturas ya sabrás que el destino no existe —dijo mirándome con media sonrisa—. Pero la gente solo se fijaba en sus aciertos.

La abuela hizo una breve pausa antes de proseguir.

—Esa misma mañana debíamos acudir a la única casa del pueblo en la que no deseaba entrar ni por todo el oro del mundo.

—¿Cuál? —pregunté curiosa.

—Esta —señaló la abuela hacia abajo—. Esta misma en la que nos encontramos ahora.

—¿En serio? —pregunté mientras las dos reíamos al unísono.

—Siempre se ha dicho que esta mansión estaba maldita y antes del edificio se hablaba del enclave donde la construyeron: la roca de agua. No eran pocos los rumores que la relacionaban con pactos con el diablo y otras entidades. Yo no quería saber nada de aquello, siempre me inquietó. Muchos culpaban a los señores de la casa, que tiempo después se convertirían en mis

suegros. Les acusaban de haber mancillado un lugar sagrado desde tiempos inmemoriales. Al parecer, donde está ubicada la mansión se erguía una antigua edificación de grandes piedras.

—¿Un monumento megalítico? —pregunté curiosa.

—Si tú llamas así a los promontorios de piedra... —contestó la abuela pensativa—. Había rumores que aseguraban que se trataba de una señal que escondía un tesoro perdido de algún rey moro.

Noté como la abuela se inquietó por las palabras que acababa de pronunciar mientras se mordía levemente el labio inferior.

—No lo creo, abuela. Este tipo de construcciones son bastante más antiguas que el tesoro que comentas.

—Es cierto, puede que fuera una leyenda. Aun así, no me negarás que algo de extraño sí tiene esta casa —dijo con sorna.

—¡A mí me lo vas a decir! —Las dos reímos con ganas.

—Muchos sospechaban de que mi suegro pertenecía a una hermandad muy antigua, originaria de Francia, y razón no les faltaba.

—¿Era masón? —pregunté recordando las dos habitaciones con suelo ajedrezado que había cruzado en mi viaje en el tiempo.

—Por supuesto. De no haber sido así, este edificio no se hubiera construido jamás. Además, muchas personas importantes de la hermandad permanecían largas temporadas dentro de la casa.

—¿De esta? —pregunté asombrada mientras la abuela asentía—, ¿qué hacían?, ¿se quedaban a vivir? —volví a preguntar con curiosidad.

—Dudo que pudiera albergar a tanta gente durante meses. Jamás se veía a las personas por las inmediaciones, ni si quiera en la propia casa, al menos no en aquel tiempo.

La abuela me miró y continuó hablando, pero esta vez en susurros.

—Estoy segura de que utilizaban la sala del sótano como excusa para que sus invitados pudieran viajar a diferentes periodos del tiempo a través de los espejos, tal cómo tú hiciste.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Si bien jamás había visto a nadie ajeno a la casa, solo pensar que un grupo de desconocidos del siglo XVIII se encontraba recorriendo las entrañas del que consideraba mi hogar para perderse en cualquier tiempo, me inquietaba. De pronto, mi corazón pareció pararse cuando escuchamos el crujir de una de las tablas del suelo del pasillo.

—Tranquila, muchacha —dijo la abuela al notar mi respingo—. Es solo la madera que se está acomodando.

—Nunca he visto a nadie ajeno a la casa, ¿y tú, abuela? —pregunté ansiosa.

—¡Por supuesto que no! —negó la mujer con la cabeza—. Además, te estaba explicando cómo sanxuanarse, ¿no?

—¡Cierto! Aun así, me gustaría que me contaras cómo fue la primera vez que entraste en esta casa, ¿ya conocías a Jaime?, ¿a tu marido?

—No, no lo conocía. Quizás lo había visto un par de veces. Él permanecía muchas temporadas en la otra casa familiar, en Madrid. Solo acudía a Trasmoz en verano y apenas se dejaba ver por el pueblo.

—Entonces, cuando visitaste por primera vez esta casa, él no se encontraba aquí—comenté presuponiendo.

—¡Por supuesto que estaba! aun así, no me di cuenta hasta poco antes de marcharme. Había venido con mi mentora aprovechando que los señores se encontraban en uno de sus viajes. Nos dirigimos directamente a la cocina, allí nos esperaban todos los trabajadores de la casa. Pasamos largo rato aplicando ungüentos, curando heridas, dando consejos ¡incluso merendamos allí! Para agradecernos nuestra visita cocieron, hasta derretirse, una extraña piedra casi tan negra como el carbón. Decían que la habían enviado desde Nueva España.

—¿Una piedra que se come?, ¿qué era en realidad? —pregunté extrañada.

—Chocolate —dijo con una sonrisa de placer que evocaba el agradable sabor de aquel exótico manjar—. Aún es difícil conseguirlo, desde que mis suegros murieron ya no lo he vuelto a saborear.

—En mi época es muy común. De haberlo sabido, te habría traído unas cuantas tabletas —contenté mientras las dos reíamos.

Después de un breve lapso de tiempo la abuela prosiguió con su historia.

—Durante todo el tiempo que permanecí en la casa me sorprendió una extraña calma. Me sentía observada pero también protegida y en paz.

—¿Observada?, ¿por quién?

—En aquel momento no me percaté de quién se trataba. Sin embargo, podía notar cómo alguien me contemplaba desde algún lugar que no conseguía encontrar; más que una certeza era una sensación. Pocos instantes antes de irme pude averiguar quién me miraba: era el joven Jaime, el hijo de los señores y mi futuro marido. Había permanecido durante toda la visita apartado en la penumbra de una de las esquinas de la cocina. Cuando por fin

cruzamos nuestra miradas, yo tampoco pude apartar mis ojos de los suyos. Así permanecemos durante varios segundos que se me hicieron una eternidad. Mi maestra se percató de todo, no en vano son las mujeres más mayores — continuó la abuela su historia mientras me miraba con dulzura—, quizás por todo lo que han vivido, las que adivinan los pensamientos de las otras, las jóvenes e inexpertas, las que apenas comienzan a comprender los misterios de su existencia. Mi maestra sabía que, tarde o temprano, Jaime y yo volveríamos a unir nuestras miradas en un encuentro buscado. No en vano ella me informó que se trataba del hijo de los señores, que muy pronto el chico saldría a mi encuentro.

La abuela hizo una breve pausa para acomodarse en su asiento antes de proseguir.

—El día siguiente era San Xuán y, como suele ocurrir, esa mañana pude ver la rueda de Santa Catalina dar vueltas alrededor del sol. Decidí salir en busca de algunas plantas que mi mentora me había mando recoger: la ruda, la hierbabuena, el romero, la mejorana, el tomillo... Este día es propicio para hacer enramadas y colgarlas de las ventanas, de este modo nos protegemos de los malos espíritus durante todo el año.

—Sí, las he visto pender del enrejado —afirmé recordando los pequeños ramilletes.

—¡Ah! Tampoco nos debemos olvidar de recoger las siete hojas de laurel que, bendecidas al fuego, se ponen debajo del colchón de los recién casados —prosiguió la abuela—. De este modo se asegura el amor, procurando hijos y..., todo lo que tenga que ver con eso. —La abuela, para mi sorpresa, se ruborizó al decir las últimas palabras. Supuse que se refería a la impotencia que podrían sufrir algunos hombres en sus relaciones sexuales.

—Una vez recogidas las plantas me acerqué al lago donde me *sanxuanaba* todos los años. Durante toda la mañana me había sentido observada, aunque no inquieta. Sin embargo, la sensación era muy parecida a la del día anterior en esta casa. Miré con detenimiento todo lo que me rodeaba asegurándome que nadie observaba. Debía quitarme toda la ropa para entrar en el lago, y no deseaba que nadie me viera desnuda. Solo cuando me aseguré de que estaba sola, comencé a sanxuanarme. Ya me había bañado en aquel lugar en muchas ocasiones y, a pesar de haber escuchado historias sobre cómo algunas corrientes subterráneas habían arrastrado a personas al interior del lago, nunca me había dejado intimidar por el temor de que a mí me ocurriera lo mismo. Sumergí todo mi cuerpo hasta la cabeza

como siempre lo había hecho. Sin embargo, en aquella ocasión, en el momento que quise volver a la superficie, una fuerza me empujaba hacia el interior. En mi vida he sentido tanto miedo, creí que me iba con la corriente para no volver a aparecer jamás, pero en el preciso instante en el que mi cuerpo luchaba por volver a la superficie sin conseguirlo, unas manos agarraron mi cintura para despegarme de lo que me arrastraba. Lo siguiente que noté fue como alguien soplabá en el interior de mi garganta, para meter aire mientras me presionaba varias veces aquí. —La abuela señaló un hueco al final de sus cotillas.

—Es una maniobra para reanimar a las personas que han estado a punto de ahogarse. No sabía que ya se utilizara en el siglo XVIII —comenté pensativa mientras dudaba de si ese conocimiento de algún modo también hubiera viajado en el tiempo.

—Desde luego funcionó, pues cuando desperté, descubrí la misma mirada del muchacho que me había observado desde la penumbra el día anterior. Era Jaime, el hijo de los señores de la casa maldita. Me había seguido aquella mañana y las circunstancias hicieron que me salvara de una muerte segura. —Los ojos de Engracia se volvieron aún más brillantes ante el reflejo chispeante del hogar—. Nunca podré agradeceréelo lo suficiente.

Después de unos instantes en los que la mujer tragó su propio llanto, prosiguió con la historia.

—A pesar de que el sol ya calentaba con fuerza, los dos temblábamos de frío. Yo estaba empapada y desnuda. Sin embargo en ningún momento sentí temor ni vergüenza, no podía quitarme de la cabeza que él me había salvado la vida, me había salvado de una terrible muerte arrastrada por las aguas que se cuelan en la roca. Él se despojó de su ropa y se tumbó junto a mí, agarró una de mis manos y así permanecimos durante toda la mañana. Cuando los dos estábamos secos, nos vestimos y regresamos al pueblo. No me volvió a ver sin ropa hasta la noche de bodas, tampoco intercambiamos ni una sola palabra hasta días después cuando nos hicimos novios.

—¿No os dijisteis nada durante todo ese tiempo? —pregunté sin creer.

—¿Para qué, muchacha?, ¡no hacía falta! —dijo la abuela encogiéndose de hombros.

—Desde entonces tengo la certeza de que él continúa observándome. Sin duda, es la misma sensación que tuve por primera vez en esta misma casa, la misma que sentí durante el tiempo que fuimos novios y también en mi matrimonio. Siempre estaba allí, contemplándome desde la distancia y en

silencio. Estoy segura de que continua haciéndolo, siempre ha tenido mucha habilidad para no ser visto, ¿sabes? —dijo la abuela haciendo que mi inquietud aumentara por momentos.

Otro tablón pareció moverse en los confines del corredor y otro respingo acompañó mi estremecimiento.

—Tranquila, Diana —dijo la abuela mientras intentaba calmarme—. No es él. A mi marido Jaime jamás se le escucha.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo como una caricia espectral.

—¿No te inquieta sentirte observada? —pregunté prediciendo su respuesta.

—¡Claro que no!, ¡al contrario! me gusta, me hace sentir más cerca de él. Saber que sigue a mi lado, cuidándome como aquella mañana de San Xuan, como toda nuestra vida, me tranquiliza. Además, me extraña que tú me hagas esa pregunta.

—¿Por qué, abuela?

—Porque tú también tienes a alguien que te observa y te protege desde la distancia...

—¿A mí?, ¿quién? —pregunté alarmada.

La abuela no contestó, se limitó a sonreír.

27. Diana y Samuel

Samuel conocía a Diana desde su más tierna infancia, esa etapa en la que es difícil diferenciar los sueños de la realidad. Sin embargo, desde que la muchacha había aparecido en su espacio-tiempo las pesadillas recurrentes del chico se habían esfumado. Aun así podía recodar con claridad los sueños en los que Diana le abandonaba, podía evocar como acariciaba su cabello y una de sus mejillas para despedirse y colarse por un espejo imposible, perdiéndola para siempre. Samuel intentaba ir tras ella sin embargo, el cristal se interponía entre los dos tiempos impidiendo su paso.

En su adolescencia comenzó a buscar ese mismo rostro en todas las mujeres que deseaba, sin encontrarlo. Entonces Diana también pasó a formar parte de sus sueños más escondidos, los que no se cuentan a nadie por ser demasiado íntimos para ser compartidos. Pero allí estaba ella, tan bella, tan irreal como una diosa, con sus bucles castaños cayendo por su espalda, dedicándole su mirada en la intimidad de su mente, en lo más recóndito de sus deseos, allí estaba ella, dominándolo todo.

Poco a poco se fue convenciendo de que en realidad, muy a su pesar, jamás la conocería, porque Diana no existía, al menos no en su tiempo, y la sentía como un espejismo que al unísono le hacía gozar y sufrir. Tenía la absoluta certeza de que jamás la tocaría, de que nunca sería suya, aunque él mismo ya fuera de ella desde hacía mucho tiempo, quizás desde siempre.

Fue en Madrid, mientras estaba estudiando en la Facultad de Derecho, cuando se internó en los vertiginosos caminos del sexo comprobando que, a pesar de todo, podía disfrutar del cuerpo de una mujer, aunque a veces su mirada se perdiera en la penumbra para imaginar que se encontraba muchacha de sus sueños y no la otra, la de carne y hueso.

El día en el que perdió su pierna se sintió a la vez el hombre más desgraciado y más afortunado del mundo. Por fin pudo comprobar que, si esa mujer si existía, la tenía delante de él. Tanto tiempo la había deseado, la había soñado e incluso odiado, que reencontrase con ella en su realidad le había

llevado a una conmoción que se sumaba al shock inicial de perder la pierna y creerse morir. Pero resulta que aquella muchacha estaba allí, que todo había merecido la pena por pasar con ella unos instantes, aunque fueran los peores de su vida, los últimos antes de morir de fiebre o desangrado.

Siempre había pensado que, a pesar de su fortaleza y de los cuidados de la abuela, si no hubiera sido por Diana, jamás habría conseguido sobrevivir a su infortunio. Pero Samuel revivía cada vez que ella lo tocaba, cada vez que apartaba el pelo de su frente, cada vez que cambiaba los paños cálidos sobre su cuerpo. Sentía cómo lo cuidaba y le tendía sus brazos para que pudiera agarrarse a ellos en la inmensidad del dolor de una pierna que se desgarraba. Se sentía perder en esa amalgama de sentimientos, en la inmensidad del dolor, pero también en la de su propia excitación.

Los días que siguieron al primer encuentro entre Samuel y Diana fueron extraños y cargados de interrogantes para el chico. Por un lado, deseaba estar a su lado, observarla y conversar con ella, ganarse su simpatía y ¡quién sabe si algo más! Sin embargo, por otro lado, le hacía recordar y revivir aquel sentimiento de pérdida, temiendo que el sueño recurrente tarde o temprano se materializaría en una vivencia real. No en vano cada instante que la observaba, más seguro estaba de que Diana, sin duda alguna, era la mujer con la que había soñado toda su vida. Sin embargo, las circunstancias de vivir en una misma casa, por muy grande que esta fuera, siempre daba lugar a encuentros casuales o buscados. No en vano el joven consiguió salvar los recelos del recuerdo sus pesadillas para lograr acercarse a la muchacha, aunque fuera de un modo torpe y sutil. Si bien no era lo que Samuel buscaba en aquella pariente lejana de otro tiempo, poco a poco, surgió cierta simpatía para transformarse en una amistad llena de complicidad y cariño.

El chico era consciente de que lo único que conseguiría de la joven, al menos por el momento, era su amistad, y buscaba con ansia la compañía de la muchacha con cualquier pretexto. Poco a poco estar junto a Diana se había convertido en una necesidad tanto, como lo era el respirar, y se angustiaba cada vez que recordaba sus pesadillas, Samuel tenía la certeza de que ella, tarde o temprano, marcharía al lugar de donde había venido para dejar un simple recuerdo en una época que no era la suya.



Samuel era nueve años menor que yo, lo podía advertir en muchos aspectos, aun así, su inteligencia y madurez poco se podían comparar con las

de los chicos de veinte años de mi época.

En el siglo XIX los acontecimientos vitales se sucedían con más rapidez: lo normal era casarse muy joven, la mayoría de las parejas tenían hijos de inmediato, y en numerosas ocasiones las muertes eran prematuras. Quizás esta situación fuera lo natural, lo que siempre había ocurrido en la historia de la humanidad. También las consecuencias de las decisiones eran más atroces; sin ir mas lejos, Samuel había quedado lisiado para siempre por apoyar ciertas ideas políticas, incluso arriesgando su vida en la lucha. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención del muchacho era su entereza ante la valiosa perdida de una pierna. Admiraba sus deseos de seguir en la contienda, aunque fuera a través de la gaceta y los grabados. Sin duda era un chico fuerte e inteligente y eso era lo que más me gustaba de él. Tenía la certeza de que cuando volviera a la soledad de mi época le echaría mucho de menos, había cogido cariño a aquel muchacho al que ya consideraba casi como mi hermano pequeño; me gustaba su carácter leal y sincero. También disfrutaba con sus conversaciones nunca banales e incluso de sus silencios, porque no nos hacía falta llenar ningún vacío con palabras huecas cuando estábamos juntos. Yo sabía que él sentía lo mismo por mí, que a él también le agradaba mi compañía, suponía que me echaría en falta cuando acabara mi tiempo en esta época.

Pero cuando me ganaba era en aquellos momentos en los que dejaba ver sus sentimientos más puros y sinceros. Entonces, en un gesto que se me hacía difícil reprimir, acariciaba con cariño su cabello y su mejilla, esa que se sonrosaba con tanta facilidad. El rubor, que reflejaba la inseguridad tan propia de la juventud, era lo que me gustaba y a la vez me enternecía. Entonces él siempre escapaba a mi mirada avergonzado por la propia situación, la misma que imponía la época que nos marcaba y evitaba un contacto físico en forma de abrazo fraternal que yo tanto deseaba.

Solo en una ocasión pude albergar alguna duda sobre si el origen de sus deseos hacia mí iba más allá de la amistad, fue aquel día extraño, en la cueva de los guerrilleros, en el que la niebla pareció confundirlo todo. Por suerte, horas más tarde a la luz del fuego de la noche pude comprobar con alivio que todo volvía a la normalidad y que la amistad era lo único que nos uniría.



Diana solía acariciar con cariño la mejilla de Samuel, que siempre se sonrojaba por el efecto que ella provocaba en él. Esa misma caricia tan

familiar era la que el chico había vivido muchas veces en sus sueños antes de convertirse en pesadillas. El roce sutil y despreocupado por parte de Diana era lo que le hacía estremecer y esconder sus más primarios impulsos, esos que pugnaban por salir, el anhelo de tenerla en sus brazos dando rienda suelta a la pasión que le quemaba por dentro. Entonces escapaba a la mirada afectuosa de Diana para huir de su propia urgencia que cada vez se apoderaba más de él, que le costaba controlar sobremanera transformándose en un incómodo disimulo. Sin embargo, a Samuel le llegó el día en que la fuerza de la pasión, reprimida durante tanto tiempo, consiguió emerger de la forma más torpe una extraña mañana en la que la niebla parecía confundirlo todo. Cuando se percató de la expresión de la muchacha, comprobó lo que tanto temía, a pesar del cariño que el muchacho despertaba en ella, Diana no le correspondía del mismo modo, descubriendo en su rostro sensación de alivio cuando la muchacha consiguió zafarse de la mano de Samuel.

Días antes habían pasado juntos la tarde a los pies del castillo, ella le había dejado apoyar su cabeza en su regazo y le había acariciado su cabello hasta hacerle sentir que tocaba el mismo cielo. Sin embargo, se trataba de una vana esperanza que él mismo se había forjado, porque aquella misma tarde, momentos antes, también había visto los ojos tristes de la muchacha al recordar al que hasta hacía tan solo unos meses había sido su compañero de vida, al que ya no estaba pero que aún amaba. Se había percatado de la nostalgia de su ausencia, sintiendo exasperación por no ser él al que añorase Diana, y a la vez envidia por aquel que no existía pero que sin remedio ocupaba el corazón de la chica sin ceder sitio a nadie más; intuía que a pesar de su ausencia aún amaba a Daniel.

La abuela Engracia, que parecía saberlo todo, volvió a llenar el corazón del chico de una esperanza renovada. Las palabras sabias de la mujer en forma de consejos, dieron pistas a Samuel de cómo debía tratar a Diana si algún día quería que la muchacha le mirase con otros ojos, para transformar la amistad que tenían en algo más profundo que les uniera de por vida. De este modo decidió que volvería a comportarse con el disimulo disfrazado de amistad al que el chico ya se había acostumbrado, dejando los deseos para la intimidad de su habitación en las largas noches de ausencia, confiando en que las pesadillas con las que había comenzado todo, jamás se materializaría en la temida ausencia.

28. La promesa

Trasmoz, 20 de junio de 1808

Habíamos sacado con éxito y no sin esfuerzo el primer número de la gaceta dedicando un artículo a lo sucedido en Madrid el 2 de mayo, en el resto del boletín narrábamos las numerosas insurrecciones que se estaban produciendo en diferentes ciudades españolas.

Si bien los soldados de Napoleón se repartían por toda la comarca, ya había comenzado el Primer Sitio de Zaragoza; habíamos decidido que la ciudad maña sería la gran protagonista del segundo número de La Filandera, y con ella sus contendientes, aquellos que con navaja y trabuco en mano lucharían sin descanso, los verdaderos protagonistas de la historia, entre los que no solo había hombres, también mujeres e incluso niños con edad suficiente como para disparar, se defenderían con uñas y dientes. Según el libro de historia y lo que podía recordar sobre este Primer Sitio, los zaragozanos, contra todo pronóstico, saldrían airoso creando la leyenda que estaba a punto de comenzar.

Aun así, teníamos la extraña sensación de augurar cuál sería el final de una historia que apenas había comenzado: vivir con la certeza de que poco podíamos hacer por cambiar los tristes acontecimientos del Segundo Sitio de Zaragoza y su posterior capitulación.

Otra cuestión que se nos planteaba era cómo distribuir la gaceta y los grabados de Samuel. Habíamos convenido con los guerrilleros que ellos se encargarían de repartirlos por las diferentes poblaciones para conseguir más adeptos a la causa, pero era necesario modificar la estrategia de entrega al grupo de rebeldes. Hacía tan solo unos días de nuestro infortunado encuentro con los soldados de las tropas de Napoleón. Era obvio que la inseguridad por los senderos colindantes iba en aumento, no podíamos seguir exponiéndonos en nuestro camino diario a la cueva.

Samuel, en su empeño de seguir apoyando la causa, propuso cavar una

fosa en uno de los terrenos, propiedad de la familia. La cavidad en el interior la tierra serviría de escondite para lo que queríamos hacer llegar a la camarilla de insurgentes, provisiones para el creciente grupo, así como la entrega nuestra gaceta y los grabados publicitarios de Sam. Por su puesto, camuflaríamos el escondite con maleza y hojas para que solo los hombres de la guerrilla pudieran encontrarlo.

A Jaime le pareció muy buena idea el plan de Samuel y accedió a condición de ser él mismo, en la soledad de la noche, el cavaría la zarja y la proveería con lo que queríamos hacer llegar a los guerrilleros.

Samuel, que deseaba acompañarlo, interpretó la decisión de su progenitor como un ataque personal respecto a su valía, acusando a su padre de no confiar en él por la falta de su pierna, lo que llevó a una airada discusión que Jaime zanjó con un sonoro golpe en la mesa imponiendo su decisión frente a la de su vástago. De este modo comenzó una contienda silenciosa en la que durante días padre e hijo ni siquiera se dirigieron las miradas, haciendo más tensa la vivencia de la guerra que padecíamos.

Pocos días después la situación se había enquistado de tal modo que casi nos habíamos acostumbrado a los tensos silencios durante las comidas familiares. En una ocasión la abuela me sugirió que fuera a hablar con el chico aprovechando la soledad de este en el jardín. Aún no había anochecido del todo, pero poco faltaba para que los primeros luceros hicieran su aparición. Sam se encontraba sentado con el mismo gesto serio que había adoptado en los últimos días desde que tuvo lugar la discusión con su progenitor. Era consciente de que no le apetecía hablar conmigo, él suponía que intentaría hacerle entrar en razón en su terquedad, y razón no le faltaba. En silencio me senté a su lado, él me miró de soslayo, su atención se centraba en terminar la matriz para otro de sus grabados.

Después de unos instantes en los que había pensado qué rumbo tomaría nuestra conversación, en un intento de que no acabase en otra discusión, quise buscar algún modo de tranquilizarle, no en vano la tensión acumulada era lo que le hacía saltar al chico como un resorte a la mínima.

Recordé la tarde que pasamos juntos al pie del castillo de Trasmoz y cómo su semblante se relajó mientras acariciaba su cabello en mi regazo. Aquel día me percaté de cómo la presión que siempre dominaba su entrecejo se aflojaba hasta casi desaparecer, nunca le había vuelto a ver así. Ese recuerdo fue el que me animó a comenzar a acariciarle; quizás con más sosiego consiguiera hacerle recapacitar respecto a su terquedad.

Noté cómo el chico se estremecía con mi contacto, en cuestión de segundos y sin insistir demasiado, mi regazo acogía su cabello durante un largo rato. Pronto me percaté de su respiración pausada, sabía que ese era el momento.

—Sam —le susurré asegurándome de que el chico entre caricia y caricia no se hubiese quedado dormido.

Me contestó con un leve sonido que me confirmó que estaba despierto.

—Creo que, por su egoísmo, tu padre no quiere que lleves las provisiones para la guerrilla.

El chico movió su cabeza sorprendido por mi revelación, sin embargo no dijo nada dejándome continuar.

—No creas que lo hace para protegerte o porque no te considere capaz a causa de la amputación de tu pierna, lo hace por él, porque no soportaría perderte. Si algo malo te ocurriera, se sentiría tan culpable que preferiría morir.

El chico pareció no reaccionar, pero sabía que me había escuchado y que meditaba mis palabras.

—A decir verdad —proseguí—, yo tampoco lo soportaría, no soportaría que te ocurriera algo Sam, no soportaría una muerte más en mi vida...

Sorprendida por mi propia confesión, notaba cómo se me quebraba la voz intentando reprimir en vano las lágrimas que pugnaban por salir.

Sam, que me escuchaba con atención, se percató de mi llanto reprimido y, liberándose de mi regazo, me cubrió las húmedas mejillas con sus manos.

—Diana —susurró dulcemente—, no llores. Aunque fuera yo el que llevara las provisiones de la guerrilla, estoy seguro de que no me ocurriría nada malo.

—¡Sam, solo estamos a salvo en la casa y dentro de unos meses quizás ni eso!, ¡por supuesto que te pueden suceder muchas cosas malas!, en cierto modo ya te han acontecido. En mi tiempo, por estas fechas, ¡estás muerto! —le confesé entre sollozos.

El chico pareció estremecerse y le abracé con fuerza mientras recordaba a todas las personas ausentes que la muerte me había arrebatado dejándome sola. Necesitaba sentir sus brazos fuertes rodeándome, necesitaba sentirle vivo a mi lado, escuchar sus latidos, su respiración, y me aferré a él con todas mis fuerzas.

—Prométeme una cosa. —Le pedí desde el cobijo de su pecho.

Él asintió en silencio.

—Prométeme que nunca vas a exponer tu vida sin necesidad, Sam.
¡Prométemelo, por favor!

Sam claudicó ante mi súplica estrechándome entre sus brazos con más fuerza aún.

—Te lo prometo, Diana —obedeció mientras me daba un beso en la frente.

29. Zaragoza

Trasmoz, 22 de junio de 1808

Zaragoza era una próspera ciudad de relativa importancia, compuesta por cincuenta y cinco mil habitantes, entre los que se encontraba una minoría francesa a la que habían pertenecido los padres de Jaime, razón por la cual fue señalado como afrancesado.

Durante las semanas de 1808 que llevaba en el Trasmoz, apenas había salido del jardín que rodeaba la casa, tan solo para llevar comida y provisiones a la guerrilla que ocupaba una cueva cercana. Por tanto, la Zaragoza del siglo XXI que conocía poco o nada tenía que ver con la de esta época, mas pequeña de lo que era en mi tiempo y conformada por calles intrincadas.

En el correo semanal que Jaime y el padre Basile Spotorno, buen amigo de Palafox, se intercambiaban, el propio general había confesado que Zaragoza, a diferencia de otras poblaciones amuralladas como Gerona, contaba con la desventaja de una difícil defensa. La ciudad estaba rodeada por tres lomas, ventaja evidente para las tropas invasoras, y estaba dotada de ocho puertas por las cuales se podía acceder a la ciudad. Por ello, días antes de sublevarse contra Francia, tal como tenían pensado soldados y pobladores, se afanaban por interponer obstáculos que impidieran una invasión masiva en la ciudad.

Desde la insurrección de mayo de 1808, la capital de Aragón estaba dominada por los nacionales y era prioridad de Napoleón recuperarla, ya que constituía el camino obligado desde Francia a Madrid y por tanto una de las líneas estratégicas para el completo dominio de España. Aun así, el emperador había considerado mandar las tropas auxiliares, se trataba de soldados polacos, confiando en que la ciudad sería tomada en tan solo unas horas. Nada más lejos de la realidad, la lucha iba a ser encarnizada, y los zaragozanos, empeñados en su propósito de no ser invadidos por ningún

pueblo ajeno, no se iban a rendir con facilidad.

El 26 de mayo, Tío Jorge, uno de los líderes surgidos del pueblo, fue en busca de Palafox. El militar estaba recluido en las inmediaciones de Zaragoza después de acompañar a Fernando VII en su desastroso viaje a Bayona, no en vano por aquellas fechas El Deseado se encontraba en Francia preso por Napoleón.

La idea del cabecilla Jorge Ibor y Casamayor, verdadero nombre del carismático Tío Jorge, era que el propio Palafox encabezara la sublevación en la ciudad de Zaragoza. El libro de historia mencionaba este pasaje en un breve párrafo, de este modo pudimos comprobar que los acontecimientos descritos encajaban a la perfección con todo lo que se estaba desarrollando.

En los años anteriores, cuando España se encontraba en guerra con Inglaterra, Godoy había dejado a Zaragoza desprovista de tropas regulares para reforzar otros puntos, así que Palafox, consciente de lo limitado de sus recursos y de una ciudad complicada de defender por su fisionomía, y con el fin de protegerla, tomo la decisión de reclutar una pequeña fuerza militar integrada por artesanos, propietarios rurales y obreros de los alrededores de la ciudad. La triste realidad es que, no tratándose de militares profesionales, carecían de cualquier tipo de disciplina táctica a la hora de enfrentarse a las tropas francesas. El 15 de junio había comenzado la guerra en la ciudad. Tan solo dos días antes, Palafox, con su improvisado ejército, había salido al encuentro de la columna francesa en Épila antes de intentar una defensa en la propia ciudad. Pero cuando volvió el ejército de Palafox a la ciudad, los zaragozanos ya sabían que no les quedaba otro remedio que combatir o huir. Fueron muchos los se quedaron para defenderla comenzando ese mismo día a construir la leyenda.

Para proteger la ciudad colocaron cañones en las puertas de acceso y abrieron troneras en lo muros. Palafox sabía que los franceses se encaminaban hacía Zaragoza y fue en busca de refuerzos. Los franceses ya habían llegado el día anterior a las inmediaciones de la ciudad y acamparon junto a sus puertas. Según el libro de historia serían unos tres mil quinientos soldados de infantería, mil de caballería y unos cuantos cañones. La infantería francesa trató de tomar las murallas en tres ocasiones, a las que le hicieron frente causando grandes bajas.

La lucha más encarnizada se vivió en las puertas del Carmen y del Portillo, que resistieron a la entrada de los invasores, no así la de Santa Engracia. Pero los desdichados soldados que lograron entrar no durarían

mucho tiempo en el interior de las improvisadas murallas, porque pronto se verían rodeados y atacados por los moradores de la ciudad; desde los tejados y los balcones, recibirían una lluvia de disparos y piedras, viéndose acorralados en la Plaza del Portillo por una multitud de hombres y mujeres del pueblo, que les increparían atacándolos con cuchillos, palos, bayonetas y todo lo que tuvieran a mano.

Si alguna ventaja tenían los zaragozanos es que las tropas invasoras en realidad eran militares polacos con una escasa preparación. ejército que, por otro lado, había subestimado la cabezonería aragonesa, suponiendo que tomarían la ciudad en unas horas, pero nada más lejos de la realidad.

Según decían, Palafox, a pesar de haber sido miembro de la guardia real, no tenía mucha experiencia en el campo de batalla, ya que en lo que más destacaba era en la política, como la historia demostraría en los meses posteriores en los que conseguiría reclutar ejércitos profesionales para defender la ciudad de Zaragoza. En esta ocasión había conseguido traer refuerzos de las tropas catalanas para la defensa de la ciudad, pero no serían las únicas, ese mismo mes llegarían cañones de Lleida y soldados de Barcelona y de Madrid.

Sabían que Napoleón estaba furioso con todo lo sucedido y, en su particular guerra de prensa, dio orden de que no se escribiera nada de lo ocurrido para no alentar la resistencia del resto de las ciudades. Sin embargo, allí estábamos nosotros y un montón de gacetas surgidas durante la contienda, cuyo propósito era el de poner voz a todo lo que acontecía.

30. ¿QUIÉN ES DamiÁN?

Trasmoz, 25 de junio de 1808

Aquella mañana encontré a la abuela Engracia más animada que de costumbre.

—¡Ha llegado una carta de Damián! —anunció la mujer—, parece que de momento los franceses respetan el monasterio.

—¿Qué monasterio? —pregunté confusa intentando recordar, ya que aquel nombre se me hacía especialmente familiar

—¿Cuál va a ser, muchacha?, el de aquí al lado, ¡el de Veruela!

—¿Lo respetan o lo ignoran? —preguntó Jaime con sarcasmo ante el comentario de Engracia.

—Supongo que lo ignoran —admitió la abuela con preocupación.

—Tenga seguro que no por mucho tiempo, madre —sentenció Jaime en tono realista.

Todos sabíamos que razón no le faltaba. No era ningún secreto el desprecio que el gobierno francés experimentaba por todo lo que oliera a iglesia. El mismo José Bonaparte bien se ganaría el apodo de Pepe Plazuelas, por dedicarse a derribar conventos y transformarlos en plazas.

—Muchacha —dijo la abuela dirigiéndose a mí—, ¿en tu tiempo se sabe qué ocurrió con la orden del monasterio?

—Desconozco lo que le espera a los clérigos del Monasterio de Veruela en esta época de la historia, abuela. Pero sin duda, durante la guerra muchos religiosos tendrán que exiliarse.

La expresión de la mujer se transformó en preocupación mientras yo me empeñaba en recordar por qué el nombre del amigo mencionado por Engracia me era tan familiar.

—Abuela —dije sacándola de sus pensamientos—, ¿quién es Damián?, ¿es un clérigo?

—Sí, el padre Damián, pertenece a La Orden del Císter del Monasterio

de Veruela, pero sobre todo es un buen amigo de mi infancia.

De pronto rememoré aquel sueño en el que la abuela Lucía rescataba a Pedrito del triste final de la familia, ese destino que ya jamás se materializaría. Recordé cómo la voz de Engracia, al otro lado del espejo, clamaba por el cuidado del pequeño y solicitaba la búsqueda al padre Damián. Me pregunté si se trataría de la misma persona y, en caso de ser así, qué papel había tenido el religioso en la historia de mis antepasados.

Esperé a estar a solas con la mujer para que pudiera aclararme con más libertad quién era en realidad ese misterioso amigo de su infancia, al fin y al cabo la última vez que escuché su nombre había sido en un sueño que había tenido lugar en la sala de los espejos. Estaba segura de que algo tenía que ver con los viajes en el tiempo.

—Abuela, ese hombre —comencé dudando de cómo se desarrollaría la conversación.

—¿Quién, muchacha?, ¿Damián?

—Sí, el padre Damián —quise aclarar para asegurarnos de que hablábamos de la misma persona—. Dices que es un amigo de tu infancia.

—Sí, es como un hermano, nos criamos juntos. Después de comprometerme con Jaime, su familia lo internó en el monasterio de Veruela, años más tarde se ordenó definitivamente como sacerdote. Él ha sido de gran ayuda para todos nosotros en momentos de apuro, ¿sabes? ¡Debemos mucho a ese hombre! También se ocupó del bienestar de Samuel durante los años que estuvo estudiando en el seminario de Pamplona; encargó su educación a un amigo suyo, profesor del mismo seminario.

—Entiendo —admití cautelosa analizando hasta qué punto podía llegar la amistad de Engracia con aquel religioso del monasterio cercano.

—Abuela, ¿conoce el secreto de esta casa? —pregunté sin rodeos.

—¿Te refieres a los espejos del tiempo?, ¡por supuesto! es mi confesor —afirmó con naturalidad.

Di un largo suspiro para liberar tensiones.

—¿Ha atravesado alguna vez los espejos?, me refiero a si ha viajado a otro tiempo.

Sabía que entraba en un terreno delicado y temí que la mujer se negara a revelarme más información. Ante mi sorpresa me respondió sin vacilar.

—Sí —afirmó rotunda—, los ha atravesado varias veces. Lo hizo para salvarnos, en ocasiones una sola persona no es suficiente para cambiar los acontecimientos.

—Por supuesto —dije dando otro largo suspiro.

Me preocupaba pensar que personas ajenas a mi familia hubieran atravesado la sala de los espejos, y el padre Damián, por muy amigo íntimo que fuera de la abuela, no me inquietaba menos. A decir verdad, me incomodaba no poder saber más sobre aquel hombre; por alguna razón intuía que mi desasosiego iba más allá del descubrimiento de un nuevo viajero en el tiempo, tenía la sensación de que Damián conocía mi existencia y mi secreto.

—No te inquietes, muchacha —dijo la abuela percatándose de mi preocupación—, es de confianza.

—Eso espero —dije sin disimular mi desazón—, pero dime, abuela, ¿qué relación tienes ahora con él?

—De amistad, por supuesto —me aseguró la abuela algo incómoda ante mi pregunta.

—¿Siempre fue así o hubo algo más? —pregunté suspicaz ante la reacción defensiva de la mujer.

La abuela se revolvió inquieta ante las preguntas no esperadas, pero sobre todo ante mi insistencia por querer conocer más sobre aquella relación que, por algún motivo, se me hacía incómoda.

—Para mí siempre fue una relación de amistad.

—Pero para él no, ¿verdad? —pregunté alentándola a que continuase.

—No, para él no —respondió con pesar.

—Durante nuestra infancia éramos inseparables. Estábamos todo el día juntos, incluso bien entrada la juventud, cuando los muchachos y las muchachas ya no comparten los mismos intereses y se separan para más tarde unirse en noviazgos. Nos entendíamos tan bien que todo el mundo daba por hecho que Damián y yo nos acabaríamos casando, incluso él...

—Pero no fue así —la interrumpí.

—No, ya te conté que con dieciséis años conocí a Jaime, nos enamoramos y tan pronto como pudimos nos comprometimos.

El rostro de la mujer, lejos de alegrarse evocando acontecimientos de su vida, se ensombreció con lágrimas que secó de inmediato con una punta de su vestido.

—¿Qué ocurrió, abuela? —pregunté esperándome lo peor.

—El día después de mi compromiso con Jaime, yo estaba en la colina —dijo señalando con la cabeza en dirección del castillo que se levantaba imponente tras nuestra casa—, me encontraba recogiendo unas plantas, cuando de pronto, advertí la presencia de Damián que se me acercaba. Su

expresión era diferente, nunca le había visto de ese modo; se podía adivinar el odio y la rabia en su mirada. Me empujó hasta apoyarme en el tronco de uno de los árboles y comenzó a recoger mi vestido, él quería... quería...

La abuela bajó la mirada avergonzada.

—¿Te violó, abuela? —pregunté sin rodeos.

—¡No! —exclamó sorprendida— ¡No llegó a tanto!, quiso besarme, pero me aparté. Yo ya estaba comprometida con Jaime, y lo que Damián quería hacer no estaba bien. Al verse rechazado me arrastró al borde del precipicio.

Tragué saliva ante el relato de la mujer, al fin y al cabo, en la historia narrada por mi abuela Lucía, Engracia había fallecido despeñada por la misma colina.

—Amenazó con arrojarme si no anulaba mi compromiso con Jaime y me casaba con él. ¡Yo no podía hacer tal cosa! Reuní todo el valor que pude y me encaré a él, le reté a que me tirase al vacío. Por suerte, Damián se derrumbó, confesó que no podría vivir sin mí. Entonces él mismo intentó precipitarse colina abajo, yo le agarre con todas mis fuerzas y le convencí para que no lo hiciera, a punto estuvimos de caer los dos en varias ocasiones, y él acabó huyendo de mi lado. Aquella misma tarde su familia lo encontró retorciéndose como un gusano, colgado por una soga de la falsa de su casa. Al día siguiente sus padres decidieron internarlo como novicio en el monasterio, tenía dieciséis años. En mucho tiempo no supimos el uno del otro. Le guardé rencor durante una buena temporada por haber intentado matarme. Pero el amor que siempre sentí hacia él nunca dejó que lo odiase, y terminé perdonándole. Le perdoné mucho antes de poder hacérselo saber.

—¿Cómo retomasteis vuestra amistad?

La abuela, por fin, sonrió con alivio.

—Fue hace mucho tiempo, Jaime apenas era un niño. Un día alguien tocó la puerta, era Damián. Al ver su sonrisa libre de cualquier resentimiento, de cualquier odio, supe que era el mismo de siempre y podíamos volver a ser amigos.

—¿Cómo le contaste lo de los espejos?

—En aquel momento ya era sacerdote y pasó a ser mi confesor. Aunque aquello nada tuvo que ver con que entrara a formar parte de la iglesia. Yo le confío mis secretos por la amistad que siempre nos ha unido, nada tiene que ver su cargo eclesiástico. Siempre me he sentido comprendida por él, me alivia poder contarle cualquier cosa que me inquiete y tengo la absoluta

certeza de que puedo confiar en él.

—Entiendo, aunque después de lo que intentó, yo no sé si podría volver a confiar en él.

—¡Eso es agua pasada, pequeña!, ¿acaso nunca has perdonado a nadie? Cuando exculpas debes olvidar.

—Eso es muy noble por tu parte abuela, pero...

—Si no olvidas, por mucho que digas que perdonas, en realidad no estás liberando de la culpa. Es un engaño, una mentira que te cuentas a ti misma —dijo mientras me sonreía con dulzura—. Lo entiendes, ¿verdad? Además, él ha demostrado con creces que es merecedor de nuestra confianza. Nos ha ayudado en muchas ocasiones.

A pesar de las palabras tranquilizadoras de la abuela, saber más sobre aquel hombre no había apaciguado mi desconfianza, más bien todo lo contrario. Pensé en que quizás si lo conociera podría controlar un poco más una situación que ya de por sí se me revelaba inquietante.

—Me gustaría que me lo presentaras —comenté sin rodeos expresando mis deseos.

La abuela me miró dubitativa y una sombra de incertidumbre volvió a invadir su rostro, por unos instantes pensé que la mujer no deseaba que conociera a su amigo.

—Me temo que, de momento, es imposible. El monasterio está cerca, pero dadas las circunstancias es mejor que no nos arriesguemos a transitar por estos caminos llenos de gabachos.

—Por supuesto —asentí comprensiva.

La abuela había comentado la importancia que tuvo aquel hombre a la hora de salvarles, lo cual me sorprendió. Hasta aquel momento había supuesto que solo la abuela Lucía y yo habíamos intervenido en el cambio de los acontecimientos del destino de la familia, sin embargo cuanto más tiempo permanecía en el pasado, más consciente era de lo poco que sabía de toda aquella enmarañada historia, y me sentía como una figura de ajedrez a la que trasladan de un lugar a otro, dependiendo de la estrategia a seguir y ajena a su conocimiento. ¿Quién movía todas aquellas piezas?, ¿quién decidía los pasos que debíamos dar para que todo saliera según lo planificado? Deseé con todas mis fuerzas que no fuera aquel desconocido, que no fuera Damián el instigador de las jugadas maestras que cambiaría el pasado de mi familia para siempre.

Tenía la necesidad de conocer más, y era consciente de que muchas de

aquellas respuestas las guardaba Engracia, sin embargo, dudaba de si, aun deseándolo, la mujer podría confiarme todos aquellos entresijos que cada vez se me hacían más complejos. Miré a la mujer con curiosidad, ávida por preguntar, pero me percaté del rostro cansado de mi abuela y decidí liberarla de la presión de mi insistencia por averiguar, al menos por aquel día.

31. El lamento de la madrea

Trasmoz, 28 de junio de 1808

Habíamos pasado el solsticio de verano, sin embargo las noches continuaban siendo frescas, obligándonos en numerosas ocasiones a encender la chimenea si queríamos alargar la vigilia hasta bien entrada la noche. Observaba a mi abuela Engracia cómo accionaba el pedal bajo sus pies haciendo girar el torno en círculos hipnóticos, al mismo tiempo la mujer se concentraba en retorcer la lana a medida que esta se enrollaba en el uso. Parecía que sus manos tejían el mismo hilo de la vida, esa línea conductora que no cesa, la que nos arrastra en su camino hacia los acontecimientos que gobernarán nuestra existencia.

—¿Sabes que en cada rebaño siempre tiene que haber una oveja negra? —comentó aquella noche mientras centraba toda su atención en el hilo negro del animal.

—No, no lo sabía —respondí sincera.

—Todos los pastores te dirán que es para poder tener lana negra, pero esa no es la verdadera razón —comentó con media sonrisa.

—¿No? —pregunté curiosa.

—Es para proteger al rebaño —dijo en un susurro confidente—. La oveja negra es al rebaño como el cardo santo a la puerta de la casa; aleja los poderes de la oscuridad dando luz a la noche —dijo a modo de sentencia.

Fue cuando me percaté del cardo con forma de sol que siempre había presidido la puerta de la entrada. Recordé sorprendida que en mi tiempo también se encontraba fijado en la puerta de madera.

—Si no hay cardo santo en la entrada del lugar donde moras, pueden ocurrir cosas terribles —continuó la mujer.

—¡No será para tanto, abuela! —dijo Sam quitando importancia a las supersticiones de Engracia mientras se empeñaba en marcar la matriz de

madera.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó la mujer indignada —Como lo que le ocurrió a una pobre pastora de cabras no muy lejos de aquí.

—¿Qué le ocurrió?, ¿fue tan terrible? —pregunté curiosa.

—Lo fue —afirmó la abuela en tono confidente.

Después de una breve pausa, la mujer comenzó a narrarnos la curiosa historia de una muchacha pastora de cabras, que durante una noche de tormenta se resguardó en una cueva cercana. Allí la esperaba un macho cabrío, produciéndose una extraña unión de la cual surgió una criatura no menos inquietante, mitad hombre, mitad animal. La madre de la criatura murió al poco tiempo de dar a luz dejando solo en la cueva al niño que, como era mitad cabritillo, no tuvo ningún problema en sobrevivir.

A todo el mundo le inquietaba aquella singular criatura que, siendo como era, el vástago de un macho cabrío, fue considerado como el mismísimo demonio y nadie osaba tener el más mínimo contacto con él por temor a lo que les pudiera ocurrir. De este modo, en la soledad de la misma cueva donde fue engendrado, el niño se hizo hombre, y su cuerpo revestido de vello le dio el sobrenombre de *ome choto*, que significa hombre cubierto de pelo. La historia cuenta la aparición de una extraña mujer que parecía salida de otro tiempo, había acudido a un pueblo cercano a realizar unas curas, y al atardecer solía perderse en las entrañas del bosque buscando las plantas medicinales que necesitaba. El joven espiaba a la muchacha, al principio con curiosidad, pero tiempo más tarde se enamoró de ella. La mujer, sabiéndose observada por aquel extraño ser, lejos de huir o arrojarle piedras, que era lo que solían hacer el resto de los vecinos con el desdichado *ome choto*, aceptó a su nuevo amigo pasando largas jornadas con él. Sin embargo, la forastera tuvo que marcharse dejando a la joven criatura de nuevo en soledad.

—¡Qué historia tan triste! —comenté apesadumbrada —. Seguro que el *ome choto* era un buen chico que no se merecía vivir así.

—Nunca lo sabremos. Lo encontraron despeñado a los pocos días de la partida de la joven. Muchos dicen que enloqueció por un amor no correspondido y acabó quitándose la vida.

La abuela miró de reojo a Sam que, sin apartar su mirada del la matriz de madera, oprimía con fuerza el punzón mientras hacía mas pronunciado aún el surco tallado en esta.

—A pesar de su final, fue afortunado —continuó la abuela.

—¿Afortunado? —pregunté sorprendida mientras pensaba en la historia de aquel pobre chico marginado por su físico, seguramente fruto de alguna alteración genética, más que del cruce desafortunado de su madre con un macho cabrío.

—¡Por supuesto que lo fue! —insistió la abuela—, gracias a la forastera pudo sentir el amor verdadero, el que hace hervir la sangre hasta quemarte por dentro, el que mueve montañas, porque si no sientes, es como si ya estuvieras muerto.

La abuela quedó en silencio, la rueda dejó de girar y el único sonido que pudimos escuchar fue el lamento de la madera que era consumida por el fuego y la que Sam, ajeno a nuestras miradas, se afanaba por convertir en serrín.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó la abuela ante la creciente tensión del punzón en las manos del chico.

Sam levantó la vista y, en una sonrisa forzada, asintió con la cabeza.

—Me voy descansar —dijo instantes después mientras se levantaba con su acostumbrada dificultad por la falta de su pierna. —Buenas noches —se despidió en el umbral de la puerta.

Una vez desaparecido Samuel, los ojos de la abuela buscaron los míos y me sonrieron cómplices.

32. Cuerpo de Amazonas

Trasmoz, 20 de julio de 1808

En el libro de historia se plasmaban los acontecimientos del momento con la objetividad que dan dos siglos de diferencia. Apenas un párrafo, unos detalles de los hechos que marcarían de por vida a los que pudieran contarlo, no en vano durante la madrugada del 2 de julio de 1808 la infantería de Napoleón, en seis columnas, había lanzado un ataque masivo abriendo numerosas brechas en las improvisadas murallas, dando lugar a combates cuerpo a cuerpo.

En este asalto una joven catalana que acompañaba a su marido militar, Agustina Zaragoza Doménech, a la que más tarde se la conocería como Agustina de Aragón, pasó a la historia por protagonizar uno de los actos más recordados en esta guerra. Con apenas veintidós años se hizo cargo de un cañón en la Puerta del Portillo cuando todos los responsables de este se encontraban heridos o muertos y, con una descarga de metralla, consiguió detener la ofensiva francesa. Si bien la joven Agustina era la que pasaría a la historia, muchos combatientes darían su vida por la causa desde el anonimato realizando actos no menos heroicos que el de la famosa Agustina.

Una de las mañanas del mes de julio de 1808 escuchamos el trotar de unos caballos acercándose a la casa. Pronto descubrimos que se trataba de dos muchachas que habían salido de Zaragoza por la zona que no estaba sitiada y por la que, al parecer, seguían entrando víveres.

Según su propia información pertenecían a una organización especial compuesta solo por féminas que se hacía llamar Cuerpo de Amazonas, dirigida por la condesa de Bureta, que al parecer había dispuesto todos sus bienes y energía en la defensa de Zaragoza. La agrupación femenina no solo aprovisionaba de víveres y municiones a los combatientes, también colaboraba con sor María Ráfols y las religiosas de la Caridad de Santa Ana

en el Hospital de sangre de Nuestra Señora de la Gracia donde atendían a los heridos y enfermos. Por desgracia el hospital había sido destruido por una ofensiva francesa pocos días antes, llevándose por delante, además de numerosas vidas, las medicinas indispensables para tratar a los heridos, no en vano sor María había organizado a varias mujeres para que recorrieran las inmediaciones con la misión de aprovisionar al hospital. Sin duda, alguien les había informado de Engracia y su dispensario. Tiempo más tarde averigüé que aquella misma religiosa que las había enviado, sor María Ráfols, en su empeño y dedicación por los heridos, imploró socorro al mariscal francés Lannes en favor de los enfermos que se contaban a millares, consiguiendo que este les proporcionara agua y alimentos.

Por aquellos días sabíamos que no tardarían mucho en retirarse los franceses de la ciudad, dando por finalizado el Primer Sitio. Pronto decidirían evacuar a José Bonaparte de Madrid, ya que el ejército galo no pasaba por su mejor momento, sorprendido por la numerosas insurrecciones de ciudades españolas y por la derrota en la Batalla de Bailén, que había tenido lugar el 19 de julio de ese mismo año. Jaime, Samuel y yo preparamos aquella noticia tan favorable incluso días antes de que sucediera. Éramos conscientes que ese episodio histórico, en el que *La Grande Armée* por primera vez era derrotada, alentaba y favorecía nuestra lucha a través de la gaceta.

El mariscal Lannes se sentía en la obligación de conquistar Zaragoza, sin embargo temía quedar aislado a merced de los ejércitos patriotas. Por tanto, y a pesar de que los franceses lograrían penetrar en la ciudad, sabíamos que el 14 de agosto las tropas de Napoleón decidirían retirarse de Zaragoza, no sin antes volar el monasterio de Santa Engracia en su empeño por mermar los lugares que los zaragozanos pudieran emplear como fortines de guerra. No hacía falta leer ningún libro de historia futurista para saber que las tropas de Napoleón volverían mejor preparadas y con más refuerzos comenzando una tensa calma en la que ambos frentes habrían de planificar cómo sería el siguiente ataque.

33. Planificando otro viaje

Trasmoz, 22 de julio de 1808

Pocos días después de que las dos muchachas emisarias de sor María Ráfols llevaran una gran cantidad de medicinas para los enfermos, la abuela Engracia me propuso un plan, a priori inesperado, aunque no descabellado.

Deseaba realizar un viaje a mi época para aprovisionarnos de todo lo necesario. No solo se trataba de la supervivencia de nuestra familia, la abuela Engracia también tenía la intención de ayudar con medicinas y alimentos del siglo XXI a las personas que padecían la contienda.

Si bien me inquietaba saber lo que me iba a encontrar en mi época respecto a los cambios realizados en 1808, sabía que tarde o temprano debía regresar. Había dejado pendientes algunas cuestiones en mi tiempo, además, no era mi intención figurar como una desaparecida del siglo XXI ni preocupar a ningún amigo que quisiera contactar conmigo sin éxito.

La abuela Engracia me aclaró que se trataba de una propuesta de ayuda y que, por supuesto, era libre de regresar con ellos o de quedarme en mi tiempo, aunque ella y el resto de la familia preferían tenerme cerca.

—¿Cuándo crees que podríamos viajar a mi época, abuela? —pregunté impaciente.

—Los viajes a través de los espejos se realizan durante las noches de luna llena que, salvo excepciones, deben de coincidir con luna nueva de la época del tiempo al que deseas viajar. Según mis cálculos, el próximo 20 de septiembre, que es luna llena, debería coincidir con la primera noche de luna nueva desde que el 12 de julio saliste de 2018.

—¿Volveríamos a mi tiempo el 12 de julio de 2018?, ¿pero si la noche que atravesé el espejo era el 28 de junio!, ¿desde mi salida solo han pasado catorce días tras mi espejo? —pregunté aliviada.

—Así es —asintió la abuela— tras tu espejo el tiempo marcha más despacio que en esta época.

—¿Cómo? —pregunté incrédula.

—La posición en la que permanecen las palancas influye directamente en la cantidad del agua que discurre bajo cada espejo. A mayor cantidad de caudal, el tiempo se sucede más veloz respecto a lo que acontece tras otras puertas temporales en las que la cantidad de agua es menor.

La abuela Engracia esperó unos instantes antes de proseguir, sabía que necesitaba tiempo para asimilar toda la información que me estaba revelando.

—Son doce espejos —continuó su explicación mientras extendía un plano de la sala del tiempo.

Observé la obra con detenimiento: doce rectángulos numerados se ordenaban como las horas de un reloj formando un círculo perfecto.

—Este es nuestro espejo —dijo señalando el número II—. Este otro, el tuyo.

Debajo de su dedo se podía leer con claridad el X.

—¿Por qué están ordenados así?, da la sensación de que tras el espejo XII se encuentra la época más adelantada de todas.

—Así es —asintió la abuela observando el plano—, fue tu abuela Lucía la que los numeró así.

—Creo que ella en algún momento de su vida viajó a través de los espejos —comenté divagando.

—Seguro que tuvo sus razones —dijo la abuela Engracia no querido desvelar más de lo necesario.

Las dos quedamos durante unos instantes pensativas observando el plano.

—¿Cuándo volveríamos o...volveríais? aún no estoy segura si regresaré con vosotros.

—Durante la siguiente noche de luna llena de tu tiempo: el 27 de julio, que deberá de coincidir con una noche de luna nueva de esta época.

—¿Qué fecha es esa, abuela?

—Es lo que debemos averiguar.

Sin mediar palabra descubrió la pequeña llave que siempre llevaba colgada de su cuello, se dirigió a uno de los armarios de su habitación y abrió la cerradura. Lo siguiente que pude ver fue a la mujer con un extraño aparato en sus manos.

—¿Qué es eso? —pregunté sorprendida.

—Ahora lo verás, muchacha. No tengas prisa. —dijo mientras posaba el artilugio en la mesa de su escritorio.

Extrajo del aparato doce círculos dorados y apartó dos de ellos. De algún modo sospeché que aquellos discos estuvieran relacionados con los doce espacios temporales que se escondían tras los espejos en lo más recóndito de la casa.

—Estos son los que nos interesan —dijo la mujer mientras los ajustaba en el aparato, de tal modo que quedaron enfrentados uno al otro

—Esta rueda pertenece a nuestro tiempo ¿ves estos símbolos? —preguntó la abuela señalando el disco II.

—¿Representan las noches en las que podemos viajar a otro tiempo? —pregunté suponiéndolo.

La abuela asintió con la cabeza.

—Pero aquí no hay fechas con las que guiarnos —comenté mientras observaba con detenimiento las ruedas engranadas—, solo los símbolos de las fases lunares.

—¡Claro que las hay!, no te quedes con la apariencia, muchacha, tienes que ver más allá —dijo la abuela alentándome a que me acercara al extraño aparato.

Ante mi sorpresa, descubrí que el artilugio tenía por ambos lados un pequeño espejo reflectante que la abuela deslizó hasta colocarlo en medio de los dos discos.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida—, ¡es una maravilla!

—Mira lo que se refleja en el espejo —ordenó la abuela.

—¿Son las fechas de nuestro tiempo? —pregunté mientras me percataba de las inscripciones numéricas que se podían observar en el espejo.

—Son las fechas que coinciden con las noches de luna llena. Mira ahora por el otro lado del espejo —dijo Engracia.

—Constituyen las fechas de las noches en las que hay luna nueva en mi tiempo.

—Así es —asintió la abuela.

—¿Cómo es posible que se refleje algo que no vemos?, no están inscritas —comenté palpando ambos lados del disco sin relieve alguno.

—Aunque tú no puedas percibirlo, de algún modo están ahí —dijo, mientras yo buscaba las inscripciones sin éxito.

—Me parece increíble que el espejo refleje unas inscripciones que no se pueden palpar

—Igual de increíble que viajaras doscientos diez años atrás a través de un espejo —comentó con media sonrisa.

Una vez ajustados los discos la mujer señaló las dos palancas que se encontraban en los extremos mientras me explicaba que simulaban las mismas que controlaban el caudal, las que dictaban a qué velocidad debía de transcurrir un tiempo respecto a los demás.

—Si todo sigue como la última vez, las palancas de ambos tiempos deberían estar en esta posición. ¡Vamos allá!

Engracia comenzó a mover una de las manivelas haciendo que los dos discos girasen. Como era de esperar, el disco II se movía mucho más deprisa que el X. De pronto, ante mi sorpresa y la satisfacción de Engracia, un pequeño haz de luz hizo su aparición. Cada disco reflejó en el espejo el resplandor de un código de números que pertenecían a una fecha: 20091808, correspondiente al disco II, y 12072018 al disco X.

—¡Tal como supuse! —celebró la mujer—, de este tiempo saldremos el 5 de septiembre de 1808 y llegaremos a tu época el 12 de julio de 1808.

—¡Qué ingenioso! —exclamé sin salir de mi asombro —, ¿y la vuelta?

Engracia, sin mediar palabra, intercambió los discos de lugar a la vez que invirtió su orientación enfrentando ahora la parte contraria de ambos respecto a la disposición anterior. De este modo, para el viaje de vuelta se tenían en cuenta las noches de luna llena del disco X y las de luna nueva del II. Volvió a manipular la posición de las palancas que controlaban la velocidad de los discos y otro haz de luz volvió a iluminar la estancia reflejando en el espejo la fecha de vuelta.

—Si salimos el 27 de julio de tu época, que es la siguiente luna llena a nuestra llegada, podríamos regresar el 14 de febrero de 1809.

—El Segundo Sitio de Zaragoza finaliza el 21 de febrero —informé a la abuela mientras esta permanecía pensativa.

—Está bien —dijo por fin—, será la fecha elegida.

—Si decidiera volver a vuestro tiempo en otra fecha diferente, ¿tendría alguna manera de averiguar la coincidencia de las fases lunares?

—Seguramente. ¿Sabes dónde se guarda este aparato en tu tiempo?, ¿lo has visto alguna vez?

Negué sincera con la cabeza.

—Hay otra opción —dijo sacando un papel amarillento del armario—. Esta es la que te interesa —comentó señalando una columna con varios códigos de números que yo supuse que se correspondían con las fechas—, es la que une ambos tiempos, el tuyo y el nuestro. Yo misma elaboré esta lista.

—¡Tienes la llave para viajar a todas la épocas de la casa! —dije con

asombro.

—La tengo —murmuró la abuela con sonrisa enigmática.

Mientras la mujer se disponía a guardar aquel extraño aparato, me fijé en la inscripción en su base de metal: praeterita, praesentia et futura, in uno loco.

No me atreví a preguntar si en algún momento habría utilizado aquella poderosa llave maestra y de dónde había salido aquel aparato. Intuía que había cuestiones de las que no podía informarme, y suponía que lo que me mostraba la abuela Engracia era la punta del iceberg de un enigma que aun se me hacía increíble. En numerosas ocasiones había intentado indagar más sobre el misterio de los espejos, sin embargo ante mis preguntas Engracia se limitaba a sonreír, expresión comparable a la cara de póquer que adoptaba mi abuela Lucía cuando se encontraba en alguna situación similar. Sin duda, era un modo de ocultar cierta información sin caer en el engaño.

Pensé en Dani, en mis padres y en mis tíos. Al fin y al cabo, si había salvado a mis antepasados del siglo XIX, quizás algunas de estas puertas podrían llevarme a evitar tantas muertes... La abuela pareció leer mi pensamiento mientras observaba con detenimiento el papel que desvelaban los posibles viajes intertemporales.

—Ahora mismo no hay ningún espejo que nos lleve al periodo en el que la familia de tu tiempo esté viva —comentó con pesar—. Aunque hay acontecimientos inevitables y quizás el sucedido con tu familia en el siglo XXI sea uno de ellos. En cualquier caso, tampoco podrías ir tú, tendrías que enviar a algún emisario para advertirles,

—¿Por qué no podría ir yo?

—Porque durante el periodo en el que tu familia existe, tú también estás con ellos, y los espejos solo permiten una versión de cada persona en cada tiempo.

—Sí, lo entiendo, tiene su lógica —afirmé pensativa.

—Hay algo más —comentó Engracia—, no podemos dejar a los chicos en este siglo.

—¡Claro que no!, ¡vendrán con nosotras! Además, prometí a Sam que me acompañaría si decidía regresar.

La abuela pareció sonreír para sus adentros.

—No me extraña, el chico no puede estar lejos de ti ni dos minutos —comentó despreocupada—, ¡cómo para hacerlo dos siglos!

—No es eso, abuela —negué incómoda ante su observación—. Quiere

que le consiga una pierna ortopédica.

—¿Cómo?, ¿una pierna nueva?, ¿se pueden reponer piernas de verdad en tu siglo?

—No, pero existen prótesis bastante más cómodas que el listón de madera que lleva.

—Me parece buena idea —comentó la abuela—, el pobre siempre acaba el día bastante dolorido por las heridas que le produce el roce de la madera en el muñón, por no hablar de la inflamación...

—¿En serio? no sabía que le doliera tanto.

—El chico es duro —comentó con sonrisa orgullosa—. Yo hago lo que puedo ¿sabes? Desde luego una prótesis del siglo XXI le vendría muy bien.

—¡La tendrá! —dije a la abuela con una sonrisa—, haré todo lo que pueda para conseguirla.

—¡No se hable más! Hay que planificarlo todo, sin embargo, de momento no digas nada a los chicos, yo me encargo.

—De acuerdo, pero..., ¿qué ocurre con Jaime?, ¿no vendrá con nosotros?

—¡Claro que no, muchacha!, él jamás abandonaría su siglo. Además, alguien tiene que cuidar la casa, recuerda que estamos en guerra. Aun así, me preocupa que se quede solo —comentó la abuela con gesto pesaroso—. Habrá que pactar algún modo de comunicarse con él.

—¿Comunicarse con él en diferente tiempo?, ¿cómo?

—Fácil —comentó la abuela con una sonrisa—, valiéndonos del mismo tiempo.

34. Jarek

Trasmoz, 30 de agosto de 1808

Las tropas de Napoleón se retiraron de Zaragoza la noche del 13 al 14 de agosto, por fin el Primer Sitio había finalizado, sin embargo una tensa calma se cernía sobre ambos frentes que se preparaban para lo que más tarde vendría. El Segundo Sitio de Zaragoza sería mucho más duro y aterrador para los aragoneses, y a pesar de que la ciudad se prepararía a conciencia para el combate, un triste final les aguardaría, al fin y al cabo Napoleón no era un hombre que aceptara las derrotas con facilidad; poderoso y orgulloso, mandaría a los mejores hombres para luchar contra los moradores de la ciudad. Por tanto, los últimos días de verano los vivíamos con angustiosa calma, porque todos sabíamos que la guerra aún estaba lejos de finalizar.

Palafox, en su intento de resistencia, encargaría la reconstrucción de la ciudad al aragonés Antonio Sangenís que, además de ser ingeniero también era militar, siendo su obra una de las razones de peso por las que la ciudad de Zaragoza aguantaría el que iba a ser su Segundo Sitio. Idearía todo un sistema de defensas para fortificar la ciudad, en las afueras talarían olivos centenarios para evitar que sirvieran de resguardo a las tropas enemigas y construiría el Reducto del Pilar. En definitiva, se trataba de hacer más defendible una ciudad que ya había conocido los rigores del combate.

Mientras tanto, en nuestra casa también se vivía una tensa calma. Si bien la retirada de las tropas de Napoleón había otorgado algo de tranquilidad en nuestro día a día, cada uno de nosotros aún teníamos que lidiar con nuestra particular contienda interna. Era Rosa a la que más extraña encontraba en las últimas semanas: sin apenas apetito, más callada y retraída que de costumbre, parecía solo vivir en su mundo. El tiempo que no tocaba el piano lo dedicaba a deambular por el jardín trasero de la casa u observarlo desde la ventana del salón. A pesar de ello, siempre nos reuníamos en la soledad del salón a la hora de la siesta. Ella, ávida de tocar su piano, y yo, de escuchar el sonido de

las teclas del instrumento en sus ágiles dedos.

—¡Tocas tan bien! —solía decir halagadora después de cada concierto

Entonces podía observar en su mirada la añoranza de la libertad que tanto faltaba a las mujeres de aquella época, el poder decidir qué querían hacer con sus vidas más allá de casarse y tener hijos.

—¿Nunca has pensado en dedicarte a ello profesionalmente?

—¿Cómo?, ¿a dar recitales de piano?

—Harías disfrutar a mucha gente —comenté alentadora.

—En Madrid tocaba para las personas importantes que venían a nuestra casa —dijo orgullosa

—Entonces ya tienes experiencia.

—Sí, sin embargo no creo que pueda dedicarme ello.

—¿Por qué no?, ¡te sobra talento!

—No es eso, Diana. Es que las mujeres, ya sabes... Mi padre quiere que me case, que tenga hijos...

—Pero él no puede decidir por ti, Rosa. ¡No tiene ningún derecho!

—¿Eso crees? —preguntó sorprendida.

—¡Por supuesto! —respondí indignada.

—Supongo que en tu época las cosas son diferentes —suspiró resignada con mirada melancólica.

—Supongo que sí —suspiré yo más resignada aún.

Me retiré dejando a Rosa con sus pensamientos y con la mirada perdida en una de las ventanas del salón que daba al jardín trasero, sabía que deseaba estar sola y que recapacitaba sobre nuestra conversación. Aproveché el silencio de la casa para ir a echarme una breve siesta.

Ya había conseguido conciliar el sueño cuando me despertaron unos golpes en la puerta de mi habitación. Era Rosa, que estaba fuera de sí, se encontraba tan nerviosa que apenas le salían las palabras.

—¿Qué ocurre? —pregunté sobresaltada.

—¡Lo tienes que ayudar, Diana! —dijo en un tono suplicante.

—¿Ayudar?, ¿a quién? —pregunté mientras me calzaba y me colocaba el corsé.

—¡A Jarek!, ¡está muy enfermo! —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Jarek?, ¿quién es Jarek? —pregunté intentando entender.

—¡Ven conmigo! —ordenó Rosa mientras me tiraba de un brazo.

Después de bajar las escaleras lo más rápido que pudimos, la muchacha me dirigió a la entrada trasera de la casa. En el jardín pude ver a un

muchacho con bastante mal aspecto, estaba sentado apoyando su espalda contra la fachada.

—Él es Jarek —dijo Rosa señalando al chico—, está muy enfermo, apenas se puede sostener.

Me acerqué al muchacho, no debía tener más de dieciséis ó diecisiete años. Le toqué la frente, ardía tal como lo hacía Sam la mañana de su llegada.

—¡Hay que llevarlo al dispensario y avisar a la abuela! —dije a Rosa mientras ayudaba al chico a levantarse.

Me quedé sin aliento al comprobar el atuendo de aquel joven febril. Si bien estaba desgastado y raído, aún se podía advertir que se trataba de un soldado polaco que combatía a favor de Francia.

—¡Rosa! —exclamé sorprendida—, ¡es un soldado polaco!

—Es un desertor —asintió la muchacha impasible—, necesita nuestra ayuda.

—Está bien —cedí comprendiendo el extraño comportamiento que había tenido Rosa durante últimas semanas—, pero nadie puede saber que ocultamos a un soldado polaco en el dispensario, ¿de acuerdo?

Miré a la muchacha con atención para comprobar que había entendido a la perfección mis órdenes. Rosa asintió con un gesto de cabeza.

Como era de esperar, a esas horas de la tarde el vestíbulo se encontraba desierto. Introducimos al chico en el dispensario lo más rápido que pudimos, asegurándonos de que nadie nos había visto. Acomodamos a Jarek en el pequeño camastro donde meses antes lo habíamos hecho con Sam.

—¡Esto es muy serio, Rosa! —dije a la muchacha mientras servía en un vaso agua con miel—. Se trata de un militar polaco que combate a favor de Francia. Si alguien supiera que le damos cobijo en nuestra casa, nos tacharía de afrancesados o de lo que es peor, ¡de traidores!

Rosa permanecía muy inmóvil, con la mirada perdida en su soldado.

—Dale de beber esto —ordené a la muchacha mientras le acercaba el recipiente—, es para que no le baje la tensión y se mantenga hidratado, tiene mucha temperatura.

Rosa cogió con delicadeza la cabeza del chico y acercó el vaso a sus labios, Jarek bebió el contenido con avidez.

—¿Desde cuándo lo conoces? —pregunté mientras miraba la escena.

—Desde hace unas semanas. Un día lo encontré hambriento al otro lado del muro del jardín trasero. Intentaba coger unas manzanas del árbol que está junto a la tapia. Estaba tan delgado que me dio lástima y, a pesar de su

uniforme, hasta el día de hoy le he dado comida para que pueda sobrevivir y alguna manta para la noche... —dijo Rosa mientras carraspeaba incómoda esperando mi aprobación ante su sorprendente comportamiento.

—Fue muy generoso por tu parte encargarte del chico, Rosa —dije alentadora—. Pero con él en casa corremos un gran riesgo.

Quedamos unos instantes calladas mientras observábamos al muchacho.

—En cualquier caso hay que avisar a la abuela.

Rosa asintió con un gesto.

—Quédate con él —le dije mientras le tocaba un hombro—, no dejes que nadie ajeno a la casa entre al dispensario, enseguida vuelvo.

Encontré a la abuela bajando las escaleras mientras se retocaba el moño que solía coronar parte de su cabeza. Al ver mi semblante preocupado intuyó que algo fuera de lo normal sucedía.

—¿Qué ocurre, muchacha? —se apresuró a preguntar.

—En el dispensario hay un muchacho enfermo, abuela —acerté a decir sin dar más explicaciones.

—¿Cómo no me has avisado antes?, ¿hace mucho que ha llegado?

—La verdad es que no.

La abuela, inquieta por ver quién la esperaba, recorrió los pocos metros que la separaban del dispensario.

—¡Rosita, hija! —exclamó sorprendida al ver a su nieta dentro del dispensario—, ¿qué haces aquí?

—El muchacho enfermo es un amigo de Rosa —me adelanté a informar a la abuela con ánimo de echar una mano a la muchacha.

—En ese caso...

Engracia clavó sus ojos en el muchacho, pronto se dio cuenta de que la gravedad de la situación iba más allá de la propia enfermedad del joven. Guardó silencio durante unos instantes para más tarde ordenar a Rosa que ayudara al chico a quitarse el uniforme. Sin mediar palabra, y ya con el pantalón y la casaquilla de paño azul en sus manos, arrojó las prendas al fuego. Las hebras de la tela ardieron al instante consumiéndose sin remedio para transformar los plateados botones del uniforme de la Legión Polaca del Vístula en pequeñas piedras de carbón incandescentes.

—¡Arreglado! —dijo mientras se sacudía con energía las manos—, si el chico quiere que le atienda, tendrá que ser sin uniforme.

Todos miramos la escena entre sorprendidos y aliviados.

Por fin, Engracia se acercó al joven examinándolo con detenimiento.

—Muchacho —dijo la abuela dirigiéndose a él—, ¿hablas mi idioma?

El chico buscó en Rosa la ayuda que necesitaba para comunicarse con Engracia.

—No habla casi castellano, abuela, si acaso un poco de italiano, porque antes de venir a España estuvo una temporada en Italia —informó Rosa—. Pero él y yo nos entendemos muy bien —dijo la joven clavando sus ojos en los que ya la observaban.

Engracia y yo nos miramos de soslayo.

—¿Cómo dices que se llama el chico? —preguntó la abuela a Rosa.

—Jarek.

—De acuerdo, pregunta a Jarek qué es lo que le ocurre.

Rosa se acercó al muchacho y fue señalando las diferentes partes de su cuerpo mientras pronunciaba alguna palabra en italiano o en castellano. Cuando su particular diálogo hubo acabado, Rosa trasladó a la abuela lo que había interpretado de las pocas explicaciones del chico.

—Le duele mucho la cabeza y el estómago, se encuentra mareado, tiene sarpullidos por el cuerpo, siente molestias en las extremidades... ¡Ah! y esta mañana ha vomitado.

Engracia y yo nos miramos atónitas, si bien habíamos presenciado la poca conversación, parecía que Rosa había entendido más de lo que nosotras pudiéramos adivinar nunca.

La abuela pareció vacilar durante unos instantes mientras pensaba en el posible diagnóstico.

—Es tifus —sentenció.

Permanecemos en silencio durante unos instantes recordando la causa de la muerte de Rosa en el pasado de mi época.

—¡No hay tiempo que perder! —dijo Engracia sacándonos de nuestro aturdimiento.

La abuela se acercó al muchacho inspeccionando su cabello.

—No parece que tenga piojos, pero toda precaución es poca, no quiero que os contagiéis, muchachas.

Rosa y yo nos miramos con preocupación.

—Hay que preparar al chico un buen baño con agua templada y vinagre, seguro que le ayuda a bajar la fiebre y a eliminar las posibles pulgas o los piojos. Hay que hervir todo lo que haya estado en contacto con el muchacho, incluida vuestra ropa, niñas. Vosotras también os tendréis que asear cuanto antes —dijo mirándonos a las dos.

Rosa y yo, sin reaccionar ante la nueva situación, permanecíamos impasibles.

—¡Vamos! —alentó la abuela a Rosa con una palmada en la espalda—. Ordena que traigan calderos de agua, pero que los dejen en el vestíbulo, no quiero que nadie entre en el dispensario. Luego, que preparen vuestras bañeras, os quiero cambiadas y bien limpias ¿de acuerdo?

Una vez aseadas, nos sentimos libres de los posibles parásitos que pudiera transmitirnos la enfermedad. Cuando volvimos al dispensario encontramos al muchacho recostado de nuevo en el camastro. Por suerte, el baño había conseguido bajar su temperatura corporal. Mientras, la abuela se encontraba en el otro extremo de la habitación haciendo acopio de varias botellitas.

—Necesitamos ropa para el chico —comentó en tono despreocupado—. Diana, ¿puedes pedírsela a Samuel? —consultó mientras organizaba los pequeños recipientes.

—¿Yo? —pregunté sorprendida.

—¡Por supuesto!, ¿quién sino? es a ti a la única que obedecerá —comentó distraída mientras observaba las botellitas.

—¿A mí?, ¡tú eres su abuela! —increpé con el ceño fruncido.

—Diana, escondemos en el dispensario a un soldado desertor, al que pretendemos curar de una enfermedad contagiosa; si Samuel se entera de esta situación por cualquiera de nosotros, ten por seguro que el muchacho estará fuera de casa antes de que acabe el día —dijo mirando al joven moribundo postrado en el camastro—. Tienes que ser tú la que le informe de todo y la que pida algo de ropa para el chico —dijo Engracia mirándome a los ojos—. Eres la única que consigue aplacar ese carácter de mil demonios que tiene—. Yo me encargaré de Jaime, él también debe tener conocimiento sobre la situación. Rosa —dijo mirando a la chica—, quédate con el muchacho, asegúrate de que no entre nadie al dispensario, pon el tranco a la puerta.

La abuela abrió uno de los armarios descubriendo varios cordeles

—Si necesitas algo, tiras de esta cuerda —dijo agarrando una de ellas.

Un sonido de campanilla se escuchó en el piso de arriba.

—Es la que se oye en mi habitación —explicó mientras volvía a cerrar la puerta—. Tú has traído a este joven a casa, es tu responsabilidad cuidarlo para que sane.

Rosa asintió satisfecha.

—¡El muchacho está desnudo, Diana! —dijo la abuela mirándome

impaciente.

—De acuerdo —cedí sin demasiadas ganas ante la petición de la abuela.

—Te será fácil convencerlo, ya verás —dijo con una sonrisa alentadora.

35. La confesión

Toqué impaciente en la puerta de la habitación de Sam, sabía que a esas horas aún estaría inmerso en su acostumbrada siesta.

—¡Samuel! —lo llamé en un susurro confiando en que mi voz sacara al chico de su sueño.

Se oyó un ruido seco en el interior y la puerta se abrió.

Sam, aún con la marca de las sabanas en la cara, me miraba con ojos somnolientos pero alertados.

—¿Pasa algo, Diana? —preguntó temeroso.

—Tengo que hablar contigo, es urgente. Se trata de algo que nadie debe conocer —susurré mientras miraba hacia los lados—. ¿Puedo pasar?

—¡Por supuesto! —contestó sorprendido.

La estancia olía a cerrado, a pesar de la penumbra de la habitación se podían vislumbrar las sábanas que se amontonaban encima de la cama en un bulto sin forma determinada. Sam se dispuso a abrir las contraventanas para dejar entrar algo de luz mientras le explicaba que se trataba de Rosa.

—¿Qué le pasa?, ¿está enferma? —preguntó preocupado.

—Ella no —me apresuré a contestar antes de que su inquietud se acrecentara—, pero sí un amigo suyo —continué—, se encuentra en el dispensario, Engracia lo está atendiendo.

—¡Ah! Seguramente la abuela se encargará de él, ¡no hay enfermo que se le resista! —dijo con media sonrisa.

—Samuel, lo que te voy a decir no te va a gustar nada.

—¿Por qué? —preguntó alarmado.

—El enfermo en cuestión —comencé como pude— es un soldado polaco desertor de las tropas de Napoleón.

—¿Cómo?! —exclamó en un grito enarcando las cejas.

—¡Calla!, ¡baja la voz!, ¡no nos puede escuchar nadie!, nadie debe de saberlo a excepción de nosotros.

—¡Por supuesto! voy a sacar a ese bastardo polaco ahora mismo de mi casa antes de que corramos más riesgos —dijo encaminándose hacia la

puerta.

—¡Tú no vas a hacer nada, Samuel! —me apresuré a decir mientras me interponía entre la puerta y el muchacho—. No vas a hacer nada más que callar y obedecer. La decisión ya está tomada, vamos a ayudar a ese chico polaco y punto.

—¿Pero en qué estáis pensando?, ¿estáis todos locos, o qué?, ¡no podemos acoger al enemigo en nuestra casa!

—¡No se trata de ningún enemigo, terco idiota! —dije con rabia contenida—. Además, no está herido, solo enfermo, ¿crees qué si hubiera supuesto alguna amenaza, Rosa le habría ayudado durante las últimas semanas?

—¿Me estas diciendo que mi hermana pequeña ha ayudado a un maldito polaco desertor? no me lo puedo creer... —dijo en un acto de consternación sujetándose la cabeza.

—Ella lo ha estado alimentado durante una temporada, también le ha dejado alguna manta para las noches, creo que siente algo mas que lástima más por él —comenté en tono pensativo.

—¡Cómo!

La consternación de Sam se transformó en incredulidad.

—Es un muchacho más o menos de su edad —comenté quitándole importancia—, además, llevan viéndose durante días. Ella lo ha salvado de morir de hambre, no me extrañaría que se hubieran enamorado, tampoco hay nada de malo en ello...

—¿Que no hay nada de malo? —preguntó Sam interrumpiéndome ofendido—, ¡todo es malo, Diana!, ¡todo! —dijo en un tono en el que le costaba controlar el volumen de su propia voz—. No puede hacer eso...

—¿Por qué no? —pregunté sin comprender—, ¿acaso podemos elegir a quién amamos?

—Escúchame, Diana. Si alguien del pueblo la ve retozando con ese maldito polaco y se corre la voz, Rosa será poco menos que una repudiada, nadie querrá casarse con ella. Y no quiero ni pensar si pierde su honor, ¿no te das cuenta de todo lo que está en juego?

—¿Honor? —pregunte incrédula—, ¿te refieres a esa fina membrana llamada himen?

Sam pareció no entender.

—La virginidad —intenté aclarar—, ¿te refieres a eso?

—¡Por supuesto que me refiero a eso!

Quedé por unos instantes callada. No daba crédito a lo que escuchaba.

—¡Malditos cerdos hipócritas!

Samuel me miró desconcertado.

—¡Sí!, ¡cerdos! —repetí para asegurarme de que lo había entendido—. Sois todos unos cerdos engreídos. Os vanagloriáis del honor de las mujeres de vuestra familia y sois vosotros los que os la sacáis a la mínima, plantándola en la primera vagina de cualquier infeliz que se os pone por el camino, ¡pero claro!, ¡sois hombres! —dije levantando los brazos para dar más ímpetu a mis palabras—. ¡Malditos seáis todos, porque todos sois iguales!

Sam pareció querer decir algo, pero proseguí con mi monólogo sin darle tiempo a meter baza; había tocado mi fibra sensible y ya nadie podría pararme.

—¿Qué me dices de ti, Samuel?, ¿a caso mantienes intacto tu “honor”?

—Es diferente —se disculpó—, soy un hombre y tengo mis necesidades...

—¡Ah!, ¡perdone su señoría!, ¡que es un hombre y tiene sus necesidades! ¿Acaso crees que tu hermana no las tiene? —Sam pareció sonrojarse con solo pensar en las posibles carencias de su hermana pequeña —, ¿o crees que es como un robot, que ni siente ni padece?

Volvió a mirarme extrañado, sin embargo, no dijo nada.

—Dime muchacho, ¿a qué pobre infeliz robaste su “honor”? —pregunté encarándome al chico con decisión.

—¡Yo no he robado el honor a nadie! —contestó ofendido.

—¡Ah!, pues en ese caso, déjame adivinar con quién has desfogado tu sed de hombre, o mejor dicho, a quién has utilizado, porque me apuesto lo que quieras a que, para dar rienda suelta a tus instintos, te has recorrido la mitad de los burdeles de Madrid.

Sam quedó callado con la cabeza baja y el rubor subido.

—¡Claro!, ¡el señor tiene sus necesidades y las tiene que saciar!, a pesar de llevarse por delante la dignidad de una mujer, aunque luego culpe a su hermana de robar el honor de la familia por haber ayudado a un pobre chico y haberse enamorado de él, ¡pero tú que vas a saber! —le dije con desprecio—. No tienes ni idea, Samuel, no tienes ni idea de lo que es estar enamorado y no poder estar con la persona a la que amas —dije con rabia mientras las lágrimas rodaban incontroladas por mis mejillas—. No lo puedes entender porque es evidente que nunca has amado a nadie.

En un momento en que le di la espalda para secarme las mejillas, Sam agarró mi muñeca para obligarme a mirarlo. La sostenía tal como había hecho por el dolor el primer día de su llegada. Pero en esta ocasión no estaba dispuesta a que me tocara, intenté zandar mi brazo con ánimo de liberarlo, sin embargo la mano de Sam no cedió.

—¡Escúchame tú ahora! —ordenó con rabia contenida—. La que no tienes ni idea de nada eres tú, Diana. ¿Quién te crees para juzgarme así?, ¿eh?, ¿qué sabes de mi vida? ¡Maldita seas! ¿Acaso conoces todo de mi pasado?, ¡sé lo que es el amor, Diana! Te crees que eres la única pero yo también sé lo que es sufrir por estar lejos de la persona a la que amas, añorándola cada instante de mi vida. —Sam hablaba con la furia de quién explota para destruir una coraza que ha elaborado durante mucho tiempo y, en un instante, quedar al descubierto.

Guardé silencio durante unos segundos, sin saber cómo responder a sus palabras, sin poder reprimir mi sorpresa al escuchar su inesperada confesión de que era un hombre enamorado. ¿Pero de quién? no daba crédito. A pesar de que yo le había confiado mi pasado, él jamás me había hablado de aquella misteriosa mujer a la que tanto amaba y añoraba. Me pareció extraño, casi irreal, pero a esas alturas creía conocer bien al chico y sabía que no me engañaba, que sus palabras eran sinceras. Entonces supuse que se trataría de algún amor perdido que quedó truncado en Madrid por su presurosa marcha.

Sam permaneció callado, mirándome con atención mientras mi muñeca seguía presa de él.

—¡Suéltame, idiota! —protesté mientras notaba cómo se me dormía parte de la mano.

Sam, por fin, se desprendió mi muñeca, sin embargo continuó con su discurso lleno de rabia. Aún no había acabado.

—Tú crees que lo sabes todo, ¿verdad?, ¡claro! vienes de tu puñetero siglo XXI, de ese futuro tan estupendo que tenéis, alardeando de las maravillas que habéis inventado, de todos esos artilugios, de ese Internet al que veneráis como a un dios y que parece tener respuestas para todo. En realidad ¿qué sabes de esta época, Diana? Lo que has estudiado en ese libro y poco más, porque casi no has salido de esta casa durante los últimos meses. No sabes cómo se comporta la gente ahí fuera, lo cruel que puede llegar a ser si no aceptas sus normas, cómo pueden aislarte y convertirte en poco más que un despojo. Estoy harto, ¡harto! de que vengas imponiendo tu modo de vida. Esto es 1808, a ver si te enteras de una vez, ¡y por si fuera poco, estamos en

guerra! Por lo que a mí respecta, puedes irte por el mismo espejo por el que llegaste con tus malditas ideas del siglo XXI a vivir en tu época, qué es donde te corresponde estar.

—¿Me estas echando de tu siglo, maldito ingrato? —me encaré con rabia—. Repítelo si eres tan hombre como dices y esta misma noche, que hay luna llena, regresaré por el mismo espejo por el que llegué. Pero escúchame —dije sujetando su barbilla de modo que no tuviera opción de escapar a mi mirada desafiante—, serás tú el que me acompañe al sótano, el que presencie cómo desaparezco por el espejo, porque lo último que quiero ver es tu cara antes de marchar de este maldito siglo, ¡para recordarme que no vuelva jamás!

Sam pareció palidecer por un momento, y la expresión de rabia que había dominado su rostro durante toda nuestra airada conversación, se fue transformando en una expresión más propia del nerviosismo provocada por un temor, y desvió su mirada cuando pudo.

Después de unos instantes en los que todo había cambiado, acarició mis mejillas, húmedas por las lágrimas, en un intento por secarlas, por borrar toda aquella nefasta conversación llena de reproches.

—No quiero que te vayas —dijo por fin con dulzura—. La verdad, es lo que menos deseo este mundo.

Agarró mi hombro y yo le correspondí con un abrazo, quedamos unidos por unos instantes en los que la tensión, que hacía tan solo un momento parecía estallar, se desvanecía poco a poco.

—Perdóname, Diana, tienes razón. Soy un idiota por haberte hablado así —dijo por fin cuando el abrazo hubo acabado.

—No, eres un terco idiota, lo que es aún peor —añadí mientras los dos reíamos.

—Tú tampoco te quedas atrás en lo de terca, debe ser cosa de familia ¿no? —comentó divertido.

—Eso parece —asentí entre risas.

—Yo también quiero disculparme contigo, Sam. No pretendía ofenderte. Es verdad, no sé muchas cosas de ti, y a veces presupongo demasiado. No tenía ni idea de que estuvieras enamorado. Lo siento, lo debes de estar pasando fatal lejos de ella...

Sam me miró con cara de circunstancias, sin saber qué decir.

—Sí...—afirmó aturdido.

—La dejaste en Madrid, ¿no es así? —pregunté volviendo a presuponer.

—Diana, si no te importa, preferiría no hablar de ello.

—¡Por supuesto! —asentí siendo yo ahora la ruborizada—, perdona, no quiero forzarte a que me cuentes nada que no desees, pero si algún día necesitas desahogarte, ya sabes, aquí me tienes —le dije mientras acariciaba su enmarañado pelo y rozaba su mejilla, ese gesto del que siempre huía apartándose ruborizado. Sin embargo, en aquella ocasión correspondió tomando mi mano y acariciándola mientras la apoyaba en su mejilla, luego la condujo a sus labios y dio un largo beso en la palma sin apartar sus ojos de los míos.

Ambos conmovidos por el efecto de nuestras propias miradas permanecimos inmóviles durante unos instantes.

Unos golpes en la puerta de la habitación nos sacaron de nuestro aturdimiento, era la abuela Engracia.

—Sam, hijo, ¿está Diana contigo?

—Sí, abuela —acertó a contestar el chico mientras soltaba mi mano.

La abuela quedó en silencio durante unos segundos que yo aproveché para intervenir.

—Ahora mismo voy con la ropa, abuela.

—De acuerdo, muchacha, te espero en el dispensario.

Volví a mirar a Samuel, pero esta vez tenía de nuevo el entrecejo fruncido. La tensión volvía a presidir su rostro.

—¿Qué ropa? —me preguntó contrariado.

—Es para el joven polaco, Sam. La abuela se ha deshecho de su uniforme. Necesitamos ropa tuya para el chico.

Sam dio media vuelta con desgana y abrió una de las puertas de su armario. Me sorprendió lo limpio y ordenado que lo tenía todo. Pronto seleccionó varias prendas disponiéndolas sobre la cama, unas encima de otras. Finalizada la torre de ropa, la cogí entre mis brazos. Un suave aroma a lavanda y al propio Samuel pareció invadirlo todo.

—Muchas gracias Sam, es muy generoso por tu parte que le dejes al chico algo de ropa. El pobre no tiene nada que ponerse.

—No lo hago por él —sentenció con semblante serio.

—Lo sé, aun así quiero agradecértelo —le dije saliendo de la habitación.

Después de la fuerte discusión que había mantenido con Sam, agradecí la tranquilidad que se respiraba en el dispensario. Rosa continuaba sentada a lado del camastro donde el joven polaco descansaba mientras la abuela

realizaba uno de sus preparados. Ambas se alegraron al verme entrar con los bultos de ropa en mis brazos.

—¡Lo sabía! —dijo la abuela mirándome triunfal—. Estaba segura que lo convencerías sin esfuerzo.

—¿Sin esfuerzo? —pregunté con sonrisa irónica mientras recordaba cómo Sam minutos antes me había echado de su tiempo—. ¡No te creas, abuela! —dije suspirando.

—Lo sé, lo sé... —afirmó Engracia en tono despreocupado—. Pero tú siempre consigues que entre en razón.

—¿Cómo está el enfermo? —pregunté intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—Descansando —respondió Rosa—. La fiebre le ha bajado un poco y está tranquilo.

Observé el semblante sereno del chico que, aún pálido, parecía tener mejor aspecto que a primera hora de la tarde.

—Padre dice que mientras esté enfermo se puede quedar, pero cuando se recupere...

Los ojos de Rosa se llenaron de lágrimas.

—¡No tiene a nadie!, ¡no tiene adónde ir! —continuó la chica—. Es como arrojarlo a la misma muerte.

—Seguro que hay algún modo de poderlo ayudar, aunque no se quede con nosotros —dije intentando tranquilizar a la joven.

36. "¡Recordad Zaragoza!"

Trasmoz, 14 de agosto de 1808

Rosa, en una de sus acostumbradas visitas al jardín de la casa, observó extrañada cómo se movían las ramas del manzano que se encontraban fuera de la tapia.

La muchacha, sin pensarlo, abrió la puerta del muro que separaba la protección del hogar del resto del mundo para descubrir a un muchacho más o menos de su edad, sucio, harapiento y hambriento. Al principio se sobresaltó al verlo vestido con el uniforme azul característico de la Legión del Vístula. Sabía que no eran pocos los polacos que se encontraban por aquellas fechas combatiendo en las inmediaciones de una Zaragoza sitiada y asediada. Sin embargo, pronto comprendió que el chico, lejos de querer hacerle ningún mal, luchaba por su propia supervivencia intentando alcanzar algún fruto que el árbol mostraba en lo alto. La muchacha adivinando el deseo del chico, recogió unas cuantas manzanas del otro lado de la tapia para ofrecérselas al joven que, con mirada de gratitud, comenzó a engullir los ansiados frutos. Alentada por la compasión que el chico suscitaba en ella, decidió conseguirle media hogaza de pan y un poco de agua fresca. Al chico se le volvió a encender la mirada acogiendo el manjar que la joven le entregaba, al fin y al cabo, estaba salvándole de morir de hambre.

Todas las tardes Rosa encontraba al chico apoyado en la pared del muro trasero del jardín. Le gustaba sentarse a su lado mientras observaba cómo el joven disfrutaba de su única comida en el día. Gracias a la compañía mutua de quienes, poco a poco, se van descubriendo, la comunicación entre ambos fue transformándose, de gestual y precaria, a rica y llena de matices. A pesar de no compartir el mismo idioma, la complicidad permitió que los jóvenes comenzaran a conocerse, desarrollando un lenguaje secreto en el que se decían más de lo que parecía.

El muchacho le contó su desdichada suerte y cómo la situación de su

Polonia natal lo había llevado a esa parte del mundo tan lejana y desconocida para él. Había pasando a formar parte de las tropas de Napoleón como chico tambor y acompañando a su hermano mayor que combatía como soldado. Por desgracia, su hermano había fallecido pocos días antes como resultado de alguna enfermedad febril desconocida para él. El joven polaco, sin comunicárselo al ejército al que pertenecía, había decidido desertar, huyendo en solitario a pesar de no tener dónde acudir.

No en vano los hechos con los que arrancaba la historia que marcaría la vida del chico, hacía mucho tiempo que se habían decidido, antes de que sus padres murieran y quedara al cuidado de su hermano mayor.

Catalina de Rusia, Francisco de Austria y Federico Guillermo de Prusia habían firmado en octubre de 1795 los tratados de San Petersburgo, forzando la abdicación de Estanislao II Poniatowski, último rey de Polonia. De este modo todo el país quedó repartido entre las tres potencias.

Aquél pueblo dividido vio en la Francia revolucionaria la posibilidad de encontrar un aliado que le permitiera librarse de su sometimiento. No fueron pocos los polacos que consideraron a Napoleón como el verdadero liberador de su país proyectando en él la esperanza de poder recuperar los territorios perdidos, y cuando la vanguardia del ejército francés entró en Varsovia comandada por Joaquín Murat, fueron aclamados por la población como auténticos libertadores y muchos jóvenes se pusieron a disposición del ejército francés. Jarek y su hermano mayor, huérfanos y sin muchas alternativas, se alistaron en la Legión del Vístula, el hermano mayor como soldado y Jarek, aún sin tener edad suficiente para combatir, como niño tambor.

El chico explicó a Rosa que tras una temporada en Italia comenzaron un largo viaje a pie hacia la península entrando por Roncesvalles el 28 de mayo de 1808, llegando a Pamplona el 3 de junio. Salieron hacia Zaragoza el 5 del mismo mes encabezando la columna francesa del castigo, destinada a ocupar dicha ciudad y, como su propio nombre indicaba, a castigar el levantamiento de Zaragoza. Esa misma columna había dejado un rastro de muerte en Tudela, Mallén y Alagón venciendo en sucesivas ocasiones a los aragoneses. Sin embargo, les había sido imposible derrotar a los zaragozanos que se encontraban sitiados en el interior de la ciudad. Entonces sus tropas se quedaron en las inmediaciones. Aquellos días fueron los más tristes en la vida del chico que, impotente, veía a su hermano enfermar para morir poco después. Tras despedirse para siempre de su única familia, el joven polaco

decidió desertar, quedado en la más absoluta soledad, con la única posesión de un uniforme que no le representaba.

Jarek informó a Rosa de que muchos soldados polacos dudaban si aquella lucha respondía a sus propios ideales. Habían venido a combatir por libertad de su país, sin embargo, en la contienda era a otro pueblo al que sometían, al que condenaban a la invasión de un extranjero, la misma razón que les había llevado a ser aliados de Francia y a luchar con ella y por ella. La incongruencia de tener que acabar con familias enteras que clamaban por su libertad hacía que la contienda se extendiera más allá del campo de batalla, lidiándose también en la conciencia de los jóvenes soldados polacos. Jarek aseguró que muchos soldados y seguidores de Napoleón, a pesar de no atreverse, deseaban desertar de aquella guerra que creían injusta y admiraban el valor que los combatientes maños habían demostrado en el Primer Sitio de Zaragoza. Esta nueva visión de las tropas enemigas, que a vista de los nacionales eran poco más que demonios sin conciencia, hizo que la muchacha comenzara a ver la contienda de un modo diferente, descubriendo que, aunque polaco, el chico tenía un gran corazón y una sólida conciencia que lo había obligado a desertar arriesgándose a morir de hambre.

No eran pocos los días en los que Rosa proveía al chico de alimento y abrigo, sin embargo Jarek buscaba algo más que su sustento en la muchacha; ansiaba su compañía. A Rosa parecía ocurrirle lo mismo, convirtiendo la cita diaria con el muchacho polaco en lo más esperado del día, sintiendo su añoranza cuando este no estaba y mostrándose inquieta por las noches, que era cuando el chico tenía que enfrentarse a los peligros en soledad. De haber sido por ella, lo hubiera protegido en su hogar sin esperar a que el muchacho enfermara. Pero la inesperada enfermedad de Jarek sirvió como excusa para tenerlo, por fin, cerca y seguro.

Trasmoz, 30 de agosto de 1808

La tarde en la que acogimos al chico en nuestro hogar, Rosa nos informó a Engracia y a mí sobre lo que sabía de Jarek, revelándonos que, si bien había servido en las tropas de Napoleón, su ambición nada tenía que ver con los intereses de Francia. La abuela se mostraba incrédula mientras escuchaba a su nieta, al fin y al cabo habíamos oído muchas maldades del ejército polaco.

—Es verdad, abuela —dí la razón a Rosa al ver la expresión dubitativa de Engracia—. Lo que cuenta Rosa es cierto. De hecho, en 2013 se hará un

homenaje a todos los soldados polacos que murieron en los Sitios de Zaragoza. Polonia guardará en su memoria histórica que los pobladores de Zaragoza lucharon con valentía por defender lo suyo. Los tomarán como ejemplo para conseguir la Polonia libre que desean tener.

Las dos mujeres me miraban atónitas. Por suerte, el chico polaco seguía dormido, sin enterarse de las revelaciones futuras de su propio pueblo.

—Durante la Segunda Guerra Mundial su grito de guerra será: “¡Recordad Zaragoza!”. Sin duda, esta contienda calará en su historia hasta tal punto que se recrearán los Sitios de Zaragoza en pinturas de artistas que nacerán años más tarde de esta época.

Las dos mujeres me miraban sorprendidas; si bien Engracia no daba crédito a cómo un ejercito enemigo podía admirar al pueblo que estaba masacrando, Rosa por su parte, había cambiado su semblante, preocupado ahora cuando me oyó mencionar la Segunda Guerra Mundial.

—¿Cuántas guerras mundiales habrá? —preguntó la muchacha sorprendida.

—Hasta mi tiempo, dos —me apresuré a responder—, pero en ninguna participará España. Aún falta mucho para ello, ambas tendrán lugar en la primera mitad del siglo XX.

Las dos mujeres suspiraron con alivio. Quise ahorrarme enumerarles todas las guerras carlistas que vendrían después de la Guerra de la Independencia, así como al Guerra Civil Española.

El polaco, que había cambiado su sueño de profundo a ligero, comenzó a moverse inquieto por la fiebre y, sin mencionar ni una palabra más del futuro, dedicamos el resto de la tarde al cuidado del chico.

Durante la cena, observábamos de soslayo la puerta del dispensario de la abuela y una tensa calma se apoderó de nosotros, al fin y al cabo, quien algo oculta algo teme.

37. Esperando lo inesperado

Trasmoz, 31 de agosto de 1808

Samuel y yo no volvimos a estar a solas en todo el día, sin embargo, después de la cena bajamos a la pequeña estancia donde elaborábamos nuestra gaceta. Cuando llegué, el chico ya se encontraba sentado y concentrado en la tarea de ordenar las letras.

Al percatarse de mi presencia y después de un breve saludo, prosiguió con su trabajo. Si mediar palabra comencé a repasar las palabras que ya estaban ordenadas en otra tabla, tal como solíamos hacer antes de plasmarlas en el papel.

Los dos permanecemos callados y entregados a nuestros trabajos durante un buen rato, sin embargo, me costaba concentrarme más de lo habitual. El verano ya estaba avanzado y se notaba el calor sofocante en aquella estancia que se ubicaba debajo del hogar de la cocina. Además aún tenía muy vivo nuestro último encuentro aquella misma tarde. No en vano la discusión había acabado con una extraña confesión de Samuel por un amor perdido, seguido de un beso en la palma de mi mano. Me sentía inquieta a su lado, como si algo faltara por aclarar, como cuando repasas la madera que crees pulida y te encuentras con una astilla inesperada.

Fue Samuel él que interrumpió el silencio.

—¿Dónde está ahora el polaco? —preguntó disimulando indiferencia.

A estas alturas creía conocer bastante bien al chico y sabía que algo le inquietaba. Si bien habíamos hecho las paces, no estábamos de acuerdo con el enfoque de la situación que se nos planteaba en casa con el dichoso soldado.

“¡Y dale con el polaco!, pensé, ¡será pesado!”

—Está en el dispensario con Rosa —le respondí no dándole más importancia de la que él se empeñaba en disimular.

Samuel, inquieto, cambió de posición. Era consciente de que la situación le incomodaba.

—La abuela dice que el cuidado del muchacho es responsabilidad de Rosa.

Sam no pareció convencido con la observación y carraspeó inquieto.

—Además —añadí—, el pobre chico está muy enfermo, aún no le ha bajado la fiebre y...

—¡Es un hombre! —exclamó Samuel explotando.

—¿Cómo? —pregunté mirándolo sorprendida.

—Un hombre con una niña de dieciséis años en la misma habitación, de noche y, por si fuera poco, ¡solos!, ¿qué más quieres, Diana? —preguntó a su vez con semblante enfadado.

—Pero, ¡qué dices!, eres un mal pensado, Samuel. Acuérdate del día que nos conocimos cuando llegaste malherido a casa.

Parecía haber pasado una eternidad, pero comenzaron a despertar en mi memoria las condiciones lamentables en las que había llegado el chico: con una herida abierta desgarrándole su pierna, la infección, la fiebre...

—Apenas tenías fuerza para nada —continué—, te tuvieron que llevar en volandas hasta el camastro del dispensario y ardías de fiebre. En ese momento, ¿hubieras deseado estar con alguna mu....?

En ese instante el recuerdo olvidado de cómo Sam, moribundo, se perdía en el nacimiento de mis pechos hizo que brotara fuego de mis mejillas.

El chico, al ver que enmudecía, apartó su mirada de la tablilla para posarla en mi rostro que observó alarmado.

—¡Diana! —exclamó—, ¡estás colorada como un tomate!, ¿te encuentras bien? —preguntó mientras se levantaba apresurado para tocarme la sien.

—Estoy bien, solo un poco mareada, hace tanto calor aquí...

—Es cierto —dijo el chico mientras observaba la estancia—. Aquí no hay ventilación y el bochorno es asfixiante, además llevas todo el verano con el pañuelo de seda. En esta época del año no lo necesitas y no creo que ahora te haga bien.

El chico, sin previo aviso, estiró del trozo de tela y, en un rápido movimiento, lo hizo deslizar por mi cuello hasta desaparecer y descubrir el nacimiento de mis pechos. Después enrolló el pañuelo en uno de sus antebrazos y acarició la fina seda.

—¿Qué haces? —pregunté indignada.

—Vamos al jardín —ordenó mientras ignoraba mi protesta.

—¿Cómo?, ¿y qué pasa con la gaceta? —pregunté sorprendida.

—Nada, ¿qué va a pasar? Podemos seguir mañana, ¿no? —respondió el muchacho extrañado.

—Está bien —asentí—, además necesito aire fresco.

—Si, yo también —dijo mientras me ofrecía su antebrazo con el chal de seda enrollado—. No te hagas ilusiones —continuó en tono divertido—, no pretendo devolverte el pañuelo, solo te presto mi brazo por si acaso te vuelves a marear.

—¡No me he mareado! solamente tengo calor —protesté.

Comprendía que bastante tenía con dominar su precaria prótesis, aun así, acepté el ofrecimiento de apoyarme en él. No quería que el chico se sintiera ofendido por rechazarlo.

De camino al jardín pasamos muy cerca del dispensario de la abuela. Nada pareció fuera de lo normal, aunque pude sentir cómo el brazo de Sam se tensaba. Sin embargo el chico se aguantó las ganas de husmear y se mordió la lengua.

En el jardín la luna llena se encontraba en toda su plenitud. Tal como había advertido a Sam el espejo de este tiempo durante aquella noche, dejaría marchar a quién osara cruzarlo.

Permanecí durante unos instantes con los ojos cerrados; deseaba perderme en los sonidos y en el aroma de aquel momento del verano. Cuando los abrí, advertí cómo Sam, absorto, recorría mi cuerpo con su mirada.

—¿Pasa algo? —pregunté contrariada.

—No —respondió dando un ligero respingo.

Al parecer él también estaba inmerso en sus propios pensamientos que no quise imaginar. El chico pareció incómodo ante mi reacción y decidí suavizar la situación.

—No estarás planeando hacerme otro retrato, ¿verdad? —pregunté con una sonrisa.

—Quizás no fuera mala idea regalarte un retrato en cada cumpleaños.

—¡Buff!, ¡quita, quita! Al principio puede que no notase mucho la diferencia. Pero después de treinta o cuarenta años más...

—Seguirías siendo una chiquilla —me interrumpió Sam.

—¿Chiquilla? —reí con ganas ante su comentario—. ¿Qué dices?, ¡si soy nueve años mayor que tú!

Sam pareció incómodo ante mi observación.

—Ya, pero yo nací doscientos años antes. Siempre serás una chiquilla si te comparas conmigo. Fíjate, en este siglo aún no has nacido y en el tuyo apenas tienes veintinueve años. Yo en cambio —prosiguió—, en este siglo ya he nacido, y en el tuyo seré un saco de huesos.

Aquella visión tan gráfica me hizo estremecer.

—Es cierto, pero en lo que a edad se refiere sigo siendo mayor que tú .

—Tampoco hay tanta diferencia —dijo Samuel volviéndose a mostrar incómodo—, además aparentas mucho menos, quizás unos veinticinco años —observó pensativo mientras me miraba.

—¡Cómo que veinticinco años! —exclamé entre risas fingiendo indignación.

—Quizás pudieras aparentar veinte años —volvió a comentar tocándose la barbilla—, pero solo si te dejas el cuello al descubierto, como ahora. Estas más guapa así —dijo con una sonrisa consiguiendo que me ruborizara de nuevo.

El chico apartó su mirada de mi busto y volvió a acariciar la tela de seda que descansaba en su antebrazo.

—¿Me lo regalarías? —preguntó dubitativo.

Lo miré perpleja.

—¿Regalártelo?, ¿para qué lo quieres?, ¿te has aficionado a ponerte ropa de mujer? —le pregunté con sorna sabiendo cuál iba a ser su reacción, al fin y al cabo se trataba de un chico del siglo XIX.

—¿Cómo?, ¿qué ocurrencia es esa?, ¡por supuesto que no! —dijo ofendido.

—Entonces, ¿para qué lo quieres?

—Me gustaría conservarlo como un recuerdo tuyo —dijo sin rodeos.

—Sam, ¿me estás echando de tu siglo por segunda vez en un día? —pregunté entre risas poniendo los brazos en jarra.

—¡No! —volvió a negar indignado—, ¡ya sabes que no! No sé si lo recuerdas, pero prometiste que me llevarías contigo cuando volvieras a tu siglo.

—¡Por supuesto que me acuerdo, tonto! Prometí que conseguiría la prótesis para tu pierna y será lo primero que haga cuando llegemos a mi tiempo. Aunque antes debería de encargarme los volúmenes completos de la Guerra de la Independencia... —comenté pensativa.

—¿Entonces?, ¿me lo puedo quedar? —insistió señalando el pañuelo que seguía enrollado en uno de sus antebrazos.

—Supongo que sí, pero no es mío —confesé—, me lo dejó la abuela cuando llegué.

—Lo sé —musitó pensativo—, era de mi madre.

Observé cómo miraba la tela con nostalgia.

—De Mónica —aclaró por si albergaba alguna duda de a cuál de sus dos madres se refería.

—Espero no haber incomodado a nadie por haberlo llevado durante todos estos meses.

—No, Diana, al contrario —dijo mientras me miraba con sonrisa dulce.

—Supongo que ahora tendré que pedir otro pañuelo a la abuela —comenté despreocupada.

—¡Es verano! —protestó Sam—, ¡sabes que no lo necesitas!, ¿acaso en tu tiempo sois tan recatados con la ropa?

—¿Recatados? —pregunté incrédula recordando mi época de playas nudistas—, ¡por supuesto que no! —negué sorprendida ante la situación.

—Entonces, ¿cómo os vestís? —preguntó curioso.

—Todo depende de la ocasión —respondí pensativa—. Yo normalmente con unos pantalones vaqueros y una camiseta y lo mejor es que no utilizamos corsé —dije evocando la cómoda ropa del siglo XXI.

—No me puedo imaginar cómo serán esas prendas, pero supongo que nada superará a verte con mis pantalones menguados —dijo entre risas.

—Lo cierto es que te sorprenderías de las cosas que se pueden llegar a llevar.

—Da igual lo que te pongas —dijo acercándose por mi espalda mientras acariciaba algunos mechones que se habían desprendido de mi recogido—. Tú siempre estás hermosa.

Sin tiempo para reaccionar, me percaté de cómo acercaba sus labios a mi cuello, noté su calor pero no su roce. Permanecí inmóvil mientras todo mi cuerpo se estremecía esperando lo inesperado. Él se dio cuenta de mi tensión creciente que interpretó como incómoda.

—Lo siento —susurró muy cerca de mi oído— no es mi intención incomodarte. Buenas noches, Diana.

Sin tocarme, avanzó por el jardín hacia el interior de la casa.

—No me incomodas —musité cuando Sam ya se había marchado.

38. EN MEDIO DE LA BARBARIE

Trasmoz, 15 de septiembre de 1808

Si bien en el siglo XIX carecíamos de antibióticos, la abuela Engracia conocía ciertos remedios que ayudaron a que el joven superara la enfermedad sin mayores consecuencias.

Rosa se mostraba satisfecha ante la recuperación del chico. Aun así, yo era consciente que le inquietaba el futuro Jarek fuera de la casa familiar, pero sobre todo le entristecía no tenerlo a su lado.

Pensando en la situación del chico recordé que muchos soldados desertores se unirían a la guerrilla. Conocía la posición Jarek respecto a la contienda y confiaba en que pudiera ser una buena solución para todos. Al fin y al cabo nos encontrábamos reescribiendo la historia de un presente ya pasado.

El joven polaco, sin muchas opciones, aceptó de buen grado que el grupo de insurgentes lo acogiera. La guerrilla, por su parte, recibió al muchacho con el objetivo de que el chico les facilitara información táctica respecto al funcionamiento de su antiguo regimiento.

Rosa mostró su acuerdo reconociendo que, dadas las circunstancias, era la mejor opción para todos. Por aquel entonces la muchacha me había confesado lo que sentía por Jarek. Yo era conocedora de la situación clandestina que la pareja vivía y estaba segura que se volverían a encontrar en las inmediaciones nuestra casa, tal como habían estado haciendo durante semanas, sin embargo guardaba silencio respecto al resto de la familia que parecía no querer darse cuenta de que Rosa ya era toda una mujer.

Lo acontecido me hizo pensar que quizás no todo lo que surgía en las guerras era terrible. Quizás hubiera una pequeña parte que lograba desprenderse de todas aquellas desgracias que acompañan a las contiendas. Relaciones, como la de Rosa y Jarek, historias de amor furtivas y pasionales, surgidas en medio de la barbarie, en las que dos personas tienen la

oportunidad de conocerse y de amarse.

39. El deseo de Diana

Trasmoz, 17 de septiembre de 1808

Después del desayuno solía salir al jardín para asearme con el agua que sacaba del pozo. Más tarde, en un intento por liberarme del calor de los últimos días de aquel verano de 1808, recogía mi cabello en un improvisado moño con mi coletero del siglo XXI; sabía que en ese tiempo nada podría encontrar tan cómodo como aquella sencilla goma de pelo que me había acompañado doscientos diez años atrás, y tal vez por ello me empeñaba en conservarla. Pero aquella mañana, cuando me disponía a hacerme el recogido, un suave tirón arrebató de mis manos el preciado coletero. Al darme la vuelta me encontré con la sonrisa de Samuel.

—¿Qué haces? —pregunté indignada.

—Nada —respondió no solo ampliando su sonrisa sino su ironía—. Estás más guapa así, con el pelo suelto —dijo apartándome algunos bucles castaños que se empeñaban en invadir parte de mi cara.

—Tengo el pelo demasiado largo como para no llevarlo recogido, además, hace calor, ¿quieres que me dé una lipotimia? —le dije entre risas.

Sam, como solía hacer ante las palabras que se la hacían desconocidas, adoptó su típica expresión de no entender nada.

—Hoy me gustaría verte con el pelo suelto, así estás preciosa. Siempre que la lipotimia no ponga en peligro tu vida, claro —dijo con irónica preocupación.

Por aquella época ya estaba habituada a sus bromas que solían acabar en adulaciones. Desde nuestra reconciliación por la discusión sobre Jarek podía sentir cómo algo había cambiado entre nosotros, quizás el haberme dejado besar la mano había acrecentado nuestra confianza, un hecho a priori insignificante, pero que había marcado nuestra relación más de lo esperado. No en vano el muchacho se mostraba más cercano y espontáneo conmigo, también parecía estar más relajado y de mejor humor al ver que aceptaba de

buen grado sus insinuaciones que, en cierto modo también me divertían. Al fin y al cabo se trataba un chico de veinte años, obligado a permanecer en la casa familiar y, por si fuera poco, lejos de cualquier opción de conocer a chicas a la que cortejar. Entendía que me considerase como la única oportunidad a la hora desplegar sus encantos y dar rienda suelta a las hormonas que suelen gobernar la conducta de los chicos de su edad. Aun así, se cuidaba mucho de hacerlo únicamente cuando nos encontrábamos a solas.

—Aceptaré tu petición, pero solo por hoy ¿eh? Quiero que sepas que me debes una.

—¡Pídeme lo que quieras!

—Mmmm, déjame pensar... ¿Lo que quiera?, ¿no te parece demasiado arriesgado?

—¿Arriesgado? Viniendo de ti, la verdad es que no —dijo con una gran carcajada—. Te conozco y sé de sobra que nunca me pedirías algo así.

—Yo no estaría tan seguro —le dije arrebatándole el preciado coiletero del siglo XXI.

—¡Eh!, ¡devuélvemelo!, ¡ahora es mío! —dijo con sorna.

—¿Tuyo?, pensándolo bien, tienes el pelo tan largo que no te vendría mal.

—¡Claro que tiene el pelo largo!, ¡casi tanto como una mujer! —protestó la abuela ya en el jardín con un recipiente lleno de agua, un peine y unas pequeñas tijeras.

—¡Ven aquí, muchacho! —ordenó a Sam—. Necesitas un buen corte.

Sam obedeció al instante sentándose en la pequeña silla que la abuela le señalaba y, de repente, pareció no tener más de diez años.

—¡Estos condenados rizos! —maldijo la abuela mientras se empeñaba por poner algo de orden en la cabeza del chico antes de comenzar el corte de pelo.

A Sam pareció gustarle la idea, y mientras cerraba los ojos como siempre hacía cuando alguien de tocaba el pelo, se entregó a las caricias de la abuela así como a algún que otro tirón.

Entonces pude fijarme con más detenimiento en su fisionomía. Liberada de la presión de su mirada que siempre encontraba inquietante, pude observar con atención los rasgos de su rostro. Si bien, los ojos eran de su madre, y muy parecidos a los de la abuela Engracia, el resto poco o nada tenía que ver con las características predominantes en la familia. Pensé que aquel chico, nacido en algún pueblecito escocés a finales del siglo XVIII, y que por casualidad

había venido a parar a Trasmoz, debía de ser muy atractivo, dejando como herencia a su hijo, además de su nombre, gran parte de su físico.

Ante mi sorpresa comencé a ver a Sam de un modo diferente. Hasta entonces le había considerado como mi hermano pequeño, sin embargo, era innegable que se trataba de un chico muy atractivo. Mis pensamientos me incomodaron de tal modo que consiguieron ruborizarme mientras intentaba apartar mis ojos de su rostro.

Por suerte, ni Engracia ni Sam notaron mi estremecimiento y comencé a disimular ofreciendo mi ayuda a la abuela, dando a la mujer claras indicaciones de en qué parte debía cortar para que todo el pelo quedara más o menos de la misma longitud. La mujer movía la cabeza del chico a su antojo y este se dejaba hacer sin mayor reparo.

Cuando por fin acabó, cogió el barreño en el que había depositado los rizos de Samuel y se dirigió a la zona más alejada del jardín. Supuse que sería allí donde acabaría del cabello sobrante del muchacho.

Ya en pie, y a falta de espejo, el chico me preguntó si la abuela lo había dejado bien.

—Sí, la verdad es que estas muy favorecido, Sam —respondí sincera.

El pelo corto hacía que se remarcaran sus facciones haciéndole parecer todavía más atractivo.

—Aunque me parece muy injusto —protesté sonriente.

—¿Injusto?, ¿por qué? —preguntó el muchacho sorprendido.

—Que tú estés con el pelo corto y fresquito, en cambio yo, sin poder hacerme un recogido, que me esté muriendo de calor...

—Para estar más guapa —me interrumpió Sam mientras volvía a apartar algunos mechones de mi cara.

—No sé si más guapa, pero sí más incomoda —dije entre risas—. Esta te la guardo, Sam —le dije con sorna—, no te vas a librar.

—Ya te he dicho que me pidas lo que quieras.

—¿Podría pedirte varias cosas? —pregunté divertida mientras apartaba de su camisa algunos mechones que pugnaban por llegar al interior de esta.

—Puede ser —contestó pensativo mientras se movía incómodo por la picazón que causaba el cabello que se había colado entre su camisa y su piel—. A ver, ¿qué es lo que quieres? —dijo mientras se me acercaba atestado de minúsculas fibras capilares.

—Que antes de tocar a nadie, te quites la camisa y la sacudas bien, de paso, date un buen baño, pareces un oso pelirrojo, estás lleno de pelo.

—Está bien, si te empeñas... —contestó entre risas removiéndose incómodo ante el picor—, te haré ese favor.

—Mejor háztelo a ti mismo —le respondí mientras sacudía mis manos salpicadas por el pelo del muchacho.

El chico desapareció por el umbral de la puerta de la casa mientras la abuela Engracia regresaba con el barreño bajo un brazo. Después de coger un cubo de agua del pozo, se dispuso a limpiar los utensilios de peluquería, que también habían quedado invadidos por el cabello del chico.

—Sam —comentó distraída— parece estar más relajado y de mejor humor—dijo apartando su mirada de las herramientas para fijarla en mis ojos.

—Es cierto —asentí dándole la razón.

La abuela volvió a poner su atención en las tijeras de peluquería. Ahora las secaba con su mandil.

—Quizás en algún momento el muchacho te pueda incomodar... —dijo mirándome de reojo.

—¿Incomodarme? —pregunté sorprendida ante el comentario de la abuela—, ¿por qué?

—Conozco bien al chico y sé puede llegar a ser muy insistente si algo le interesa de verdad.

Permanecí en silencio. No sabía a qué se refería ni a dónde quería llegar.

La abuela dio un largo suspiro mientras se empeñaba en sacar brillo a los utensilios de peluquería.

—Ya sabes a lo que me refiero, Diana. Me he dado cuenta de cómo te mira y tú también, ¿no es cierto? —preguntó ruborizándose.

La abuela, poco dada a las indirectas, se volvía en reservada y pudorosa en lo referente a temas relacionados con el sexo opuesto.

—Sí, me he dado cuenta de cómo me mira y en cierto modo es normal. Soy la única mujer que tiene cerca, aparte de Rosa y de ti. La realidad es que no tiene muchas oportunidades de estar con muchachas de su edad, ni siquiera de conocerlas.

Pensé en el amor que días antes me había confesado Sam, ese amor perdido que aún añoraba. Me incomodé solo con imaginarme al chico con esa supuesta mujer a la que tanto echaba de menos.

La abuela notó mi estremecimiento, aun así, quise continuar con la penosa explicación.

—Además el chiquillo tiene veinte años, es normal que...

—¿Chiquillo? —me interrumpió la abuela incrédula. —¡No es ningún chiquillo!, ¡ya tiene los veinte cumplidos!, ¡es todo un hombre! —esto último lo dijo con orgullo.

La abuela tenía razón. Si bien, en mi tiempo a un chico de su edad se le consideraba poco más que un adolescente, en el siglo XIX podía ser padre de familia, un adulto en toda su magnitud.

—Me refería a que con veinte años... las hormonas...—dije mordiéndome el labio.

—¿Hormonas?, preguntó la abuela extrañada, ¿qué son las hormonas?

—Es lo que gobierna el deseo sexual —dije sin rodeos cansada de cómo se estaba desarrollando la conversación.

La abuela me miró aún más sorprendida.

—¿De verdad crees que solo se trata de eso?

No lo sabía, en realidad lo había supuesto. Quise buscar la respuesta en mi interior, más que por responder a la abuela, por responderme a mí misma, y la encontré camuflada en un cariño fraternal, escondida y agazapada tras un sentimiento de amistad.



Aquella noche no me solté el recogido que solía llevar durante el día, no hacía falta porque, por la mañana, en el mismo jardín donde me encontraba sentada había prometido a Sam que, a pesar del calor, me dejaría el pelo suelto tal como a él le gustaba verme. A cambio, le pediría un favor que aún no había decidido.

Me fijé en la fase en la que se encontraba la luna: cuarto creciente. En unos días el satélite marcaría mi regreso al siglo XXI, pero no lo haría sola. La abuela y los chicos me acompañarían. Desconocía lo que ocurriría después. Suponía que, como muchos sucesos, aún no estaba escrito, y el miedo comenzó a invadir mis pensamientos convirtiendo mi mente en un incómodo desasosiego.

Por suerte, Sam logró interrumpir mis cavilaciones y, con su acostumbrada torpeza por la falta de su pierna consiguió sentarse a mi lado.

—Al final has mantenido tu promesa —dijo con una sonrisa mientras acariciaba mi pelo.

—¡Por supuesto!, yo cumplo lo que prometo —le dije mientras le correspondía con otra sonrisa.

—Ahora es tu turno, ¿qué quieres pedirme?, estoy a tu disposición.

—Mmm, ¿de verdad?, ¡qué tentador! —dije entre risas.

El muchacho me miraba divertido mientras pensaba en cuál sería mi deseo.

¿Qué podría pedir a Sam más de lo que ya me había dado?, pensé en el chico que se encontraba sentado a mi lado, en todo lo que habíamos vivido juntos en los últimos meses, en lo dispuesto que estaba siempre a mis anhelos y en lo mucho que lo necesitaba. Me estremecí con solo pensarlo, ¿acaso podría pedirle más?

El sentido común me decía que debía de ser algo que no le comprometiera, un deseo banal y sin importancia. Al fin y al cabo no sabía cuánto tiempo más permaneceríamos en el mismo tiempo, situación que me inquietaba y me entristecía.

En mi mente una idea pugnaba por materializarse en palabras a modo de petición, sin embargo, era una idea incongruente con lo que a priori había pensado.

“Que siempre estés a mi lado, Sam”, deseé desde mi interior.

Pero no podía hacerle prometer tal cosa si yo misma planeaba nuestra posible separación en el tiempo.

—Si tuviera aquí el reloj de arena de mi padre, habría pasado más de la mitad del grano al otro lado del cristal —dijo mientras interrumpía mis pensamientos—. ¿No será que me quieres pedir algo tan arriesgado, que no se te ocurre nada? —preguntó riendo.

Fijé mi mirada en sus ojos grandes y oscuros que parecían llenarlo todo, cualquier vacío, cualquier añoranza, cualquier temor...

—Ahora mismo solo deseo una cosa de ti, Sam —acerté a decir en un susurro.

Sam, al ver mi semblante serio, cambió su expresión y me dejó continuar

—Solo quiero un abrazo tuyo —le pedí sincera.

Antes de darme cuenta los brazos de Sam rodeaban mis hombros mientras mi cabeza descansaba bajo la curvatura de su cuello. Podía sentir los latidos del corazón galopando en el interior de su pecho y retumbando en mi cabeza. No en vano, siempre que me encontraba inquieta, me aferraba a Samuel buscando su abrazo. En esta ocasión me angustiaba la incertidumbre ante la vuelta a mi época y me atemorizaba enfrentarme de nuevo a la realidad que había dejado.

—Supongo que estás asustada ante la vuelta a tu tiempo —dijo con

dulzura leyéndome el pensamiento— pero, si te sirve de consuelo y si así lo deseas, siempre estaré a tu lado.

Era justo lo que necesitaba escuchar, la promesa que deseaba oírle que, sin embargo, no me había atrevido a pedir. Me aferré aun más a él en un vano intento por fundir mi cuerpo con el suyo.

—Estaré siempre a tu lado —volvió a repetir el chico—, para cuidarte, para protegerte, para...

“Para amarte”, pensé, “¡dilo, Sam!, para amarte”.

Pero esta vez el chico no pareció adivinar las plegarias de mis pensamientos y guardó silencio.

Permanecemos abrazados hasta que de la quietud de nuestros cuerpos lo permitieron. Una vez liberados uno del abrazo del otro, Sam posó su mirada en mi rostro y, con una sutil caricia, comenzó a recorrer su contorno bajando por una de mis mejillas hasta posar sus dedos en mis labios a los que acarició anhelante.

“Bésame, Sam ¡Vamos bésame!”, volví a pedirle desde mi interior.

Pero el chico tampoco pareció escuchar mi pensamiento y se limitó a morder sus labios en un vano intento por mitigar su deseo.

La puerta que separaba nuestras vidas ya se encontraba entornada, pero aquella noche, ninguno de los dos osó atravesarla.

40. El reflejo del agua

Trasmoz, 19 de septiembre de 1808

Apenas quedaba un día para retornar a mi tiempo y Engracia se empeñaba en planificarlo todo.

—No necesitamos mucho, abuela. Todo lo podremos conseguir en mi siglo. Lo único que no se nos debe olvidar llevar es mi móvil —dije mostrándole el anacrónico aparato.

La abuela lo miró con extrañeza para más tarde examinarlo tocando la pantalla táctil.

—Ahora está apagado —dije ante su estupor por la aparente simpleza del aparato—. Pero encendido resulta muy útil, permite hacer muchas cosas.

—¿Cosas?, ¿qué cosas? —preguntó curiosa.

—Casi todo. Se pueden ver fotografías y videos, que son imágenes paradas y en movimiento. También sirve para leer... ¡Ah!, y para realizar y recibir llamadas, de este modo nos podemos comunicar con las personas que están lejos, hablando con ellas como si estuvieran aquí mismo.

La abuela miró incrédula la pantalla.

—No entiendo cómo nos puede ayudar a proveernos de todo lo que necesitamos.

—Lo cierto es que también sirve para comprar.

—¿Para comprar?, ¿no existen las tiendas en tu tiempo? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto que sí. Pero también se puede comprar a distancia desde este móvil, es como si encargas a alguien que te traiga lo que desees a tu casa.

—¿Todo se puede comprar así?

—Sí, la mayoría de las cosas.

—Bien, aquí tengo un listado de lo que necesitaremos traer.

La abuela sacó un largo inventario en el que se podía leer de todo.

Desde la pierna ortopédica de Sam, hasta semillas de varias plantas curativas e infusiones, pasando por alimentos y medicinas.

—Se te ha olvidado incluir la ropa para vosotros, tendréis que vestirlos como en el siglo XXI.

La abuela pareció incomoda ante mi observación.

—Acordamos que, por precaución, no saldríamos de casa, no creo que sea necesario.

—Por supuesto, abuela, pero no nos podemos arriesgar. Estaremos con dos menores de edad, algo que en mi tiempo está muy controlado. Por suerte, la época a la que vamos no coincide con la temporada escolar. Si venís al siglo XXI hay que pasar lo mas desapercibido posible, pero tal como vais vestidos...

—Tienes razón, pequeña.

—Hay otra cuestión que te quería comentar, que no te va a gustar.

—Dime, muchacha.

—Ciertos medicamentos, quizás los mas importantes, no se pueden conseguir con facilidad. Lo más probable es que ni siquiera los podamos comprar. Me refiero a los antibióticos, se pueden adquirir en las farmacias, pero es necesaria una receta del medico, algo así como un permiso.

—Entiendo —la abuela pareció resignada—. En cualquier caso, lo que podamos conseguir será mejor que nada.

—Hay más —continué con mis advertencias—, se trata de las condiciones en las que se encuentra la casa en mi siglo, hace tiempo que nadie vive en ella. Por alguna razón, a mi época no llegaron muchos descendientes. De hecho, yo soy la única —dije con tristeza intentando justificar el aspecto decadente de la mansión en el 2018—. No dispongo de los suficientes recursos para reconstruirla, lo siento mucho.

—Tranquila, muchacha, tú no tienes culpa de nada, es fruto de las circunstancias. Ya es un milagro que permanezca en la familia después de tantos años...

—Me quitas un peso de encima, abuela —dije con un suspiro.

—¡Bien!, todo esta dispuesto, ¡mañana es el día!

—¿En qué momento nos permitirá el espejo cruzar?, ¿lo sabes con exactitud?

—Siempre es a las doce de la noche. Es difícil averiguar la hora a la que llegaremos al siglo XXI, pero supongo que será de madrugada.

—Abuela, hay algo que me inquieta.

—Dime, muchacha.

—Si he conseguido cambiar los acontecimientos de este siglo, puede que también se hayan dado cambios en mi tiempo. En mi época es probable que las cosas no estén tal como la dejé antes de venir.

—No lo creo—negó Engracia con una seguridad que me hizo estremecer—. Puedes estar tranquila.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté no pudiendo reprimir mi curiosidad.

La mujer me miró fijamente y en un solo gesto supe que no debía hacer más preguntas.

Las dos permanecemos durante unos instantes en silencio hasta que yo misma lo interrumpí.

—Aún no he decidido si volveré con vosotros —le informé con cierto pesar—. Si me quedo en mi tiempo, sé que os echaría de menos, sin embargo, para mí vivir en el siglo XIX no es algo natural. Siento que de algún modo mi existencia avanzará contra corriente, en un presente que no sería el mío.

La abuela me sonrió con dulzura.

—Dime muchacha, cuando te acercas al cauce de un río, ¿qué es lo que observas?

—El agua arrastrada por la corriente, supongo —respondí sorprendida ante su inesperada pregunta.

—¿Algo más?

No supe qué responder.

—Tu imagen en el reflejo del agua. Pero el flujo que devuelve tu imagen jamás será el mismo, porque el río sigue discurriendo. El agua presente no existe, es una transición entre el agua del futuro y la del pasado, la misma que se pierde en el cauce del río.

—Agua pasada —respondí ante lo que me intentaba explicar.

—El agua, pequeña, es como el tiempo. El fluir que se quedó atrás puede volver a ser tu presente si avanzas lo suficiente en el camino del río como para volver a encontrarte con el agua pasada. Da igual a qué momento del tiempo pertenezca el flujo que observas si eres capaz de ver tu reflejo en este. Da igual a qué tiempo pertenezca tu reflejo, si te puedes reconocer en el espejo que este te brinda.

—¿Y si no me reconozco?, ¿y si el reflejo que me devuelve el agua no es el mío?

—Entonces es que no habrás elegido con esto —dijo la abuela mientras

dirigía una de mis manos a la parte izquierda de mi pecho.

—¿Sientes los latidos en tu pecho?

—Los siento —afirmé mientras notaba el ritmo que llenaba de sangre todo mi cuerpo.

—Piensa en tus dos vidas, en tus dos tiempos..., donde sientas que tu corazón late con más fuerza, ahí estará tu presente.

41. La frontera del tiempo

Trasmoz, 20 de septiembre de 1808

Aquel día era el último antes de nuestro viaje hacia el siglo XXI. La abuela me había manifestado su preocupación por Sam, no en vano el chico había permanecido durante todo el día ausente y más pálido que de costumbre.

—Tú estáte pendiente del muchacho —me ordenó la mujer horas antes de nuestra partida—, de pequeño sufría pesadillas con la sala de los espejos.

Aquella revelación de la abuela sobre los sueños infantiles de Sam me inquietó sobremanera. Si bien él mismo había confesado que jamás se había atrevido a bajar a dicha sala, era extraño que el chico hubiera tenido sueños recurrentes de un lugar en el que jamás había estado, al menos de un modo consciente.

Engracia también se mostraba inquieta y no dejaba de dar instrucciones a su hijo Jaime. Al fin y al cabo era el único miembro de la familia que permanecería al cuidado de la casa. Sabía que ellos habían conversado a solas sobre la situación, ya que no era propio de la abuela dejar ninguna cuestión al azar, al menos nada que considerase importante. Si bien Engracia sabía que dejaba a su hijo inmerso en una guerra, lo que más preocupaba a la mujer era la indiferencia que mostraba Jaime respecto a su propia existencia que sin duda se agravaría con la soledad del hogar.

Rosa había permanecido casi todo el día en el jardín trasero. Sabía que añoraría a su guerrillero polaco. Aun así, la estancia en el siglo XXI no duraría mucho para ella; exactamente el tiempo transcurrido entre la luna nueva de la noche en la que llegábamos a mi época y la siguiente luna llena, cuando ambos espejos coincidían para regresar al siglo XIX, concretamente al 14 de febrero de 1809. La joven era consciente de que a Jarek no le quedaría otro remedio que seguir padeciendo los estragos de la guerra, aunque fuera bajo la protección del grupo de guerrilleros y, por si fuera poco, doscientos diez años alejado de ella.

—Puede que no le vea más —me había confesado con pesar horas antes.

No sabía como reconfortarla, lo único que se me ocurrió fue prometerle la ayuda necesaria para buscar al chico, si finalmente me decidía a volver con ellos al siglo XIX.

Cenamos rápido y ligero esperando ansiosos la hora en la que ambos espejos se tornaran para dejarnos viajar a mi época. Por fin, llegó la medianoche y nos dispusimos a despedirnos de Jaime que nos había acompañado hasta la sala masónica.

Todos nos mostrábamos inquietos a excepción de Pedrito, que en su ignorancia infantil, asumía la cuestión de los espejos con una naturalidad pasmosa. Al fin y al cabo, la situación parecía más digna de algún cuento infantil que de una vivencia real.

Sam fue el único que no probó bocado en la cena, pensé que las pesadillas infantiles con la sala de los espejos debían de haber sido aterradoras. Si bien el chico había demostrado que era capaz de guardar una gran templanza ante las peores situaciones, jamás lo había visto de aquel modo. Cuando nos encontramos en la habitación masónica, en un intento por tranquilizarlo, lo abracé tal como él solía hacer conmigo en los momentos en los que el terror me invadía. Él acogió de buen grado mi gesto y me rodeó con sus brazos aferrándose con fuerza a mi cuerpo. Pude notar su aliento en mi oído en forma de susurro: “no te vayas, por favor, no me dejes”. Recordé aquellas palabras, eran las mismas que había pronunciado en un sueño febril la primera mañana sin su pierna. Una vez desprendida de sus brazos, intenté tranquilizarlo con la mirada, sin embargo agarró una de mis manos con tanta firmeza que de haber deseado desprenderme de ella, no hubiera sido capaz.

La abuela, al vernos unidos a Sam y a mí, consideró oportuno que todos fuéramos agarrados de la mano, de este modo nos asegurábamos de que nadie se quedara perdido en alguna antesala del tiempo.

Yo fui la primera que traspasó el vacío del espejo para dejar paso al resto de los miembros de la familia. Una vez en la sala del tiempo, y a pesar de la penumbra, pude reconocer con facilidad el espejo de mi época, era el que se mostraba bajo el número X. Miré a la abuela que se encontraba en el otro extremo de la cadena que habíamos formado, ella asintió con un gesto y, sin pensarlo demasiado, me acerqué a lo que en otro momento hubiera considerado un cristal reflectante. A medida que atravesaba la frontera del tiempo, un sutil cosquilleo, como la caricia del agua tibia, invadió todo mi

cuerpo. La sensación fue muy diferente a la de la última vez que había cruzado el espejo meses antes, en que la necesidad por mantener el equilibrio había hecho que mi entrada en 1808 fuera apresurada.

—Bienvenidos a mi tiempo —musité.

Giré para observar a los que me acompañaban mientras atravesaban la capa reflectante del espejo, cruzaban la frontera del tiempo como quien se sumerge en el reflejo del agua, ignorando lo que aguarda el camino hacia el fondo.

Agradecimientos

A la escritora Ángela Hernández por las correcciones y por lo mucho que he aprendido gracias a estas.

Al historiador Alberto Ausín por descubrirme “el otro frente” de la Guerra de la Independencia contra Francia en su podcast "La nave Blanca".

A los creadores del blog <https://historiaragon.com> y a su podcast por compartir su conocimiento sobre la historia de Aragón.